

¡ESCUELA!
¡ESCUELA!
¡ESCUELA QUE
CAMINA!



ESCUELA ITINE
DE TE
ARTES
PLÁSTICAS
Y VISUALES



ESCUELA ITINERANTE DE ARTES
PLÁSTICAS Y VISUALES

Presidente de la República de Colombia

Gustavo Francisco Petro Urrego

**Ministra de las Culturas,
las Artes y los Saberes**

Yannai Kadamoni Fonrodona

**Viceministra de las Memorias, los
Patrimonios y la Gobernanza Cultural**

Saia Vergara Jaimes

**Viceministro (e) de las Artes
y la Economía Cultural y Creativa**

Fabián Sánchez Molina

Secretaría General

Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Directora de Artes

Maira Ximena Salamanca Rocha

Grupo de Artes Plásticas y Visuales

Coordinadora

Alejandra Sarria Molano

Equipo GAPV

Mariela Romina Silva
Mariana Álvarez Palacios
María Paula Maldonado
Sebastián Cruz Roldán
Luisa Villegas Gutiérrez
Carlos González Buitrago
Jheovany Jacanamejoy
Jair Antonio Torres Coy

**Equipo Escuela Itinerante
de Artes Plásticas y Visuales**

Dirección General

Alejandra Sarria Molano

Coordinación del Programa

Mariela Romina Silva

Producción, Gestión y Desarrollo

Cristina Ramírez Mendoza

Coordinación de Contenidos

Herlyng Ferla

Enlace Territorial

Niyireth Rodríguez

Diseño y Comunicación

Mariana Álvarez Palacios
Alejandra Rojas Giraldo

Apoyo Administrativo

Mónica Navarro
María Fernanda Ariza

Equipo Base Escuela Itinerante - 2025

Articulación Territorial

Germán Darío Ávila
Judith Torres Castro
Eider Yangana Palechor
Alexandra Ayala Idrobo
Ana Garzón Sabogal
Corporación Tapioca
(Jenny Andrea Gutiérrez Álvarez y César
Ernesto Agudelo Moreno)

Producción Territorial

Corporación Casa Creativa
Daniela Galvis Alonso
Hugo Andrés Rincón Montaño
Fundación Alto Canal
Úrsula Zenaida Baylon Londoño

Pares Locales

Carlos Sánchez Salazar
Paula Andrea Peña Calderón
Jhon Alexis Castillo Vasquez
Wendy Zuley Amú Zúñiga
Andrea Peixoto
Carlos Eduardo Rodríguez Ramírez
Corporación Pacífico Mujer
(Ludis Zúñiga, Cándida García)

Formadores

Jesús Antonio León
La Rotativa (María Fernanda Pinilla Segura,
Juan Felipe Pinilla y Marisol Chacón)
Yeferson Rodríguez (Delirio Imprezo)
Erik Dubán Cajibío Anacona
Dumer Palechor Zúñiga
Edwin Gabriel Avella Faura
Ginner Steven Campo Zambrano
Escuela Campesina y Popular
Amolando Sabiduría
Sayari Campo
Catalina Omen
Cristian Bernardo Muñoz Campo
Lola Grueso
Andrés Caicedo
Colectivo CreArte HMB
CaminArte
Casa del Cacao - Centro de Memoria
Histórica y Cultural
Corporación Artística y Social
Ideoformus (COASI)
Alexander Paz
Graciela Viveros
Julio Belalcázar
Maricel Cachimbo

Azul Río

Irene Rodríguez Gómez

Jean Lucumi

Laura Victoria Cuellar Reina

Iván Casilimas

Sebastián Lema González

Yudy Cerquera

Emilio Guarnizo

Cándida García

Ludis Zúñiga

Yilmar Quinto

Daniel Dualiby

Omar Reyes

Luis Perea

Registro Audiovisual Local

Jhony Chicangana

Leonel Yohani Anacona Cajibío

Corporación Conciencia Étnica

Freiler Angulo Montaño

Duber Ardila

Gessler Zúñiga

Willington Ortiz

Colectivo de comunicaciones En Puja

Agradecimientos Especiales

Casa Yow Surf, Asociación de Pescadores
de Artesanales de Panguí (ASPACP), Ruth
Nibeth Martínez (Chachita).

A todos los estudiantes en los territorios

EIAPV Cauca Sur

Comunidad de la vereda la Trocha -
Albania | Escuela Campesina y Popular
Amolando Sabiduría | Comunidad de
Galindez y el Pílon - Institución Educativa
Dos Ríos | Comunidad y autoridades
Resguardo Ancestral Indígena Papallakta
- Valencia | Comunidad y autoridades
Resguardo Ancestral Indígena de
Rioblanco Sotará

EIAPV Cauca Norte — Litoral

Norberta Amú | Hermínul Grueso | Henry
Torres | Adela Carabalí | Sabedores y
sabedoras territoriales

EIAPV Mitú

Diana Bedoya | Marly Giraldo | Helodia
Resende Lara | Juan Antonio Quintero
| Ismael Rodríguez Ramírez | Leonardo
Francisco Villa Morales | Luis Octavio
González Pinilla | Rubén Darío Ardila
Montalvo | Asociación de Artesanos del
Vaupés | Restaurante Baaribo | Reserva
Natural el Chundú | Comunidades de
Bogotá Cachivera, Yararaca, Timbó

EIAPV Nuquí

Josefina Klinger - Casa Colores | Consejo
Comunitario General Los Riscasles |
Corporación Mar y Monte | Museo Melelé
| Vikana | Posada Ecoturística Chachita |
Snorkel Rebel

EIAPV Catatumbo

Grupo de Ensemble Musical: Camilo
Martínez Silva y Santiago Gelves Torres
| Colectivo de muralismo ABC Crew |
Grupo de carranga Abel y sus Muchachos
| Corporación Danzas Brisas de Torcoroma
| Corporación Luces de la Provincia |
Alexander Gamero - JAC | Cámara de
Comercio de Ocaña | Cemprendo -
Artesanos y emprendimientos del
sector del Hatillo

Con el apoyo de la Corporación Porfirio
Barba Jacob

**Ministerio de las Culturas, las Artes y
los Saberes**

2026

¡Escuela!
¡Escuela!
¡Escuela que camina!

Declaraciones, vivencias y pensamientos en torno a los saberes,
las luchas territoriales y las prácticas artísticas en el universo de
la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales 2025

Tabla de contenidos

5

Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes

Yannai Kadamani Fonrodona

8

Presentación

11

Pequeña introducción general

17

Creer luchando

Julián Santiago Grueso

35

Educación popular para la re-existencia territorial

Adolfo Albán Achinte

47

Hacer grietas con machete

Alejandra Sarria Molano

65

Deformar el aparato para que funcione

Conversación entre Cristina Ramirez y Herlyng Ferla, con una intervención de Niyi Rodriguez

75

El arte, una manera de resignificar la memoria

Alicia Castillo Lasprilla
Casa del Cacao - Centro de Memoria Afrocultural

89

Soberanía educativa: viajando hacia la Universidad del Futuro

Andrés Fonseca

107

Hatillo Renace

La Rotativa

123

Lo que aguarda y lo que florece

Eider Yangana

137

El camino de la EIAPV: un río de voluntades

Sebastián Giraldo

147

Pensorriquear Amasando Corridez

María Dolores Grueso

177

Semilleros que nutren las pedagogías del habitar

Ana Garzón Sabogal

195

Archivos territoriales y proyecciones cósmicas para la desestabilización de los adversarios.

Correspondencia en tres actos
La Vulcanizadora

213

Dejar de ser fantasmas, juntar nuestras formas de vida

Víctor Albarracin Llanos

La escuela habla

Alexandra Idrobo **13**, **132** – Alexander Paz García **27** – Sebastián Lema **30**, **62**, **114** – Sebastián Alejandro Guzmán **44** – Yeferson Rodríguez **55**, **104** – Gabriel Avella **58** – Laura Cuellar **71** – Jean Paul Steven Quiñones **85** – Leider Burbano **87** – Germán Ávila **102** – Erik Cajibío **114** – Henry Torres Grueso **118** – Adriana Hoyos **134** – Paula Andrea Calderón **142** – Jean Lucumí **170** – Ludis Zúñiga **172** – Jesús Antonio León **188** – Brayan Alexis Díaz Ovallos **190** – Iván Casilimas **192** – Ramón Silva **206** – Daniela Galvis Alonso **209** – Echar pa’ lante (Escuela Teorama) **211** – Wendy Zúñiga **222**

En su segunda edición en 2025, la **Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales** se consolida como una apuesta pedagógica en movimiento que continúa recorriendo el país para reconocer y fortalecer las expresiones vivas de sus regiones. Al llegar a este nuevo ciclo, la Escuela reafirma su propósito de descentralizar la práctica artística, transformando el aprendizaje, la investigación y la creación en un acto colectivo y soberano donde las comunidades lideran la narración de su propia realidad.

Esta nueva fase, además de celebrar los logros alcanzados, asume el reto de la continuidad en departamentos como **Cauca** y **Chocó**, donde la Escuela ha acompañado procesos significativos y, durante 2025, ha orientado sus esfuerzos hacia su profundización. No se trata de intervenciones fugaces, sino de un compromiso por fortalecer los liderazgos culturales locales y asegurar que las herramientas artísticas sigan funcionando como mecanismos de memoria y soberanía territorial.

La Escuela se caracteriza por su capacidad de movimiento. En 2025, esta vocación de despliegue territorial priorizó regiones históricamente marcadas por la exclusión, integrando al **Catatumbo** y al **Vaupés** como nuevos nodos fundamentales de acción pedagógica. La llegada a estos territorios parte del reconocimiento de que la creación y el pensamiento artístico son herramientas vitales que deben estar presentes en los lugares en los que la vida y la memoria necesitan ser reafirmadas. Especialmente en el Catatumbo (región que a inicios de año enfrentó graves crisis humanitarias y desplazamientos masivos por el conflicto armado), la Escuela trasciende lo pedagógico para convertirse en un acto de acompañamiento y reparación de las rupturas al tejido social que deja el conflicto.

Más allá de la expansión a nuevos territorios, la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales reafirma su compromiso de sostener procesos de largo aliento, reconociendo que la trans-

formación social a través del arte requiere constancia y arraigo. El programa mantiene su apuesta por un diálogo horizontal que evita la transferencia de modelos externos, priorizando la escucha activa y la puesta en valor de los saberes locales.

Estas iniciativas pedagógico-creativas trascienden su condición de espacios de aprendizaje: se configuran como mecanismos fundamentales para el fortalecimiento de los procesos artísticos locales y la consolidación de las autonomías territoriales, y contribuyen a que las comunidades continúen nombrando, creando y sosteniendo, desde sus propias voces, los sentidos de su presente y de su porvenir.

Yannai Kadamani Fonrodona

Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes

Presentación

La Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales (EIAPV) es un espacio de formación artística de carácter horizontal, situado y colectivo que se construye de forma colaborativa en diferentes regiones del país. Como su nombre lo indica, es itinerante porque camina los territorios, tejiendo lazos con sus comunidades e incentivando procesos de intercambio de conocimientos, prácticas artísticas y saberes locales.

La EIAPV desarrolla procesos pedagógicos que se construyen en y con cada territorio, a través de estrategias que comprenden las prácticas artísticas y culturales como procesos expandidos que trascienden la formación disciplinar y los hechos formales y más bien se piensan como ejercicios plásticos de transformación colectiva del territorio. Sobre todo, la EIAPV es un proceso de escucha en el que es el territorio el que determina los saberes, prácticas y procesos que vincula al programa y que quiere problematizar como un hecho pedagógico colectivo.

En el 2025, la EIAPV se desarrolló en territorios donde fue necesario dar continuidad y profundizar los procesos adelantados en 2024, como el Cauca y Chocó, y, además, se expandió a otros priorizados por el Plan Nacional de Desarrollo, como Catatumbo y Vaupés, donde se adelantaron procesos ricos en matices y manifestaciones artísticas, culturales, sociales y políticas durante los últimos cuatro meses del año. A través de más de 30 acciones desarrolladas en 15 municipios de estos departamentos, se logró vincular a cerca de 400 formadores, sabedores, artistas, agentes culturales y escuelantes de todo el país.

La Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales ha demostrado ser un factor clave en el fortalecimiento del ecosistema artístico en los territorios. En cada una de sus ediciones, se ha buscado arraigar y sostener los procesos de formación e inves-

tigación abiertos, así como el afianzamiento de las redes de colaboración que les dan soporte, con el fin de incitar en las comunidades la manifestación rica y vibrante de sus prácticas culturales, acompañar sus formas de sostener la vida en sus territorios, y que puedan ejercer satisfactoriamente sus derechos culturales, salvaguardando el acervo local que las une con su pasado y les permite proyectar desde el presente sus modos particulares de hacer, de pensarse y de cultivar percepciones sensibles en su relación con el mundo y con lxs otrxs.



Escuela Catatumbo

1. Teorama
2. El Hatillo

Escuela Chocó

3. Nuquí

Escuela Cauca Norte

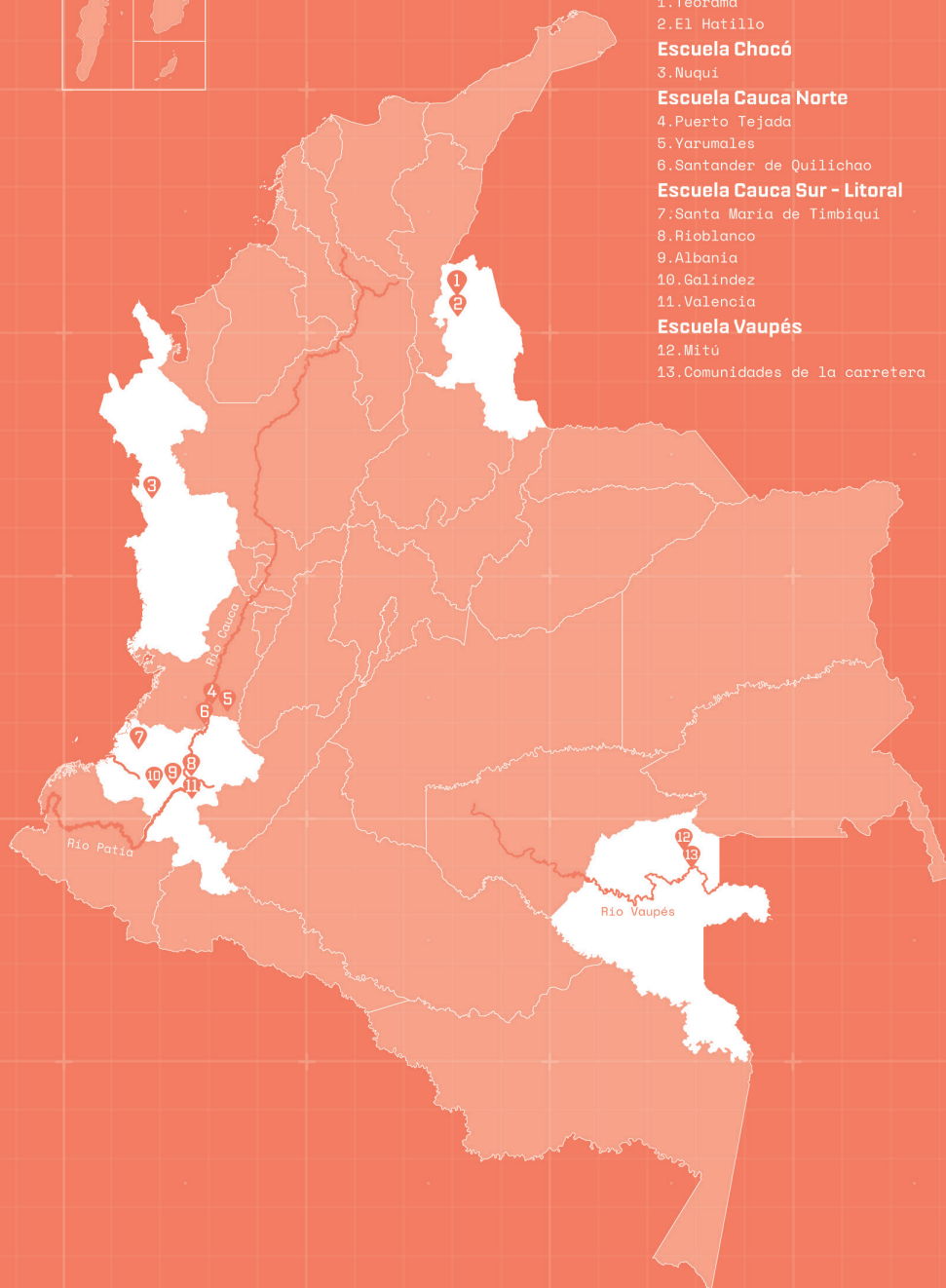
4. Puerto Tejada
5. Varumales
6. Santander de Quilichao

Escuela Cauca Sur - Litoral

7. Santa María de Timbiquí
8. Rioblanco
9. Albania
10. Galíndez
11. Valencia

Escuela Vaupés

12. Mitú
13. Comunidades de la carretera



Pequeña introducción general

Este libro es una herramienta pensada desde la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales para presentar un conjunto de declaraciones, vivencias y pensamientos en torno a los saberes, las luchas territoriales y las prácticas artísticas que tuvieron lugar en el contacto entre coordinadorxs, productorxs de campo, formadorxs, articuladorxs territoriales y pares locales con lxs escuelantes y sus comunidades, en los distintos territorios donde llegó la Escuela en el año 2025. Ustedes verán que algunos testimonios se narran en tiempo pasado, mientras que otros hablan desde el presente o se proyectan hacia el futuro, dependiendo del momento en que fueron recogidos. Esa temporalidad se respeta aquí para ampliar la riqueza de las voces participantes.

Por otro lado, este libro es, también, un dispositivo que expande y problematiza aspectos, preguntas y miradas que no hacen parte del universo inmediato de lo que se hizo, se habló y se pensó en los territorios, en el marco de los procesos pedagógicos emprendidos por las Escuelas del Cauca, Vaupés, Chocó y Catatumbo, pero que sí resuenan con asuntos que deberían ser pensados por las comunidades como parte de sus ejercicios particulares de organización, construcción de soberanía, etnoeducación y autorrepresentación. Con ese fin, se invitó a personas y colectivos que trabajan desde los estudios visuales, la antropología, el cine y las pedagogías del arte a que escribieran, desde su experiencia y su experticia, sobre temas como la relación entre creencias y luchas; la educación popular y las prácticas de re-existencia; las posibilidades de encuentro, conversación y aprendizaje a partir del uso de medios digitales; la importancia de la imaginación en los procesos narrativos territoriales, y muchos más que se desprenden de las perspectivas aquí presentadas.

Por último, este libro incluye un diagrama que recoge la memoria social del proceso desarrollado por la EIAPV en 2025 y recopila un pequeño cuerpo de imágenes que nos permite imaginar lo vivido y lo creado en los distintos territorios gracias a la interacción viva entre el programa desplegado por Minculturas y las distintas comunidades que le dieron la bienvenida. Por supuesto, se trata de un ejercicio parcial y muy modesto de memoria, imposible de delimitar en estas pocas páginas, así como es imposible delimitar el verdor y la riqueza que se expanden ante nuestros ojos cuando recorremos el país para terminar descubriéndonos muy pequeños y, a la vez, infinitos.

Esperamos que este libro circule, se comparta, se lea en compañía, desate conversaciones e invite a que otras experiencias pedagógicas y soberanas se despierten en Colombia, con o sin instituciones de por medio.

LA ESCUELA HABLA

Alexandra Idrobo

Articuladora *Monte Oscuro*

Escuela Cauca Norte – Litoral

Puerto Tejada

La escuela tiene unas fases, y una de ellas es la de reconocimiento, que es una especie de visita entre territorios para conocer y reconocer. En estos espacios surgieron unas reflexiones muy bellas y potentes, porque nacen de habitar el territorio, de las miles de historias y de versiones que todos tenemos acerca de algo, y eso es lo que construye la historia real, la historia que se vive y que no está escrita. Estábamos haciendo un recorrido por Santander de Quilichao y nos paramos debajo de un samán para recibir el fresco y la sombra. Ese espacio unió a dos comunidades étnicas que en ese momento nos encontrábamos allí: una de personas mestizas y otra de personas negras. Ahí nos pusimos a hablar precisamente sobre el samán, sobre lo que representa. La gente decía que el árbol es un ser natural y todos hablaban de los años que lleva allí.

Alrededor de esta misma idea de que hay muchas historias alrededor de cada cosa surgió otro relato, tan potente que todos nos quedamos impresionados: Resulta que el samán representaba para las comunidades negras un lugar de encuentro público al que sí podían acceder las per-

sonas esclavizadas después de su “camello”, dicho así entre comillas. Allí tomaban sombra debajo de ese árbol o se reunían para poder hacer sus fiestas o charlar. Como la gente negra no podía entrar a las iglesias, se reunían allí, bajo el samán, no solo para conversar, sino también para tener sus encuentros espirituales.

Creo que esto es un pequeño ejemplo de todo lo que surgió en la Escuela del norte del Cauca, donde todo el tiempo se dio un encuentro de relatos e historias de diferentes personas y diferentes pieles. También fue muy importante entender que los caminos por los que caminamos eran los mismos del palenque de Monte Oscuro, construido por cimarrones, gente que escapaba de las haciendas y de las minas. Ese recorrido que hicimos, conectando territorios que hacían parte de la historia de ese palenque, trajo reflexiones a las nuevas generaciones, pues estábamos andando sobre los pasos de nuestras ancestralidades.



CREER LUCHANDO

Julián Santiago Grueso



Compitas: Abrimos aquí este libro con un acto de fe. Pero no de cualquier fe ni de la creencia en cualquier cosa. Abrimos este libro que gira en torno a la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales con una carta que nos habla del creer en nosotros mismos, en la fuerza espiritual de nuestros pueblos y en la historia que encarnan nuestros cuerpos, sometidos por generaciones a todas las formas de violencia, a todos los maltratos y maledicencias. Aquí, Julián Santiago Grueso enfatiza en la relación indisoluble que tienen el creer y el luchar, porque solo creyendo en eso por lo que luchamos podemos sostener las luchas por eso en lo que creemos, es decir, en nosotrxs, en nuestros pueblos, nuestras memorias y nuestros modos de vida anclados a los territorios, a nuestros hermanos y hermanas, y a quienes nos acompañan a lo largo de nuestras vidas en un abrazo de dignidad y profundo afecto. Así, abrimos el libro reconociendo que el esfuerzo que esta Escuela implica, no solo en los territorios, junto a las comunidades y ante el complejo aparato del Estado no puede ser simplemente reducido a la condición de “programa”, sino que se inscribe en el campo de las luchas y de las convicciones, pues estamos convencidxs de que solo la creencia y el poner el cuerpo en marcha pueden sostener en el tiempo un gesto que busca enraizarse en las regiones con las que se conecta y, con fe y constancia, crecer. Julián ha escrito esta carta atendiendo a esa perspectiva, que es la de sus propias luchas e intereses como antropólogo y persona racializada, como escritor beligerante que ha planteado con decisión el contrapunto entre “la práctica etnoeducativa como experiencia territorial en defensa de la diversidad y la (re) construcción de identidades étnicas y afrosaberes como opción epistemológica-ontológica; y, por otro lado, el desarrollo, la estructura histórica del Estado colombiano —que por fin empieza a transformarse para provecho de los territorios y de sus comunidades— y el terror como propulsores del destierro/desplazamiento”. Con los buenos días y por días mejores para todxs, les invitamos a leer, a creer y a seguir en la lucha.

Querido pueblo:

Con el permiso de mis ancestras y mis ancestros.

Tengo una pila de cartas atravesada en los pulmones. Cartas aún por terminar que aún no he enviado, mensajes que no he conseguido mandar porque, a veces, las palabras justas no llegan, acaso acorraladas por los estruendos de la barbarie y del horror que parecen devorarlo todo. Y todo desemboca en un largo suspiro, en una pausa para regular la respiración alterada por los sentimientos exacerbados, en esa reacción del cuerpo —siempre tan animal— que intenta aligerar cargas tan terriblemente humanas.

Pero, para serles sincero, las cartas no se apilan por culpa de la palabra esquivada. La palabra, tarde o temprano, aparece: incluso cercada, termina por salir cuando la persigo, cuando la espero, cuando insisto en ella. Las cartas se apilan porque, después de resoplar casi exhausto, me conformo con el fugaz alivio que produce el suspiro y, contrariando mis convicciones más profundas, termino creyendo que ya no vale la pena decir nada. Entonces, el problema primordial surge cuando dejo de creer que todavía hay algo por decir, y por hacer y por pensar. El problema es, pues, dejar de creer.

Por eso, como un acto de fe, he decidido escribirles esta carta, que es tal vez mi carta más urgente para estos tiempos urgentes. Quizá por momentos hayan sentido que algo cruje en nuestro interior y que una grieta crece en el corazón de nuestras creencias colectivas que han dado forma durante siglos a una exuberante diversidad de prácticas, conocimientos, saberes, ritos, sonidos, sabores, fiestas y todos esos elementos que le dan sentido a la existencia de nuestros pueblos: una grieta, pues, en eso que llaman cultura. Y es normal sentir que todo se desmorona cuando, a pesar de aferrarnos a las raíces, prenderle velas a los santos, vibrar con el bombo que ahuyenta a los

malos espíritus de los montes o cantar alabaos a los muertos para acompañarlos en su viaje a la tierra de los ancestros, día sí y día también nos despertamos con la noticia de nuevos bombardeos, destierros, deportaciones masivas y toda una larga lista de vejámenes que están dispuestos a infligir sobre nuestros cuerpos unos cuantos multimillonarios abyectos que no conocen otro dios que el dinero. Para estos tristes hombres grises, lo único que tiene valor es todo aquello que se puede comprar y vender y apostar en la sagrada bolsa de los mercados financieros. Todo lo viviente es sacrificable para alimentar las fauces insaciables de los ludópatas de Wall Street. La música de sus rituales no puede ser otra que el estallido de la bomba y el misil haciendo saltar por los aires el más grande milagro que es la vida.

Entonces, por supuesto, parece que decir “las vidas negras —o indígenas o campesinas o migrantes o empobrecidas o maricas— importan” es un cruel oxímoron, un contradictorio sinsentido en contra de lo que llaman “progreso”. El desprecio sistemático por la vida de tantos pueblos y gentes tiene por finalidad hacernos creer que efectivamente son vidas que no importan. Pero, cuando se dice una consigna como esa, el mensaje no busca la conmiseración del verdugo: es una declaración de que seguimos creyendo en nuestras propias vidas. Hay algo en el pueblo tan insistente como esa lluvia copiosa y persistente del Pacífico colombiano que está siempre dispuesta a hacer que el verde brote sobre la tierra. ¿Qué fuerza misteriosa se esconde allí?

Antes de intentar acercarme a esa fuerza, permítanme les cuento algo que pensé hace unos días mientras veía un programa matutino de un canal europeo. Unos analistas hablaban sobre la fatídica noticia de un tren que se había descarrilado justo cuando pasaba otro en sentido contrario, causando la trágica muerte de decenas de pasajeros. Como suele pasar tras un accidente de este tipo, decían, lo primero es que los investigadores analicen las cajas negras para saber cuál fue la causa

de la fatalidad, qué falló en el sistema, si hubo o no un error humano o si fue la suma de varios factores que trágicamente coincidieron por la mano, siempre caprichosa e implacable, del destino. Y decían, también, que conocer las causas tenía dos objetivos: por un lado, tomar medidas para tratar de evitar que un accidente así se repita; y por otro lado, depurar responsabilidades.

Después pasaron al tema del día, de todos estos días: las políticas de Donald Trump. Mi gente, les cuento que mientras escuchaba opinión tras opinión, el puño se me cerraba como atenazando una rabia lejana. Esa rabia no era por lo que decían sobre el Señor Matanza, sino por cómo lo decían. Era como si aún estuvieran hablando de una caja negra: cómo es posible que esté pasando esto —se preguntaban, atónitos—, cómo llegamos hasta aquí, qué está fallando en nuestro avanzado sistema democrático. Hablaban del fascismo como un accidente completamente impredecible de la Historia. Y lo que es peor, como en las cajas negras de los accidentes, lo que menos importaba en los análisis eran los últimos gritos, las súplicas finales de las personas que estaban a punto de morir. En el debate televisivo, los muertos se convertían en cifras y la sangre se medía por la subida en el precio del barril de petróleo. Entonces, como les contaba, la rabia lejana surgió al constatar aquello que dijo Charles Mills sobre la ignorancia blanca: que muchos europeos desconocen las realidades políticas e históricas más básicas del mundo afuera de sus fronteras, y que son incapaces de comprender las condiciones sociales del mundo que han impuesto a golpe de cañonazos. Quienes descendemos de seres humanos que fueron esclavizados, sabemos hace tiempo que los cuerpos humanos que hoy convierten en petróleo, uranio y tierras raras, ayer fueron convertidos en oro, algodón y azúcar. Sabemos, como nos ha enseñado la historia de nuestras luchas, que el fascismo no es un accidente sino uno de los frutos podridos del colonialismo. En fin, para qué repetir todo esto que ustedes conocen mejor que yo.

Tras apagar la televisión, me quedé pensando en la imagen de la caja negra. Me vino a la mente una cosa que escribió alguna vez mi maestro Jaime Arocha, donde decía algo así como que los pueblos construían archivos con lo mejor que han conocido y pensado sobre sí mismos para usarlos con beligerancia contra la exclusión y la violencia a la que han sido sometidos. Entonces imaginé que nuestros pueblos han estado guardando todos esos archivos en unas cajas mágicas que han resistido —y nos han permitido resistir— al terrible viaje de la esclavización, la colonización, el genocidio, el destierro y la miseria. Contrario a las cajas negras —que no son negras, sino rojas—, nuestras cajas no son simples recipientes de información, sino que son memoria viva que puede tomar forma de ceiba, piedra, tabaco, cununo, flauta o canto en una lengua anterior a la lengua. Estas cajas no nos dan información de ninguna historia; allí los pueblos somos el sujeto de la historia. ¿Pero de qué están hechas esas cajas, cuál es la savia de ese árbol, el mineral de esa piedra tan resistente? ¿Dónde se erige su fortaleza? La fuerza está en el creer. Es decir, si hago la pregunta inversa y pienso en qué es lo único que podría destruir todos nuestros archivos, la respuesta sería que nuestros archivos solo se destruirán cuando dejemos de creer en ellos. O, lo mismo, cuando dejemos de creer en nosotros mismos en tanto pueblo vivo.

Creer es una fuerza primordial. Pero en tanto fuerza, puede ser dirigida para cometer atrocidades o, por el contrario, para sostener y cuidar la vida. Por eso, una creencia nunca es falsa. Toda creencia implica un movimiento, genera prácticas, produce sentimientos, construye realidades materiales. En el mundo contemporáneo, hay quienes creen que la felicidad está en el tener y acaparar, por eso sus vidas emocionales se sostienen en la capacidad de comprar y consumir. Y eso, como sabemos, ha implicado un desarrollo exacerbado de unas fuerzas productivas que tienen hoy al mundo en combustión.

No hay falsas creencias, pero sí hay creencias de mierda. Por ejemplo, hay quienes siguen creyendo que las vidas de las personas negras valen menos, que somos una especie subhumana, y esa convicción se traduce en violencia sobre nuestros cuerpos y territorios, en exclusiones materiales y privaciones de derechos para nuestros pueblos.

Hay otras creencias que son más cercanas al misterio, que son de carácter espiritual. De ahí su fuerza, pero también su condición inefable. Estas fuerzas protectoras, transversales a todos nuestros archivos contruidos, encuentran una de sus más importantes expresiones por medio de los oráculos y los sistemas de adivinación. Les confieso que me resulta imposible explicar la naturaleza de una fuerza que solo puede ser mediada por la experiencia. Apenas puedo contar que quienes participamos de estos sistemas descubrimos un mundo de posibilidades. Cuando el santero lanza los caracoles, o cuando el babalawo pone el ekuele sobre la esterilla —no sin antes moyugbar, es decir, invocar a nuestros orishas, a los muertos y a las energías de los aún presentes— el tiempo se dilata, se abre el mundo de las posibilidades y probabilidades, y entonces sientes que todas las cosas pueden convertirse en otra cosa. Develar el porvenir es comprender el pasado, es andar y desandar el camino para poder mirar la vida con mayor atención. Por eso los oráculos, bien sean estos u otros que han sabido trabajar otros pueblos, han sido tan relevantes: se abren como luz en la penumbra del secreto, se convierten en palabra que es advertencia pero también consuelo e impulso.

La creencia en estas dimensiones espirituales está tan arraigada a las vidas de nuestros pueblos porque es fecundación, regeneración, reparación y perdurabilidad. Es la antítesis del mundo de lo desechable y lo obsoleto. Por eso, en este sistema de creencias colectivas, las piedras tienen tanto poder. Pertenecen a un tiempo anterior a nuestro tiempo y representan mares, ríos, montes y montañas para consagrar a los santos y orishas

que estuvieron mucho antes de nuestra llegada y que seguirán mucho después de nuestra partida.

El pensamiento anclado a la creencia en el dios-mercado ha querido aniquilar nuestros sistemas de creencias porque las “prácticas animistas” dotan de vida a cosas que, según el culto al capital, no la tienen —como los ríos, las piedras o las montañas—, negando la posibilidad de convertirlas en mercancías. Las creencias sintonizadas con el mercado posibilitan el nefasto camino inverso: todo lo vivo está sujeto a convertirse en cosa: ríos, montañas, piedras o cuerpos. Donde unos ven una mina, otros encuentran a Orisha Oko o a la Pachamama. Y eso no es un cuento hippie, en esa diferencia se disputa la posibilidad de la existencia.

Querido pueblo, dije al principio que esta era una carta urgente. Pero la urgencia no excusa mi torpeza con las palabras en el intento de dar contorno a cuestiones que desbordan la experiencia. No quiero pecar de inocente y terminar siendo cómplice de la banalidad y la estupidez. Por tanto, antes de despedirme, quiero decir brevemente un par de cosas.

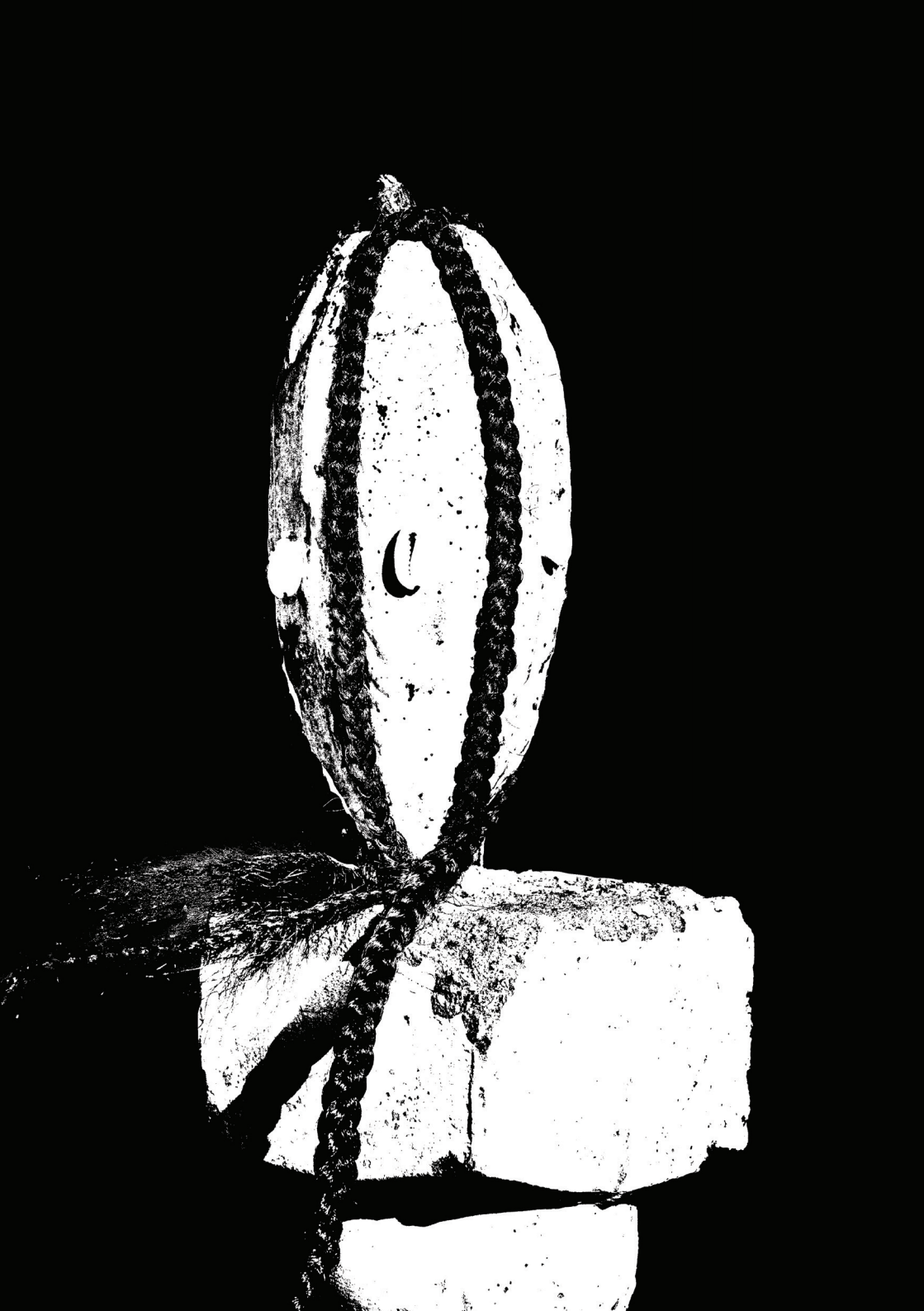
Primero, que la historia de resistencia de los pueblos nos ha enseñado que creer es imprescindible, pero no suficiente para defendernos del aparato de muerte que hoy está devorando a los pueblos del mundo. Cuando Makandal, aquel cimarrón y sacerdote vudú haitiano, convocó a las energías de lo viviente, a Papá Legbá y a la fuerza de los ancestros, lo hizo para sentar las bases de la liberación de su pueblo. Cuando Martin Luther King Jr. insistía en el amor al prójimo y convocaba a las multitudes, no estaba apelando a unas sensibilidades condescendientes y a la tontería emocional, sino que estaba haciendo del amor una fuerza organizada traducida en acciones directas para defender los derechos del pueblo oprimido. No quiero extenderme más, pues los ejemplos pueden ser muchos y ustedes ya los conocen bien. Pero en todos ellos la enseñanza es la misma:

la fuerza espiritual bien dirigida nos permite —como aquellas cajas negras de los trenes estrellados—, depurar plenamente responsabilidades. Es decir, nos permite, como pueblo, tomar conciencia plena de las formas de opresión, desenmascarar al opresor y emprender las acciones necesarias para defender la vida.

Segundo, que las creencias y las luchas de los pueblos siempre van de la mano. Cuando las creencias espirituales se alejan del misterio y se vuelven objeto de mercado, curiosidad exótica o lugar común para la palabrería yerma, pierden toda fuerza. Y las luchas, cuando pierden de vista la potencia en las creencias más profundas del corazón de la cultura popular, estarán destinadas al fracaso. Como dice Ojuani —uno de los signos de Ifá—, “será como echar agua en canasto”.

Finalmente, querido pueblo, no podría despedirme sin cerrar como lo hacemos en las consultas con el oráculo. Un último mensaje: dice Ojuani Iroso que el que niega su raíz, se queda sin suelo.

Para todos nosotros, ashé.



LA ESCUELA HABLA

Alexander Paz García

Formador *Monte Oscuro*

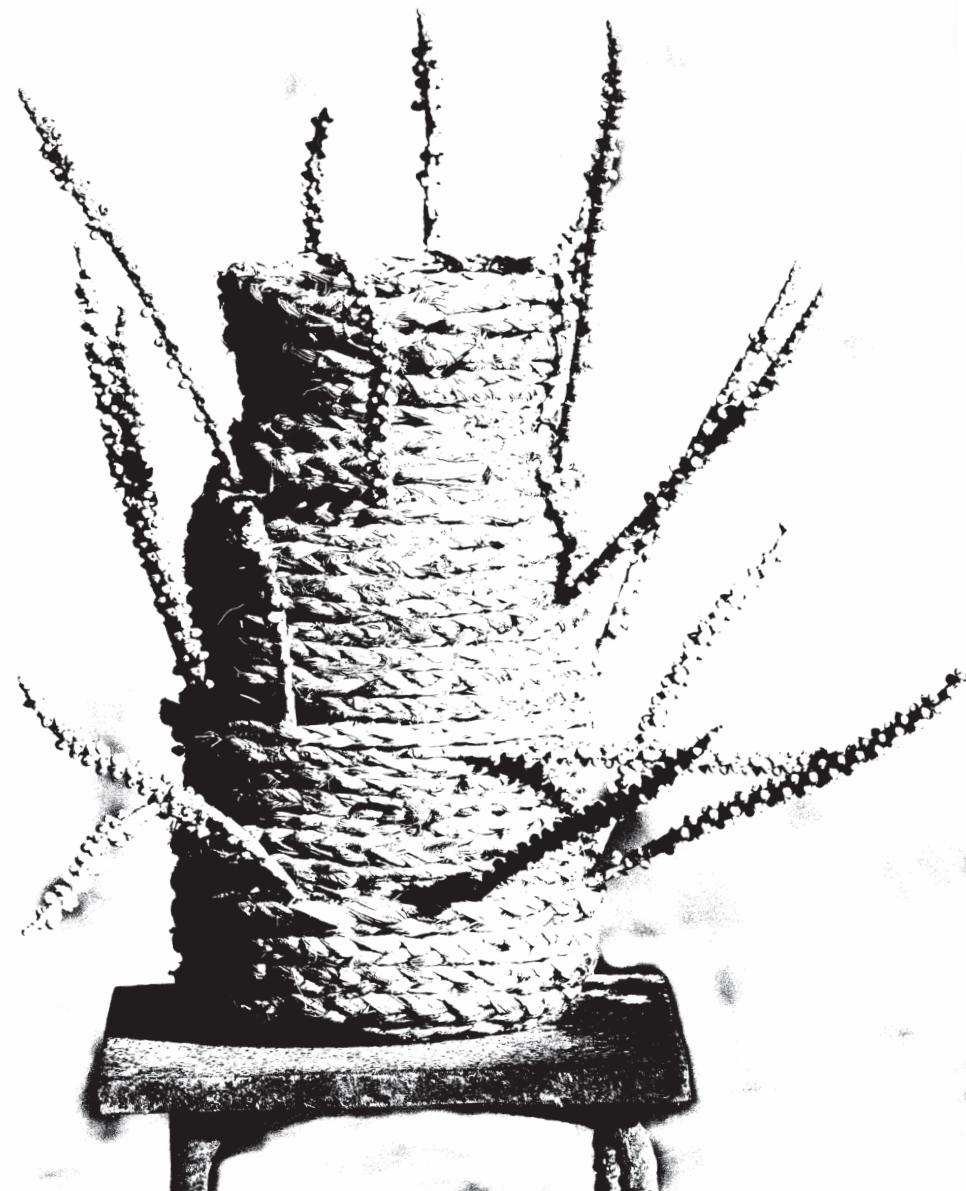
Escuela Cauca Norte – Litoral

Puerto Tejada

Hay una cosa que me tiene dando vueltas y quisiera saber cómo abordarla, y es el tema religioso. Una de nuestras preguntas en el marco de la Escuela era sobre los ritos y las tradiciones espirituales en los territorios. Resulta que la gran mayoría de los participantes pertenecen a iglesias cristianas y evangélicas, entonces allí hay una ruptura, una negación, una desconexión con las tradiciones. Por ejemplo, a un muerto ya no se le hacen las novenas, ya no se le prenden las velas ni tienen lugar muchas celebraciones que han sido fundamentales para sostener el sincretismo espiritual. Percibimos que había un desinterés por conocer temas de la africanidad. A medida que lo hemos conversado, se ha ido despertando la curiosidad, hasta que vuelve a aparecer la influencia del cristianismo y el tema se vuelve a cerrar.

Hay una gran influencia de este tipo de corrientes religiosas y eso ha generado una pérdida de saberes que, aunque no se practiquen, son muy importantes para comprender la historia de estos territorios. Muchas prácticas medicinales se han ido perdiendo porque su manejo energético no es visto como algo bueno por quienes profesan la fe

cristiana y católica. Yo no estoy confrontando, porque soy muy respetuoso de las creencias de la gente, pero me gusta interrogar porque ese tema forma parte de las preguntas de la Escuela. Entonces, un día hicimos un recorrido por la finca de los hermanos Balanta, en Yarumales, que hacen parte de una iglesia adventista, y resulta que ellos tejieron allá un tótem, un humanoide en cincho para que cuide la platanera. Entonces me quedé pensando en cómo todo vuelve a esas raíces africanas.



LA ESCUELA HABLA

Sebastián Lema

Formador *Territorio como pensamiento*
Escuela Vaupés

La *Escuela de territorio como pensamiento* está compuesta por un grupo multigeneracional y multiétnico de artistas de Mitú y de otras tres comunidades que se adentran en la selva: Bogotá Cachivera, Timbó de Bethania, y Yararaka de Pringamosa. Hemos buscado construir un puente cultural entre estos territorios, diseñando una expedición que se adentra en el territorio para que los más jóvenes conozcan de la mano de los sabedores tradicionales los sitios sagrados de sus culturas, junto a sus historias y mitos asociados. A través de la exploración gráfica del paisaje, la biodiversidad y la abundancia de imágenes mitológicas y poéticas la formación artística ha encontrado la forma de servir como plataforma de transmisión de conocimientos.

Estamos despertando y explorando habilidades creativas tanto en personas muy jóvenes como también muy adultas por medio de estrategias pedagógicas que acercan sus cuerpos a una experiencia sensible del territorio. Abordamos el dibujo como una herramienta para imaginar y crear piezas gráficas que parecen ser híbridos entre un mapa, un paisaje y un autorretrato. Ahondamos en los registros visuales profundos de cada participante para

proyectar y ampliar símbolos culturales que se reconocen como partes íntimas de la identidad: las geometrías de las casas ancestrales, las pinturas del Carayurú, las formas de los cerros y las cachiveras sagradas.

Esta Escuela continúa su camino con más expediciones al territorio para seguir conociendo sitios sagrados de las culturas tradicionales que lo habitan y desarrollar una mirada crítica sobre el impacto y la presión latente sobre muchos de ellos. Nuestros resultados estarán registrados en un fanzine que pueda distribuirse libremente por el territorio y en un mapa interactivo que documente nuestros procesos creativos y un amplio archivo de dibujos y registros visuales y sonoros de nuestra expedición por la selva.



EDUCACIÓN POPULAR PARA LA RE-EXISTENCIA TERRITORIAL

Adolfo Albán Achinte



Vecinos y vecinas, en este escrito de Adolfo Albán Achinte van a encontrar una bella reflexión sobre los modos en que el contexto y el territorio nos enseñan y nos acompañan, nos sostienen y enriquecen nuestras vidas, afianzando nuestra sensibilidad y nuestra capacidad de vincularnos con la tierra. Aquí, se enumeran las formas en que el territorio siente, habla, escucha, suda y enseña, señalando el camino para una educación popular situada y diversa. El maestro Adolfo Albán Achinte es artista, profesor universitario, doctor en estudios culturales, cultor e investigador de las comunidades afrodescendientes en el valle del Patía, y muchas cosas más. Su trabajo explora las potencias pedagógicas de las prácticas artísticas desde una perspectiva territorial y articula relaciones complejas entre creación, vida y dignidad. Durante décadas, el trabajo de Adolfo ha acompañado las luchas de las comunidades a lo largo y ancho del país. Entre sus muchos aportes a la educación popular está el de haber acuñado la noción de “re-existencia”, que ha sido fundamental para los procesos territoriales sostenidos por las comunidades en Colombia y la Abya-Yala.

“El contexto educa” es una de las premisas más importantes de la Pedagogía de la Corridez que la maestra María Dolores Grueso, “Lola, la maestra corrida”, ha desarrollado por espacio de casi cuarenta años en el corregimiento de Galíndez, municipio de Patía, al sur del departamento del Cauca. Desde este principio, escribo estas líneas para todos, todas y todes los integrantes de la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales, promovida por el Grupo de Artes Plásticas y Visuales del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.

Pero el contexto, además de educar, también crea, elabora, diseña, se piensa, se siente, escucha y dialoga en las profundidades de los territorios, teniendo siempre presentes los saberes que se construyen en cada lugar con sus características propias, sus dinámicas diferenciadas y sus apuestas múltiples, creando un panorama rico en experiencias guardadas en la memoria individual y colectiva, en las tradiciones orales, en las manifestaciones musicales y dancísticas, en las maneras de tejer, de trabajar el barro, de cantar en los eventos fúnebres, de cocinar la comida del lugar. Es decir, que el contexto es una construcción social que desarrolla múltiples procesos creativos, algunos con las manifestaciones de lo que el mundo occidental denominó como “Arte” y otros muchos que hacen parte del diario vivir y con los que se resuelven muchas situaciones y necesidades.

La creatividad, en este sentido, se convierte en la capacidad individual y colectiva de tomar autónomamente decisiones para tener bienestar y dignidad. Esa creatividad ha acompañado a las comunidades a lo largo de sus historias, posibilitando la permanencia en el tiempo y en el espacio mediante la solidaridad, la generosidad, la reciprocidad y el intercambio, resistiendo a los embates del colonialismo y re-existiendo a medida que, empleando sus acervos culturales, han venido reinventándose la vida para superar las adversidades, el racismo, la marginalización, las exclusiones, la explotación y la dominación cultural que

sistemáticamente han negado los saberes y las posibilidades de vida diversas, más allá del capitalismo y el patriarcado.

Las formas educativas comunales que se desarrollan por fuera del sistema estatal contienen procedimientos y maneras específicas de transmitir el conocimiento en lugares como la cocina de la casa junto al fogón (tulpa), en las huertas o chagras, en los trabajos colectivos de distinta naturaleza (mingas), en el intercambio de fuerza productiva para recoger las cosechas (mano vuelta o mano cambiada), en las festividades patronales y en las asambleas para la toma colectiva de decisiones. Todos estos espacios se configuran como el sistema propio de cada lugar para la enseñanza y el aprendizaje de los valores y los códigos culturales que son necesarios para la vida en común.

Educación y creatividad han estado y están presentes en los territorios, posibilitando la re-existencia como una *praxis* liberadora de la vida cotidiana frente a todos aquellos factores que impiden el desarrollo pleno de las comunidades, entendiendo el territorio como ese gran espacio o casa común en donde se tejen relaciones sociales y se construyen identidades étnicas y socioculturales a través del afianzamiento de sentidos de pertenencia que permiten el posicionamiento de las comunidades para la defensa de lo que les pertenece. Así, el territorio es el espacio en que se organiza, se diseña y se reproduce la vida en sus expresiones humanas y en todas aquellas diferentes a lo humano.

Educar y crear en el territorio para la re-existencia implica entenderlo en sus múltiples manifestaciones en tanto el territorio suena, no solamente por la música que se crea y se interpreta en sus canciones, sino también por el sonido del agua de los arroyos, ríos, cascadas y la lluvia, por el sonido del viento que circunda los bosques, las selvas y los follajes, por las voces que nombran el territorio, por los saludos que crean amistades y forjan relaciones entre las personas, por el canto de los

pájaros al amanecer o al atardecer, por el sonido de las herramientas en las diferentes faenas del trabajo, por los cantos en los velorios y en los actos de enterramiento de los muertos. El sonido del territorio nos recuerda quiénes somos y a dónde pertenecemos.

El territorio huele por los alimentos que se preparan en los fogones y se disfrutan en las mesas de las viviendas, por el aroma de las flores de las que chupan el néctar las aves, por las plantas medicinales cultivadas en la huerta casera, por la tierra mojada de los caminos y los sembrados, por el estiércol del ganado que abona la tierra y por el trabajo diario de hombres y mujeres que luchan por mejores condiciones de vida.

El territorio suda en los cuerpos que bailan o trabajan en las largas faenas que inician al amanecer, cuando el sol despunta saludando con alegría un nuevo día; suda en la vida doméstica preñada de múltiples labores que garantizan la permanencia, en las actividades deportivas y recreativas que proveen felicidad en medio de tantas situaciones difíciles. El territorio suda porque lo habitamos y nos habita, como también nos recuerda que el trabajo cultural no debe ser un conjunto de actividades solamente para el espectáculo, el divertimento o la recreación, sino un ejercicio de pensamiento que contribuya a afianzar las identidades étnicas y socioculturales y el sentido de pertenencia a un lugar.

Igualmente, el territorio es un universo cromático por los colores de la tierra, de las plantas y las flores, por los plumajes de los animales, las decoraciones de las viviendas, los festones de las celebraciones de las fiestas patronales o de fin de año, los atuendos que cubren pero también engalanan los cuerpos, los rojos y naranjas de amaneceres y atardeceres encendidos o los azules agrisados de las épocas invernales, por las noches de luna llena o cuarto creciente con sus resplandores, por los veranos intensos y los tiempos de lluvia y por el ocre del maíz a

punto de cosecha. Esa exuberancia de los colores del territorio se expresa en mochilas, chumbes, cuetanderas, anacos, ruanas, turbantes y chacanas, en los toldos del día de mercado, en las chivas que transportan gente y remesas. El territorio y sus colores nos identifican y nos movilizan a reconocerlo y fortalecerlo.

El territorio escucha a las gentes que ríen, lloran, cantan y hablan, escucha la algarabía de los niños y las niñas en el patio de recreo o en los caminos para llegar a casa y escucha a la naturaleza que se expresa de múltiples maneras: en los truenos y el estertor de las tormentas, en el rugir de los volcanes y en las corrientes raudas de los ríos, en la caída de las cascadas golpeando los peñascos, en el crujir del machete o el hacha cuando cortan la leña y en el golpe del azadón horadando la tierra. El territorio escucha también los lamentos por las vicisitudes y las tragedias, y los cantos de esperanza que se funden entre las montañas y los matorrales.

El territorio siente el andar lento de las mayores y los mayores, el latir de los corazones que se ensanchan de alegría y gozo, el alboroto de los eventos deportivos, el fragor de la guerra, el miedo que se cuela por entre las ventanas de las casas, el silencio que se convierte en estrategia de sobrevivencia, el grito de las consignas que protestan por las injusticias y el abandono estatal, el cuchicheo de los enamorados, el acorde de una guitarra y las notas de una marimba o de un violín al atardecer, después de una extenuante jornada de trabajo. El territorio siente también el cansancio de las mujeres y sus fortalezas para encarar la cotidianidad, las ilusiones y sueños de los cultores que trabajan y luchan por la permanencia de las tradiciones, el crujir de la leña del fogón donde se cuecen los alimentos. El territorio siente porque está impregnado de las energías de los espíritus que lo habitan, de los fantasmas y apariciones que lo rondan y de toda la historia de los pueblos y comunidades que lo hacen posible.

El territorio es escenario simbólico representado en los cuentos, leyendas, historias y mitos que estructuran cosmovisiones diversas, formas de entender el mundo y lenguajes que lo hacen comprensible; también está representado en la preservación de las memorias, los saberes y los pensamientos arraigados en las entrañas de cada lugar, en la singularidad de las expresiones culturales que denotan las maneras de estar, ser, sentir, decir, hacer y actuar. Los símbolos del territorio están presentes en cada acto comunal, en los rituales de armonización y refrescamiento, en los eventos mortuorios y en el advenimiento de la vida, así como en la infaltable fiesta para el disfrute y la socialización, en los bastones de mando de las distintas guardias indígenas, campesinas y cimarronas, en las pañoletas que contienen escudos y banderas de los movimientos sociales y en las chaquiras que presentan formas multicolores. Los símbolos están presentes para recordarnos de dónde somos, qué hemos construido y cómo queremos seguir viviendo.

El territorio re-existe en las luchas de los pueblos y comunidades por la defensa de los beneficios que nos dan la tierra y el agua, los bosques, las montañas y los ríos; re-existe en los distintos procesos educativos que trabajan por hacer una educación contextualizada y pertinente a las necesidades y apuestas socio-culturales, en las formas de organización y participación social que construyen gobernanza y autonomía, en la creatividad para mantener la vida, en las manifestaciones artísticas que están arraigadas desde hace muchos años y alegran cada día, en la preservación de los saberes que sustentan las visiones de mundo y las acciones colectivas, en los niños y las niñas que nacen para preservar el acervo cultural y en la memoria de los mayores y mayores que se ha transmitido de una generación a otra y que debe continuar transmitiéndose como un legado vivo. El territorio re-existe porque vivir es mucho más que estar vivos, es un acto político de construcción de sociedad con equidad, justicia social y dignidad.

La educación popular, aquella que los pueblos y las comunidades hacen desde sus propias lógicas de enseñanza y aprendizaje, es una educación para la vida y la transformación de todos los factores que atentan contra la dignidad, es una educación para la re-existencia de las comunidades, los territorios, los procesos creativos, el pensamiento enraizado y situado, las tradiciones que se recrean y se actualizan, las formas productivas que apelan a los ritmos de la naturaleza y a la memoria colectiva. Aprender es más que recibir conocimientos y enseñar es más que transmitirlos, por eso, en los territorios la palabra circula, se atiende, se respeta y es el mecanismo por medio del cual se resuelve la

conflictividad y se fortalecen las relaciones entre las personas. Los procesos creativos están inmersos en ese ámbito de lo educativo porque la música, el baile, las coplas, las décimas, los dichos, los refranes, la alfarería y los tejidos hacen parte del aprendizaje y de la construcción de sentido de vida y de mundo.

El quehacer creativo, con lo artístico y más allá de lo artístico, como apuesta pedagógica contribuye a tejer la cotidianidad, interpreta el contexto por medio de los sonidos, las formas, los colores, los olores, los sabores y el movimiento. Hace posible pensar los territorios y representarlos, afianzar las culturas, proyectarlas a otros contextos en procesos de intercambio y diálogo en la diversidad y la pluralidad, creando otras formas de vida más fraternas, acogedoras y solidarias en el accionar político, pues lo creativo es político porque genera dinámicas sociales para el diseño de la existencia en colectivo.

No renunciar a una educación en donde los procesos creativos para la re-existencia territorial permiten luchar por una vida en condiciones de dignidad es una postura que interpela al poder hegemónico y excluyente que ha silenciado a lo largo del tiempo la existencias de los pueblos originarios, los de la diáspora africana, los campesinos y las gentes que en el mundo urbano habitan los sectores marginalizados y excluidos.

La escuela es mucho más que un espacio físico, una escuela es un proceso social de intercambio de conocimientos, la escuela es el territorio y lo que en él se construye, y la itinerancia hace parte de la forma de ser y actuar de las comunidades que van y vienen, se aproximan y se distancian, resuelven sus conflictos y generan acuerdos.

La Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales ha de ser un espacio de intercambio en condiciones de equidad entre expresiones del arte occidental y las manifestaciones diversas de los pueblos en su creatividad, reconociéndose y respetándose en las diversas formas de interpretar el mundo y recrearlo, para que las voces silenciadas tengan lugar, para que las manos que hacen y labran la tierra forjen imágenes y productos que den cuenta de sus anhelos e ilusiones, para que la esperanza se mantenga a pesar de las duras contingencias de un conflicto armado que no cesa, para la construcción de una paz que vaya más allá del silenciamiento de las armas y para que la esperanza sea un derecho sentido y afianzado en todos los territorios.

Crear para vivir, y no solamente vivir para crear, es una tarea prioritaria que nos llama a no desfallecer, a enfrentar con decisión, perseverancia y organización comunitaria el racismo, las discriminaciones de todo tipo, las opresiones que nos niegan, la estigmatización y los estereotipos que construyen falsas imágenes de nuestros pueblos, la marginalización y el abandono. Crear es una necesidad vital que hace parte de la vida cotidiana; los procesos creativos y las disímiles maneras de presentarlos se deben consolidar, en la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales y más allá de ella, como un acto político de reivindicación del derecho a vivir y a re-existir con autonomía, oportunidades para todos y todas, dignidad y libertad.

LA ESCUELA HABLA

Sebastián Alejandro Guzmán
Estudiante *Amolando sabiduría*
Escuela Cauca Sur
Albania

En esta aula se siente
como si tuviéramos una
libertad dentro de
nosotros.

HACER GRIETAS CON MACHETE

Alejandra Sarria Molano



Mis amores, disculparán la confiandita, pero quiero presentarles esta carta de Alejandra Sarria Molano, puesta aquí, muy al comienzo del libro aunque es, a la vez, una despedida. En el proceso de corregir, diseñar y planear todos los aspectos técnicos que le dan forma a este volúmen que tienen ahora entre sus manos, pensamos desde el comienzo que la voz de Alejandra debería estar cerca al inicio, casi que abriendo las puertas de la Escuela a lxs lectorxs. Pero el tiempo fue pasando y el libro se fue demorando hasta hacerse, completo, una especie de cápsula espaciotemporal, el retrato de un tiempo en la historia del país en el que la palabra “posibilidad” sonaba con fuerza y que hoy, a muy pocos días del 7 de agosto de 2026, resuena con un eco más bien triste. Y sí, el espacio de estas páginas esperó a Alejandra para que viniera a hablarnos de su experiencia y de su visión de la Escuela, proyectada hacia el futuro desde la grieta que un grupo enorme de personas y voluntades, del que ustedes hacen parte, abrieron junto a ella en la máquina del Estado para hacerla funcionar en favor de los intereses y necesidades del pueblo, pero en medio se le atravesaron muchas otras grietas que ella estuvo manteniendo abiertas, a machete y junto a muchas personas, desde su trabajo como coordinadora del Grupo de Artes Plásticas y Visuales del Ministerio. En estos años, Alejandra coordinó procesos fundamentales para comunidades, artistas y otros agentes de la cultura y de la sociedad civil, incluyendo el Plan Nacional de Artes Plásticas y Visuales; el proyecto de Parque Memorial 6,402+ razones para no olvidar, desarrollado por las Madres de los Falsos Positivos con el acompañamiento de un grupo de artistas colombianxs; el programa Juntxs, que articula procesos colectivos y espacios de artistas entre las distintas regiones del país; la realización del Salón Nacional y los Salones Regionales de Artistas; los procesos de co-creación para la reparación simbólica de la Unión Patriótica y, por supuesto, el programa de Escuelas Itinerantes de Artes Plásticas y Visuales, sin contar con el desgaste

y la tensión implicados en el ejercicio de mantener abiertas las grietas en la estructura burocrática del Estado que permitieron el desarrollo vivo y fructífero de formas de organización, de intercambio de afectos y saberes, y de procesos de imaginación colectiva para la autonomía y la vida digna. Aunque el porvenir inmediato plantea enormes desafíos, esta carta confía en el enorme poder de la imaginación y del amor para reinventar el presente y evitar que se extinga la posibilidad de un mañana digno. Habrá días y ocasiones para seguir compartiendo con Alejandra en torno a una olla comunal de tamales o de sancocho, la verdadera y más poderosa institución que se ha creado en la historia de Colombia. ¡Ven, seremos!

Debo confesar que me ha costado mucho llegar a este texto. Llevo meses masticando lo que podría decir aquí, confundida por el lugar desde el que debería hablar. Por el rol que he desempeñado en el Grupo de Artes Plásticas y Visuales del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes en los últimos casi tres años, los espacios en los que he podido decir sin filtro lo que pienso han sido pocos y eso me ha llevado a cuestionarme el lugar desde el que debo hablar aquí.

Todo lo que hemos hecho durante este periodo ha estado atravesado por mis formas de comprender el mundo, por el deseo de que sea distinto y por los ensayos constantes de deformar el Estado para que sirva a quienes debe servir; pero eso no borra el hecho de que he ocupado un lugar y he actuado en representación de una institución, por lo que he tenido que limitar los espacios y las personas con las que se puede hablar “a calzón quitao” sobre lo que uno piensa y siente. Impedir que el rol acabe con la persona es otra de las resistencias que se ejercen en lo público. Y allí estaba el dilema que no me había dejado sentarme a escribir este texto que, con el pasar de los meses y sin que esa fuera mi intención, se ha vuelto, también, un texto de despedida. Finalmente, en el debate entre las palabras institucionales del por qué, para qué y cómo se hace una Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales según el Ministerio, y la posibilidad de hablarles como persona, me decidí a asumir el riesgo de hacer la segunda, con la esperanza de que los ya tres años que hemos compartido caminando la Escuela juntxs me concedan ese gesto de confianza.

[...] es un esfuerzo inútil, así nunca derribarán el muro. [...]

A la zapatista, el zapatista, nadie le pregunta. Si lo hicieran tal vez no respondería. O tal vez diría el por qué de su absurdo empeño: “acaso quiero derribar el muro, basta con hacerle una grieta”.

No ha sido en libros escritos, sino en los que aún no se escriben pero ya son leídos por generaciones, que las zapatistas, los zapatistas han aprendido que si paras de arañar la grieta, esta se cierra. El muro se resana a sí mismo. Por eso tienen que seguir sin descanso. No solo para ensanchar la grieta, sobre todo para que no se cierre.

[...]

No le preocupa la supuesta omnipotencia y eternidad del muro. Sabe que son falsas ambas.

Pero ahora lo importante es la grieta, que no se cierre, que se agrande.

Porque el zapatista, la zapatista, también sabe qué hay al otro lado del muro.

Si le preguntaran, respondería “nada”, pero sonreiría como si dijera “todo”.

[...]

“Si dices que no hay nada del otro lado, ¿para qué quieres hacerle una grieta al muro?”.

“Para mirar”, responde la zapatista, el zapatista, sin dejar de arañar.

“¿Y para qué quieres mirar?”, insisten [...] “Para imaginar todo lo que se podrá hacer mañana”, responde el zapatista, la zapatista.

Este fragmento pertenece a un texto escrito por el Subcomandante Galeano que se llama El Muro y la Grieta. Primer Apunte sobre el Método Zapatista. Quise empezar por ahí, porque desde que lo leí identifiqué ahí dos cosas que la Escuela ha sido para mí: resistencia y rebeldía e imaginación y ensayo. Y como

este texto se va convirtiendo en una despedida, y estoy sensible y cursi, voy a agregar una cosa más que creo que atraviesa la Escuela, o con la que la Escuela nos ha atravesado a todxs: el amor. Otra vez les pido que me concedan la confianza de hablarles en estos términos y, también, que disculpen mi torpeza para elaborarlos.

Hacer la grieta con machete

Me gusta pensar que lo que hemos hecho juntxs en los últimos tres años es abrir una grieta al muro del Estado e insistir todos los días para no dejar que se cierre. Ustedes, desde afuera, nosotras, desde adentro. Y si pienso en la Escuela, no soy capaz de pensar en otra herramienta que el machete para abrir esta trocha, porque las grietas al final son caminos. Hablo del machete de la resistencia cimarrona que nos han enseñado la mayora Alicia y el mayor Miguel tras ya dos años de conversar sobre la resistencia de la esgrima con machete y bordón; del machete de la maestra Lola, con el que construye los vehículos para balsear la corriedez junto a sus estudiantes y del machete de Amolando Sabiduría, que abre el camino campesino para defender el territorio.

Hemos aprendido juntxs las maneras de raspar el muro para hacer la grieta.

Les voy a confesar otra cosa: cuando me ofrecieron este trabajo, yo, inicialmente, no lo acepté, porque estaba dedicada a hacer tamales, a pensar en la soberanía alimentaria y andaba determinada a encontrar modos de ensayar la vida que no obedecieran a las instituciones del arte, ni a las instituciones del Estado. Les cuento esto con vergüenza, porque sé que lo que para mí significaba una gran rebeldía, es lo que ustedes hacen y ensayan en sus territorios todos los días. El asunto es que

aceptar un trabajo en el Estado contradecía eso, pues me parecía inconcebible vincularme al aparato estatal, un actor que, históricamente, ha generado violencia y dolor en muchas comunidades.. Finalmente, di mi brazo a torcer, y no ha sido fácil habitar esa contradicción; sin embargo, tomé esa decisión porque quise aprovechar el momento como una excepción para ubicarme desde adentro y en contra, para deformar ese aparato y encontrar maneras de forzarlo a operar distinto. Para hacerle grietas.

El Estado es un muro, y también un monstruo —en el mal sentido de la palabra— al que es necesario hacerle heridas desde adentro y desde afuera para encontrar líneas de fuga, caminos por los que interrumpir la violencia con la que normalmente actúa, e intentar que no imponga, sino que escuche. Que no coopte, sino que acompañe. Que no “progrese”, sino que camine con los pueblos. Que no obligue al otro a acomodarse, sino que se acomode.

La Escuela ha sido la grieta que le hemos abierto al muro para que asome una luz. Abrirla ha sido un ejercicio de rebeldía contra la forma impuesta del funcionamiento del Estado que nos decía constantemente “eso no se puede”. Porque se supone que no se le puede pagar a unx sabedxr sin prestaciones, o que no es posible hacer una olla comunitaria con una cocinera que no tiene RUT, o que hay lugares a los que definitivamente no podemos llegar. Hemos desobedecido cada una de esas “reglas”, y hemos encontrado rutas y caminos, pequeñas grietas para hacer cada una de las cosas que terminaron haciendo posible la Escuela.

Muchas veces me he burlado de mí misma por usar un término que es absurdo: imaginación burocrática. Porque la burocracia es lo opuesto a la imaginación. Existe para ordenar, clasificar

y repetir procedimientos; para impedirnos creer que el orden podría ser distinto. Pero a esa imaginación dentro de la burocracia nos dedicamos. Al ejercer resistencia desde adentro —con Mariela, con Yuly, con María Paula y con Nelly— nos imaginamos una y otra vez las pequeñas grietas que nos abrían los caminos para poder hacer al servicio de, caminando con y no imponiéndole a.

Con el tiempo, también he aprendido que las desobediencias necesitan complicidades, y con Angélica, Yolanda y Cristina asumimos una que se convirtió en una de las definiciones de la Escuela: ser “indisciplinar”. El modelo formativo-educativo-académico-institucional —¡qué cansancio!— nos dijo hace rato lo que se supone que es arte y lo que no lo es. Hay una división “sectorial” que pretende encajarnos en unas prácticas y formas de hacer que son aceptables dentro de lo que se entiende por “arte”, y esta Escuela, en otra de sus rebeldías sostenidas desde las grietas, superó eso.

La superación de ese marco normativo no es importante en un sentido abstracto de la crítica institucional del arte, es importante porque constituye la defensa de la creación y de la creatividad como ejercicios de autonomía y desplazamiento de poder que ejercen ustedes, en las comunidades que sostienen la vida y la dignidad en cada uno de sus territorios. No se trata, entonces, de producir gestos contra-académicos, sino de la práctica de la resistencia y defensa de la vida misma para crear las líneas de fuga del capital y enfatizar la fiesta, la cocina, el baile, el balseo, la marimba, la chakana y la chirimía como procesos plásticos, poéticos y políticos que crean mundos. Arte.

Cuando hablo de esto se me mezclan muchas emociones: por un lado, aparece la vanidad de sentir algo de orgullo por lo que hemos logrado. Porque sé que abrimos la grieta, de eso

no tengo dudas. Pero también sé que la forma de operar del Estado busca recomponerse y cerrarla. Por eso hay que insistir. En otras ocasiones, no pudimos, o la grieta que abrimos no fue suficiente. Y fallé. Hubo pagos que no se hacían, recursos que no llegaban, propuestas que no pudimos acoger, acciones que tuvimos que cancelar y lugares en los que no pudimos estar. En esta reflexión sobre la Escuela y sobre la partida hay también un dolor, porque sé que no derrotamos a la bestia, por más heridas que le causamos; sé que el camino es largo y no nos alcanzó el tiempo. Al menos no para seguirlo haciendo desde adentro.

Para imaginar lo que se podría hacer mañana

Tengo la impresión de que ya no nos gusta mucho hablar de imaginación, como si hablar de imaginar el mundo fuera una ingenuidad infantil. Eso me inquieta, porque siento que nos han ido robando la capacidad de imaginar. Hay, incluso, una frase citada una y mil veces, que dice que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Así mismo operan las políticas públicas, que en el mejor de los casos hablan de derechos culturales y, en los peores, de industrias de la creatividad, pero qué horizonte pueden tener esas políticas, esos derechos y esas industrias si no podemos volver a imaginarlas.

Creo que una de las cosas más bellas que ha hecho esta Escuela es poner en el centro la imaginación. Y no porque nosotros, desde el Ministerio, hayamos tenido la audacia de pensar en eso, sino porque ustedes, en cada uno de sus territorios, habitan la imaginación como elaboración diaria. Mientras nosotros hablamos de “ensayar mundos posibles” ustedes los habitan. Así que no hablo desde el relato de lo que hemos hecho, sino desde el agradecimiento. Les agradezco recordarme que lo que necesitamos es imaginar el mundo. Permitirme acompañar lo que ustedes han imaginado y van creando paso a paso, puntada a puntada, fuego a fuego.

La imaginación es una forma de figurar el mundo y aparece en la búsqueda por garantizar que un saber no se pierda y sea transmitido a otra generación; o en hacer un horno con el barro que está junto al río para poder cocer en él las figuras de las formas que puede tomar el mundo; en sumergir un payao en el mar para dejar que aflore ahí nueva vida; o en inventarse un festival para unir un barrio de personas que no son del mismo lugar pero que ahora están compartiendo la vida.

Cada uno de estos ejercicios es una forma de imaginación radical que crea colectivamente las imágenes para narrar la comunidad que se ha sido y la que se es, pero también para inventar la que puede llegar a ser. Me gusta pensar que la Escuela ha sido un vehículo para imaginar futuros propios y un laboratorio para jugar. Y eso es fundamental en un mundo que ha buscado borrar la imaginación y el juego por considerarlos improductivos para el capital. Cada Escuela ha creado una realidad temporal, un micromundo que plantea nuevas formas de organizar la vida que se oponen a la hegemonía y al capital, y que son únicas y propias de cada territorio.

Me conmueven y me inspiran estas acciones que recuperan la imaginación como categoría política. Porque el poder no solamente se apodera de la tierra y los recursos; también intenta quedarse con los cuerpos, las historias y la imaginación. Por eso, cada relato que inventó esta Escuela, hecha por cada uno de ustedes, desafía las lógicas del poder y crea el terreno mismo donde otro mundo se ensaya antes de existir.

Yo sé que es una contradicción hablar de la capacidad emancipatoria de la imaginación en un programa que se hace desde el Estado, pero ahí también, ustedes y nosotrxs —las personas, no la institución—, hemos logrado crear una fuga. Hemos con-

seguido habitar esa contradicción y usar al Estado al servicio de nuestra imaginación, así sea de manera temporal, sabiendo que la grieta puede volver a cerrarse. La abrimos porque la imaginamos, y eso significa que la podemos volver a abrir. Ustedes nunca han necesitado del Estado para esa imaginación, los recursos pueden estar o dejar de estar, pero la Escuela la han hecho ustedes, ustedes la han imaginado y han ensayado en cada acción pedagógica otro orden del mundo. Al final, no se trata de “cambiar el mundo” de forma definitiva, sino de imaginar todo lo que se podrá hacer mañana.

El amor te daña la cabeza

Estar cursi y sensible me llevó a pensar en el amor como elemento fundamental o resultado inevitable de lo que ha hecho la Escuela, al menos en mí. Pero quiero aclarar a qué amor me refiero, pues pienso que el amor es más sensible que cursi. No estoy hablando del amor romántico ni de una idea ingenua del amor que se confunde con el cariño que hemos compartido al encontrarnos, aunque ambos están ahí y nos han permitido querernos. Pero quiero hablar del amor en la manera en que lo usa Fred Moten, es decir, como algo que te altera, te cambia para siempre, te daña la cabeza y te deja incompleto. Pero no incompleto como cuando decimos “perdí mi media naranja”, sino incompleto porque nos enseña que nuestra idea de unidad e individualidad es errada. Porque nos hace perder la noción de ser personas separadas de lxs otrxs y de lo otro. Hablo del amor que existe como una práctica vital y social que altera toda individualidad y trastoca todo orden económico. Un amor que nos saca de la lógica del individuo completo y autosuficiente y te deja incompleto, dependiente de otrxs, deshecho, en el mejor sentido.

Es el amor en el que nos dejamos afectar por el otrx, ser tocados por la otra piel, por el otro cuerpo, por la otra historia, y en el que somos transformados por ella. Me atrevo a hablar de amor porque creo que, más allá de la figura institucional de una Escuela, hemos construido una red de afectos. Me alegra cuando escucho a personas que hicieron escuelas antes decir que, aunque no sigan vinculadxs al programa oficialmente, van a hacer su propia escuela, que se juntaron para seguir caminando juntxs. Porque las escuelas no le pertenecen a una institución, son un organismo vivo que crece, se libera y se emancipa en la dirección que quiera, acompañado por el amor de quienes se han y nos hemos juntado para hacer mundos temporales juntxs.

Yo he sentido el amor en cada territorio al que he tenido la fortuna de ir. En la generosidad con la que me han recibido, en las delicias de la comida que nos han alimentado alrededor de las mesas en las que nos hemos sentado, en los espacios de sus casas que me han compartido, en la posibilidad de sentarme a escucharles conversar en comunidad y permitirme participar de ese espacio de caminar la palabra, el fuego y la alegría con ustedes. Soy afortunada de haber sentido este amor que me dejó incompleta —de la mejor manera—, incapaz de crearme independiente de lxs otrxs y del mundo, interdependiente y en necesidad de estar con otrxs para ensayar la vida en colectivo.

Al principio de este texto les decía que era también un texto de despedida. Y a medida que lo he ido elaborando, o intentando hacerlo, me doy cuenta de que lo es. Es una despedida de la institución, de este rol, de las maneras específicas en las que me permitió hacer y estar en la Escuela. Pero también me doy cuenta de que me niego a despedirme de todxs ustedes, de que ya estoy vinculada por el amor, la imaginación y la resistencia y de que buscaré las maneras de seguir recorriendo los caminos juntxs para seguir haciendo escuelas, no-escuelas y más-que-escuelas.

El futuro institucional es incierto pero el de nuestro afecto no.

Sigamos haciendo grietas e imaginando mundo; insistamos para que el muro no pueda repararse y volver a ser el mismo, para que la grieta no se cierre.

TEORAMA COMO TERRITORIO DE MEMORIAS DIVERSAS

Teorama no es un solo territorio, sino una trama de memorias que conviven, se cruzan y a veces se contradicen. Cada joven, mayor o sabedor guarda visiones distintas: unas construidas desde el afecto hacia la familia, las semillas, el bosque, el río y la cotidianidad; otras marcadas por el dolor, la distancia o la duda sobre quedarse o partir.

JÓVENES: ENTRE LOS PACTOS, LOS DESEOS Y LOS FUTUROS POSIBLES

El proceso con jóvenes permitió abrir una conversación honesta sobre los dilemas del territorio. A partir de la historia de un campesino que pacta con el diablo, los jóvenes nombraron tensiones reales: los pactos que exige la coca, la sensación de castigo pese a "no hacer nada malo", la falta de oportunidades.

LA FUERZA CAMPESINA COMO FORMA DE RESISTENCIA

La fuerza campesina se expresa en acciones cotidianas: sembrar, cocinar, componer una canción, tejer, cuidar plantas medicinales o escribir no son solo oficios: son decisiones políticas que preservan la vida y los vínculos comunitarios pese a las presiones externas. Se resiste sin armas, se prioriza cuidar antes que ceder a pactos que afectan el territorio.

LA ESCUELA HABLA

Yeferson Rodríguez

Formador *Resistencias por correspondencia*

Escuela Catatumbo

Teorama

Lo que buscábamos con una pregunta orientadora era apostarle a la construcción de una idea del campesino, tratar de entender qué es ser campesino e, incluso, qué no es ser campesino. Eso nos llevó a trabajar con dos grupos, uno de sabedores y sabedoras, y otro de jóvenes que desarrollaron procesos gráficos desde la serigrafía.

Hubo un trabajo que se pensaba inicialmente como procesos separados, pero empezamos a generar interacciones directas, buscando que los chicos pudieran generar un contenido editorial visual a partir de las correspondencias que los sabedores locales entablaron con otros de corregimientos cercanos. Digamos que fue muy interesante y también muy difícil, pues tuvimos problemas con el envío de los materiales específicos que se requieren para la serigrafía y eso retrasó el proceso, pero esa demora terminó dando cabida para que nos pusiéramos a hablar sobre otras cosas.

Como yo he venido trabajando bastante, a través del arte, en torno a la posibilidad de sacar la hoja de



coca de ese lugar de la ilegalidad, empecé a compartir mi conocimiento sobre la elaboración de papel reciclado y de pigmentos con harina de coca, y me llevé una sorpresa porque tuvo mucha acogida de los jóvenes, del grupo de sabedores y de todas las personas que participaron. Entonces fue muy bonito desarrollar este trabajo, porque en otros territorios no habría podido generar esa misma interacción.

Hubo una recepción muy sentida por parte de muchas personas del territorio en el que se trabajó, pero también tuve la oportunidad de ir a San Pablo y al Aserrio, gracias al proceso de correspondencias entre sabedores y sabedoras. Allí pude ver un montón de cultivo de coca. Aunque ya había visto algunas zonas cultivadas en el Cauca, me impresionó que en el Catatumbo tuvieran esa magnitud. Fue muy interesante para mí poder conectar con la gente a partir de esta planta y a través de los ejercicios artísticos, porque he venido apostándole a sacarla de ese lugar de estigma que generan sus malos usos. Este territorio del Catatumbo tiene mucha fuerza y un poder enorme. La gente se apropió bastante de este proceso, se interesó y, dentro de los procesos que hicimos, creo que la gente lo va a seguir haciendo porque hay varias personas que estuvieron muy interesadas.



LA ESCUELA HABLA

Gabriel Avella

Formador *Amasando corridez*
Escuela Cauca Sur
Galindez

Mi proceso tenía que ver con la creación cerámica. Cuando llegué a Galindez, no había nada allá, aparte del capital humano y las bondades del territorio. Pero no había espacios para la cultura, ni procesos con un enfoque netamente cultural, aparte de los que desarrolla la escuela Dos Ríos. Esto nos puso un gran reto porque, en principio, mi tarea era trabajar en la producción de filtros cerámicos para el consumo del agua, pues en Galindez no hay planta de tratamiento y muchas familias no cuentan con agua potable.

Pensamos que en el trabajo pedagógico de producir esos filtros con la comunidad se podía ayudar a resolver el problema del agua potable y, a la vez, crear objetos que no solo resolvían un problema cotidiano, sino que cargaban también con una memoria colectiva a partir de la expresión sensible de sus habitantes.

Entonces, junto a los estudiantes, construimos todo un taller que incluye un horno, estantería, cubeta, todo muy bien equipado para el trabajo en cerámica, y así pudimos iniciar la creación de estos filtros y aportar



a la recreación y apropiación de una historia que precedía a este proceso, pues había una tradición perdida de mujeres alfareras en la vereda de Palo Verde, así que estos conocimientos están muy ligados a la gente de Galíndez, pues muchos de sus habitantes habían llegado de Palo Verde y conocían la historia de estas madres tinajeras. Así que el proyecto sirvió también como proceso de memoria en torno a prácticas que, tristemente, habían desaparecido en la región por la violencia y por otras circunstancias propias de la vida moderna.

Así, nuestro trabajo tuvo mucho que ver con facilitar estos espacios, donde las personas no solo se reunían a trabajar la cerámica sino a hablar de esos duelos, recomponiendo algo de ese tejido social a través del compartirlos con otros.

Lo que empezó como una clase, terminó siendo una excusa para encontrarse y para hablar de sus dolores usando el espacio del taller, que construimos en un terreno recuperado y apropiado por la comunidad. Este es un proceso atravesado por la coyuntura política e histórica de esta comunidad, que no escapa sino que se inscribe fuertemente en ella, buscando levantarse y crear espacios para el diálogo y la reflexión.



LA ESCUELA HABLA

Sebastián Lema

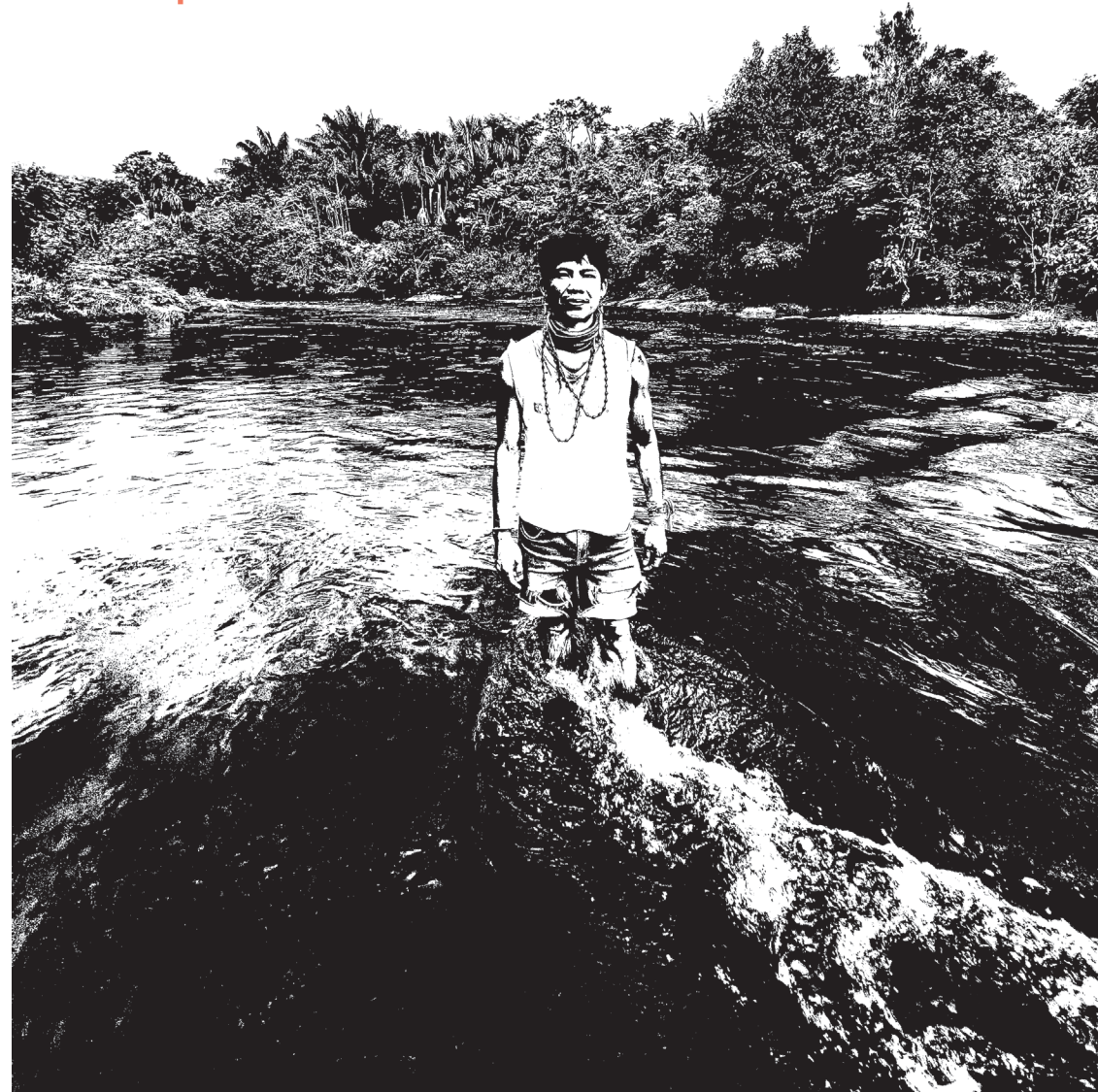
Formador *Territorio como pensamiento*

Escuela Vaupés

Hay prevenciones frente al programa por parte de algunas comunidades, porque en el pasado solo han recibido del Estado asistencialismo puro y duro. Entonces, me parece muy interesante esta propuesta de la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales, pues creo que tiene una preocupación auténtica y generosa por estos territorios que han sido históricamente dejados a un lado en las políticas públicas y, sobre todo, en las políticas públicas culturales.

Me parece esperanzadora esta apuesta por el arte comunitario, sobre todo en su voluntad de incorporar un concepto ampliado de arte en el que tengan cabida los procesos de las comunidades y donde podamos integrar los saberes ancestrales al arte sin caer en la apropiación cultural y sin repetir lo que ha pasado antes. Se trata más bien de otorgarles espacio, reconocimiento y trato justo dentro del canon cultural al trabajo y la producción cultural de personas muy valiosas que provienen de distintos territorios y de culturas ancestrales que se mantienen vivas hoy.

En estos entornos hay mucha gente talentosa, pero muy pocas oportunidades de acceder a empleos, a invitaciones y a recursos para seguir trabajando desde sus saberes artísticos. Por eso me parece clave esta apuesta del Ministerio que busca seguir ampliando las nociones de lo que entendemos como arte y de lo que encontramos necesario y pertinente para nuestro presente y el presente de cada territorio.



DEFORMAR EL APARATO PARA QUE FUNCIONE

Conversación entre Cristina Ramírez y Herlyng
Ferla, con una intervención de Niyi Rodríguez



Compas:

Esta conversa entre Cristina y Herlyng se dio gracias a una entrevista que condujo Sebastián Giraldo, antropólogo y realizador audiovisual interesado en narrativas comunitarias, a quien se le encargó la memoria social de la EIAPV. Cristina es arquitecta, parte de la Isla en Vela, un colectivo caleño que trabaja en procesos pedagógicos y comunitarios a través de la educación artística y el diseño. Cristina fue metodóloga, productora territorial y, en 2025, productora general de la EIAPV, donde tuvo a su cargo la articulación, diseño y ejecución del plan de producción que hizo posible la realización de la Escuela en los territorios. Herlyng es artista visual, con una obra muy centrada en la reflexión sobre los materiales, las formas y los modos de poner a conversar objetos y estructuras en desuso que parecen querer hablarnos de aspectos inmateriales de la vida y de nuestra capacidad de generar pensamiento profundo a partir del encuentro con los objetos. Herlyng es el coordinador de contenidos de la Escuela, donde articula los equipos pedagógicos para que el diseño curricular de cada proceso en los territorios guarde consistencia con los principios generales de la EIAPV. Niyi Rodríguez, quien participa brevemente de esta conversación, fue asistente de producción de la Escuela en 2025. Su trabajo personal se sitúa en la intersección entre los oficios del tejido y el bordado, usados para potenciar procesos territoriales, prácticas pedagógicas y espacios de memoria.

Cristina: Esta Escuela tiene muchas cosas en contra, empezando porque es un proyecto inédito. No es algo que ya existía, sino que hacerla es toda una escuela: estamos aprendiendo cómo se hace, junto a personas que tienen herramientas y conocimientos que no son los más útiles en una institución ni en el mundo administrativo. Por eso es que a veces se siente un hueco, una falencia que implica muchas dificultades en el territorio, pues los recursos no llegan a tiempo, o porque las formas de la institución no son las formas de la gente, ni sus tiempos son los tiempos de la gente en los territorios. Si la Escuela funciona, es porque hay un montón de personas muy comprometidas con unas ideas, con unos principios o con su pedazo, con su territorio, al que le meten mucho corazón para que las cosas ocurran a como dé lugar. La EIAPV se sostiene a punta de voluntades pequeñas que se suman entre sí. No sé si esta vorágine de corazones nos está llevando a buen puerto o si se está transformando en una avalancha. Sin embargo, hay ahí una potencia, una fuerza fundamental. Por eso, en este momento, cuando se nos vienen encima todos los cierres, yo lo siento como una avalancha, pero esto ya no lo para nadie.

Niyi: Yo siento que el sueño de una escuela así siempre estuvo latente en el país, y aún más en esos territorios. Creo que es ese anhelo lo que sostiene el proceso, incluso a costa de los recursos propios. Y sí, a esta escuela la sostiene el Ministerio de Cultura, y gracias a eso estamos nosotros aquí, intentando darle un rumbo y construir una estructura, pero no es fácil montar una escuela, desde el primer ladrillo, en cuatro meses, pero, en realidad, el poder más grande es el de las personas que están en los territorios, caminándole a esa voluntad en provecho de su propia gente.

Cristina: Si esa voluntad tuviera una imagen, se me viene a la mente algo que contó Ana Garzón, la articuladora de la Escuela Chocó: Que en uno de los procesos que se desarrollaron en Nuquí construyeron una balsa de concreto, de cinco metros de

largo. Esa balsa la arrastraron por la playa entre varios hombres macancanes; la montaron sobre unos troncos para que flotara en el mar y, cuando ya estaban en altamar, la soltaron de los troncos para que se hundiera. En esa balsa de concreto sembraron una palma para que, al hundirse, se empezara a formar un ecosistema en el lecho marino, pues la palma se va pudriendo bajo el agua y al pudrirse aparecen gusanos que se la van comiendo y, a su vez, los gusanos atraen a varias especies de peces y animales marinos que se alimentan de ellos. Allí también desovan y en el tronco hueco de la palma van creciendo los alevinos, a salvo de los depredadores. A eso, allá en el Chocó, lo llaman “payao”. De forma paralela a la creación del payao, se organizó un proceso de formación en buceo para los niños y niñas de la comunidad, para que puedan ir a ver, cada cierto tiempo, cómo crece y florece la vida allá, bajo el agua. Eso a mí me dice mucho sobre las voluntades de esta Escuela. Creo que valdría la pena hacer el cálculo de cuántos hombres, cuánto viche y cuántos troncos se necesitan para arrastrar, poner a flotar y después hundir esa balsa de concreto en medio del mar.

Herlyng: Pienso que este proyecto hace una resistencia muy fuerte a unas formas de la institución que son muy burocráticas y rígidas, inertes y viejas, formas que no responden a una comprensión sensible del territorio, del arte, ni del conocimiento de lo que somos. Esta es la primera vez que un gobierno tiene la posibilidad de mirar esas realidades y esos territorios. Entonces, la gran mayoría de las personas que hacen parte de esta Escuela se resisten también a esa estructura tan dura a partir de sus propios sueños y deseos. Yo creo que hay mucho conocimiento en los territorios y en los equipos de trabajo. Hay muchas trayectorias que se encuentran para doblar lo institucional, para deformarlo y construir algo bello y afinado en relación con las necesidades de un territorio y de una comunidad. Por eso creo que es bello y también trágico que la Escuela se sostenga de unos deseos individuales que se unen y

se vuelven colectivos. No sé cuánto necesitaremos para lograr transformar la violencia y la dureza de este aparato. Probablemente se requieran muchos gobiernos de izquierda, o que al menos entiendan la necesidad de generar un cambio estructural; gobiernos que quieran mirar de frente esa realidad que tenemos como país. Estamos enfrentando realidades nuevas para las que no hay un manual y por eso resulta tan desgastante y se necesita un esfuerzo constante de ir evaluando lo que se va haciendo. A pesar de todo eso, hemos ido a lugares a los que nunca había llegado un programa de formación en artes o, si había llegado, nos dice la gente que siempre resultó mal todo lo que el Estado prometió. Ahora, en cambio, nos sentamos a mambear con los abuelos del pueblo Bora.

Cristina: Siento que hay muchos conocimientos que no son funcionales al aparato y que esta Escuela quiere poner en valor, resaltar y dialogar. Entonces, hay un tira y afloje constante, un estirar y recogerse que abre grietas por la que pasa temporalmente la luz para después volverse a cerrar y por eso es que todo resulta tan desgastante, porque se abre la luz y pensamos: “¡lo logramos!”, pero luego resulta que no, que eso no funciona igual la siguiente vez que lo hacemos ni cuando lo intentamos de ese modo en otro territorio. Entonces me deja pensando esa idea de la deformación del aparato porque es tangible y a la vez imposible. Siento que hay algo de locura en quienes nos metemos en esto, ¿no?

Herlyng: Tal vez la forma de doblar es diferente para cada funcionario, para cada empleado, y eso presenta también una gran dificultad en el desarrollo de este trabajo. Digamos que en la primera proyección de una persona que busca la manera de doblar esa estructura, ya se plantea una constelación de personas que tendrían esa misma posibilidad o habilidad: personas que tienen fuerza en el territorio y un interés genuino. Esas personas, aunque estén diseminadas en distintos territorios y pertenezcan a distintos campos y disciplinas, se juntan en torno

al deseo de transformar la realidad y, para hacerlo, cada quien debe doblar un aspecto individual, personal, de esa estructura tan fuerte y tan rígida. Y en eso no estamos conectados, porque estamos separados del cuerpo: No tenemos un espacio para reunirnos, para compartir y fortalecernos, así que el ejercicio individual de doblar hace que no nos digamos mucho y que no comprendamos qué es lo que cada quien dobla. Eso le pasa a la gente que está en Bogotá, pero también a la que está en los territorios: uno no sabe qué está doblando el par local, ni el productor; uno no sabe cuánto se trasnochó el articulador territorial, ni qué ha estado doblando nuestra coordinadora, ni de qué han estado hablando nuestra coordinadora con la coordinadora de la coordinadora. Son cosas que quizás no hemos abordado como Escuela para poder unirlo más.

Cristina: Yo creo que ahí está una de las grandes preguntas de la Escuela, y no sé cuáles serían las alternativas, porque uno no puede hacerse cargo todo el tiempo y por eso hay equipos dedicados a hacerle frente a un montón de aspectos y situaciones distintas. Pero sí debe procurarse generar un sistema de trabajo que permita la permeabilidad entre lo que está pasando con los equipos territoriales y lo que ocurre en otras esferas, porque si esto no ocurre, uno vive en la fantasía de lo que está haciendo y no se da cuenta de dónde aterriza el trabajo, ni de las cargas, los esfuerzos, las dificultades ni las consecuencias que eso tiene en las relaciones interpersonales, que es lo más importante en los tejidos sociales en los que operamos como Escuela, ni en los cuerpos de las personas que terminan enfermas por sostener el trabajo que se requiere para mantenerla viva.

LA ESCUELA HABLA

Laura Cuellar

Formadora *Mujeres cuidadoras*
Escuela Vaupés

Yo estuve trabajando con mujeres cuidadoras. Era un grupo formado, en su mayoría, por mujeres que hacen parte de organizaciones de artesanas organizadas en torno al alimento y al rescate de lo cultural. Por su condición de cuidadoras y artesanas, tuvimos que lidiar con la complejidad de los tiempos de estas mujeres dedicadas al cuidado permanente: que cuándo nos podríamos reunir, que cómo podríamos volvernos a encontrar, que a una le quedaba fácil a cierta hora, pero otra no salía aún del trabajo, etcétera. Todas estas situaciones me llevaron a pensar que esta era una escuela muy diferente, no sólo de artes sino de la vida.

Hubo un proceso de conocernos, de ir generando confianza, pues yo acababa de llegar y no me sentía simplemente como una formadora que llega a enseñar algo sino, más bien, que en muchos momentos yo me sentía la escuelante, pues llegaba de ceros a unas organizaciones de mujeres que llevaban tiempo gestionando procesos de autonomía y de independencia económica.

La Escuela de mujeres cuidadoras empezó a tornarse en una escuela que cuidaba de las cuidadoras. Por eso tuvi-

mos la oportunidad de hablar del duelo, de compartir un círculo de palabra, de buscar tramitar colectivamente la pérdida y de reconocer los modos en que se viven esos episodios de muerte en las diferentes comunidades que habitan ese territorio. Poco a poco se fue convirtiendo en un espacio que las mujeres empezaron a reclamar, porque allí podían expresarse, contar sus historias, intercambiar saberes con otras y tejer nuevas redes de economía y de autonomía.

Aún por fuera de la sombrilla institucional del Ministerio, las mujeres siguen buscando maneras para seguir encontrándose y poder consolidar un espacio seguro para las cuidadoras, aunque se trate, sencillamente, de escuchar y estar presente para las otras. Así surgió la idea de una escuela de mujeres escuchadoras, que ojalá logre encontrar su manera de existir. Creo que, durante el proceso, hubo una transformación del espacio propuesto que fue, en general, una experiencia muy positiva y enriquecedora.



EL ARTE, UNA MANERA DE RESIGNIFICAR LA MEMORIA

Alicia Castillo Lasprilla
Casa del Cacao - Centro de Memoria Afrocultural



¡Buen día, hoy y siempre! En esta carta recia, escrita por la mayora Alicia Castillo Lasprilla desde la Casa del Cacao, epicentro de la vida afrocultural en los territorios cimarrones de Monte Oscuro –hoy municipio de Puerto Tejada– y sede de la Escuela de Esgrima con Machete y Bordón, institución que ha preservado ese elevado arte marcial de las poblaciones negras del norte del Cauca, encontraremos un relato de persistencia y dignidad que nos presenta su historia, visión y acción, además del encuentro con la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales. La mayora nos contará la manera en que, a través de la interacción entre la EIAPV y la Casa del Cacao, se entretejieron saberes, prácticas ancestrales, discusiones políticas y espirituales, junto a un espectro poderoso de manifestaciones vivas que refuerzan los vínculos entre las comunidades y consolidan espacios donde la riqueza cultural de nuestros pueblos se aviva y reluce.

Queridas hermanas, queridos hermanos, aliadas y aliados en la defensa de la memoria y la dignidad:

Reciban un saludo lleno de respeto, gratitud y esperanza desde este territorio que nos convoca, nos abraza y nos recuerda quiénes somos. Les escribimos no solo para compartir una experiencia, sino para tejer palabra, memoria y futuro alrededor de lo que hemos vivido en la Casa del Cacao junto a la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales. Esta carta nace del corazón comunitario y quiere dejar constancia de un proceso que no es un simple proyecto cultural, sino un acto profundo de resignificación de nuestra historia y de afirmación de nuestra identidad como pueblo negro.

El arte, para nosotros y nosotras, no es un adorno ni un lujo. Es una forma dinámica y viva de fortalecer la identidad; identidad que en muchos casos ha sido invisibilizada, fragmentada o desconocida, incluso por nosotros mismos, como consecuencia de siglos de exclusión y racismo estructural. El arte hace parte de la justicia social y cultural de los pueblos, porque a través de él se exigen derechos, se narran las luchas, se expresan las resistencias y se construyen caminos de dignidad. En el arte encontramos una manera tranquila pero firme de decir lo vivido, de sanar lo sufrido y de proyectar lo que soñamos.

No escribimos desde la teoría. No es un concepto abstracto lo que aquí compartimos. Es la contextualización de una experiencia concreta vivida en la Casa del Cacao, un centro de memoria afrocultural que surge precisamente de las resistencias históricas de nuestro pueblo. Allí, en medio de arbustos de cacao, de la brisa que baja de los ríos Palo y Paila, y del murmullo de la naturaleza que nos rodea, anclamos nuestras narrativas en la memoria. Allí comprendimos que recordar no es quedarse en el pasado, sino activar el presente con conciencia y responsabilidad.

La Casa del Cacao nace del reconocimiento de las personas que aportaron al territorio, mujeres y hombres que dejaron un legado en el municipio desde diferentes disciplinas: la palabra, la música, la oralitura, la esgrima de machete y bordón, la siembra, el liderazgo comunitario y la defensa del territorio. Es un espacio donde se visibilizan problemáticas sociales, políticas de discriminación, violencias históricas e injusticias estructurales sin ser vistas como amenaza, sino como lugares de conciencia y construcción. Buscamos maneras de generar reflexión étnica y humana, y de reconocernos como personas y como territorio.

Nuestra gobernanza cultural e identitaria, que construimos desde nuestras costumbres y desde las prácticas afrodiaspóricas, da vida a la Casa del Cacao. Este espacio de memoria y encuentro se conecta con el trabajo que desarrollamos desde el Consejo Comunitario de Negritudes Cuencas del Río Palo y La Paila, entidad de procesos étnico-territoriales del municipio de Puerto Tejada, donde tengo el honor de servir como autoridad tradicional.

Desde este caminar colectivo, luchamos por el reconocimiento, la reivindicación y la visibilización de nuestra cultura. Nuestro trabajo se orienta a fortalecer áreas fundamentales para la vida de nuestras comunidades: la salud propia, la medicina tradicional, el liderazgo y la fuerza de las mujeres, la educación y la etnoeducación, así como la música y la danza. Impulsamos la creación de capacidades para el emprendimiento cultural, donde los saberes ancestrales y el arte se conjugan para fortalecer la representación política, la convivencia y la vida en el territorio.

En este proceso, el Consejo Comunitario de Negritudes Cuencas del Río Palo y La Paila ha postulado, junto a las comunidades portadoras de esta manifestación en el norte del Cauca, el arte de la Esgrima de Machete y Bordón a la

Lista de Patrimonio Cultural Inmaterial, pues se trata de una práctica desarrollada por nuestros antepasados, con la que lucharon para alcanzar la libertad.

Para nosotros, el machete no es solamente una herramienta. Representa la guerra y la defensa, el trabajo cotidiano, el arte y la cultura. En él habita una profunda ritualidad que hemos venido comprendiendo y fortaleciendo desde la escuela de arte, descubriendo elementos simbólicos y pedagógicos que hoy transmitimos a las nuevas generaciones.

Por ello, los Festivales Comunitarios de Esgrima de Machete y Bordón se realizan de manera periódica y representan un espacio fundamental para la memoria viva. Son espacios donde las nuevas generaciones pueden escribir en sus mentes y en sus corazones, con tinta indeleble, esta herencia cultural que les permite crecer como seres humanos con propósito y destino de vida. Allí, los portadores continúan transmitiendo las historias vivas que hacen de esta manifestación un legado legendario.

En la Casa del Cacao es igualmente importante apoyar el desarrollo de la fuerza de las mujeres y sus narrativas. A través de la creación de las muñecas Abayomí, elaboradas con retazos y nudos, recordamos que el arte también es un acto de resistencia y memoria. Estas muñecas simbolizan que el arte puede incidir en la transformación y en la construcción del ser individual y colectivo.

Desde esta experiencia, reafirmamos que el arte es parte de nuestra cotidianidad: somos arte. El arte protege, transmite y revitaliza la memoria a través del diálogo de muchas voces, permitiendo recrear y fortalecer nuestras culturas.

El arte también representa el respeto por la integridad y la dignidad de la vida cultural de las comunidades, sin detri-

mento de su autonomía para tomar decisiones estratégicas que impulsen el desarrollo y la defensa del territorio.

El pueblo negro ha vivido engaños en torno al arte. Durante mucho tiempo se nos ha desligado de su dimensión profunda, reduciendo nuestras expresiones a folclorismo, a espectáculo vacío, a movimiento sin contenido. Nuestros cuerpos han sido observados, pero no comprendidos. Nuestros bailes han sido aplaudidos, pero no reconocidos como formas de pensamiento. Nuestras músicas han sido celebradas, pero no entendidas como archivos vivos de memoria. Se ha intentado fragmentar el arte de su raíz política, espiritual y comunitaria.

Sin embargo, nuestras prácticas corporales, nuestras músicas, nuestras oralidades, nuestras formas de narrar y de sembrar también son arte. Y no cualquier arte: son arte que brota de la experiencia histórica, del dolor transformado en fuerza, de la resistencia convertida en creatividad. Por eso, cuando la Escuela Itinerante llegó a la Casa del Cacao, no llegó a enseñar desde arriba, sino a dialogar desde el reconocimiento mutuo.

La presencia del maestro Miguel Vicente Lourido, del poeta Héctor León Mina Vidal, de la docente Alicia Castillo Lasprilla, de Vanedis Lourido, del equipo de la Escuela Itinerante —Alexandra, Alexis y quienes acompañaron este proceso— y de la tallerista Azul, en fotografía, permitió articular una juntanza poderosa. Fue una suma de saberes y sensibilidades que nos inspiró a adentrarnos en una verdadera circulación de conocimientos. No fue un evento aislado, sino un encuentro profundo entre experiencias de vida.

Esa juntanza nos permitió comprender que el arte no solo se enseña: se comparte, se siente, se discute, se cuestiona. En la Casa del Cacao se respiró empatía, reconocimiento de nuestras riquezas culturales y valoración del territo-

rio. Los arbustos de cacao no fueron simple paisaje; se convirtieron en símbolo. El cacao para nuestro pueblo no se limita a la economía. Es cuerpo, mente y espíritu. Es resistencia e identidad cultural. Es memoria sembrada y cosechada colectivamente.

El empoderamiento comunitario que promovemos está atravesado por una simbología viva. No se trata de repetir discursos, sino de propiciar experiencias de contacto con la historia desde las emociones y las perspectivas diversas. En esos espacios sanamos heridas colectivas, recordamos a nuestras ancestras y ancestros desde lo espiritual y honramos las hazañas de héroes y heroínas que transformaron contextos con la palabra, con la música, con la oralitura, con el cuerpo y con los elementos del territorio.

Ellos y ellas nos dejaron legados de libertad. No una libertad abstracta, sino una ejercida y defendida en condiciones adversas. Por eso, cada ejercicio artístico realizado en la Escuela fue también un acto político de memoria. Dialogamos y comprendimos el entorno de la Casa; resignificamos su historia; hicimos crítica social y política frente a la desigualdad; pensamos en los cambios sociales que necesitamos.

Fue un empoderamiento comunitario desde el amor y la humildad, capaz de dar paso a la diversidad y la inclusión. Un empoderamiento que no niega las situaciones intrínsecas y extrínsecas de violencia, racismo e injusticia que vive el pueblo negro, pero que tampoco se queda paralizado ante ellas. Trenzamos interculturalidad desde nuestra propia voz, sin perder la esencia espiritual que sostiene nuestros saberes y costumbres.

Las acciones de salvaguardia del patrimonio cultural se fortalecieron con estos encuentros. Dibujamos la memoria y, con ella, el machete de fuego realizado por el colectivo de

Santander de Quilichao, alusivo a la esgrima de machete y bordón. Las poesías del mismo colectivo hicieron dialogar ancestralidad y modernidad, recordándonos que la tradición no es pasado muerto, sino presente vivo. El colectivo CreArte HMB, de los hermanos Mañunga Balanta, quienes desarrollan procesos productivos y culturales en Padilla, nos compartió el arte desde el cincho, la elaboración de pequeños libros y la fuerza simbólica de trenzar palabras y materiales.

El colectivo COASI —Corporación Artística y Social Ideofor-mus— aportó con empapelados que dieron fe de encuentros poéticos, frases dialogadas con la comunidad que quedaron inscritas como huellas de pensamiento colectivo. La esgrima de machete y bordón fue abordada no solo como movimiento corporal, sino como narrativa libertaria, como archivo histórico en acción. Cada cierre fue un espacio de reflexión y celebración, pero también comprendimos que necesitamos encuentros más grandes, más articulados, más permanentes.

La Casa del Cacao es, en efecto, un laboratorio de apropiación cultural. Un espacio de trabajo constante por la salvaguardia de la memoria y el fortalecimiento identitario del pueblo negro. Allí se resiste al olvido para afianzar nuestra salud mental y nuestra dignidad. Se asume un enfoque diferencial que reconoce historias afrodiaspóricas que generan arraigo y potencian nuestra cosmovisión, así como los derechos culturales y los aportes que el pueblo negro ha hecho a la nación colombiana.

La Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales se consolidó como herramienta pedagógica de construcción social. No se trató únicamente de aprender técnicas, sino de crear rutas de expresión y materialización de pensamientos, emociones y memorias. La pedagogía fue integral, propia, basada en la experiencia y el reconocimiento genuino de los saberes comunitarios.

En nuestro caso, la esgrima de machete y bordón es un patrimonio cultural que portan sabedoras y sabedores. Son escuchados por las nuevas generaciones, quienes interpretan este legado desde diferentes campos. La Casa del Cacao, como institución comunitaria de educación ancestral, se reconoce como un quilombo de resistencia y resiliencia. Un espacio que empodera y recrea conocimientos desde una pedagogía propia, no impuesta.

Hablamos de la etnoeducación como proceso de reparación educativa. Es necesario conocer la historia y continuar las luchas por una educación pertinente que brinde cuidado y dignidad. Para nosotros son fundamentales las prácticas de producción, el relacionamiento con la Madre Tierra, la siembra según la luna y la conexión con la naturaleza. La cultura, la salud y el empoderamiento tienen un profundo sentido socioeconómico y espiritual.

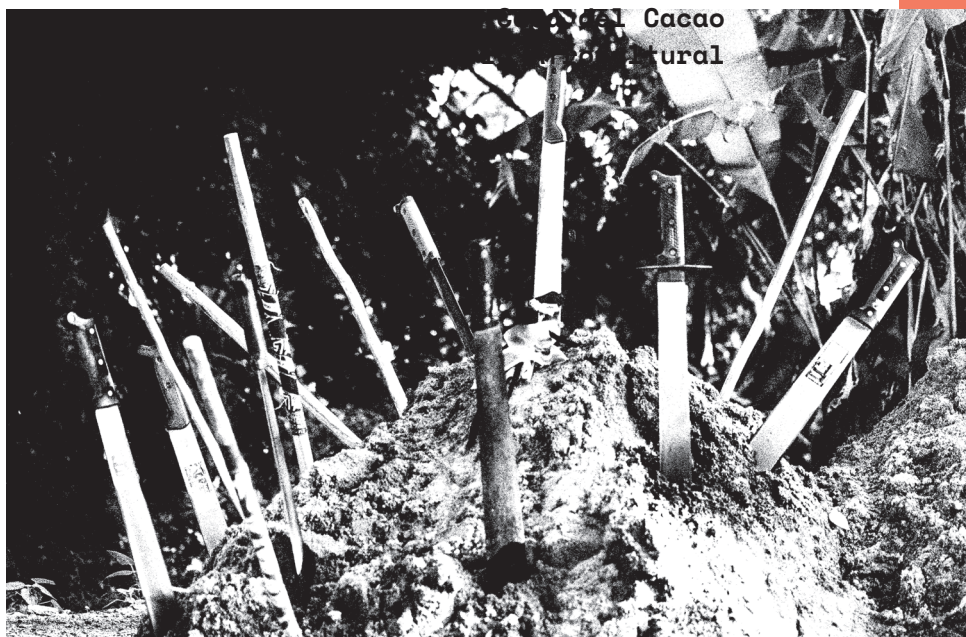
También reconocemos los desafíos. La folclorización ha descontextualizado nuestras costumbres. La falta de confianza institucional, la limitada autonomía en el manejo de recursos y la no flexibilización presupuestal han sido formas sutiles de exclusión. Considerar que nuestra autonomía se limita solo a saberes simbólicos, sin reconocer nuestra capacidad administrativa y política, es otra manera de invisibilizar.

Aun así, seguimos. Porque no somos cosas: somos personas que nos expresamos de maneras diversas sin perder la esencia espiritual de nuestros saberes y del territorio. Las Escuelas Itinerantes aportaron a fortalecer la circulación de saberes en la Casa del Cacao y a comprender que la esgrima moviliza historia, memoria y fundamentos colectivos que permanecen en nosotros.

Queremos, finalmente, reafirmar nuestro compromiso con la construcción de comunidad, con la defensa del patrimonio de la esgrima de machete y bordón y con un manifiesto diferencial de nuestros derechos culturales. Hemos realizado investigaciones, incluso visitando Senegal, África, para reconocer la memoria de la esclavitud, las luchas y la resiliencia que hicieron posibles la libertad y la dignidad humana. Estas conexiones nos permiten entender mejor la historia libertaria de nuestras prácticas.

Esta carta es, entonces, un acto de memoria y de proyección. Un llamado a seguir trenzando interculturalidad con fundamento propio, a fortalecer juntanzas, a ampliar los encuentros y a consolidar la Casa del Cacao como espacio vivo de educación ancestral y transformación social.

Con respeto y esperanza,



LA ESCUELA HABLA

Jean Paul Steven Quiñones Cortés

Escuelante *Objetos para recordar el futuro*

Escuela Chocó

Nuquí

En la Escuela Itinerante hemos estado aprendiendo a hacer artes plásticas, experimentando cosas y haciendo proyectos con materiales reciclables para no contaminar el medio ambiente.

El otro día fuimos a bucear y para mí fue una experiencia inolvidable porque vimos muchos corales.

Yo he aprendido que no debemos contaminar el medio ambiente, porque si contaminamos y el pescado se contamina, nos contaminamos a nosotros mismos. Eso nos da una enseñanza de no volver a tirar basura.

Yo quiero seguir transformando, que este sea un mundo mejor. Que rescatemos los saberes de nuestros ancestros. Los blancos condenaron a los negros a ser sus esclavos, pero nosotros tenemos varias identidades: afrodescendientes, indígenas, blancos, zambos, negros y mulatos.



LA ESCUELA HABLA

Leider Burbano

Formador *Amolando sabiduría*

Escuela Cauca Sur

Albania

Comenzamos a buscar pedagogías que nos permitieran el trabajo en equipo. Por eso se nos ocurrió trabajar con los niños a través de las abejas meliponas, pues era un bonito ejemplo de cooperación. Entonces desarrollamos una actividad relacionada con el proceso colectivo de esas abejitas, pues todas deben esforzarse y desarrollar tareas especiales para que al final haya miel y la colmena prospere.

También desarrollamos un juego en el que todos los participantes ganaban, porque el aprendizaje quedaba para todos: creamos un juego de cartas, pensando en que nosotros los campesinos crecemos alrededor de las plantas. Vemos a nuestras mamás y a nuestras abuelas que curan con matas, a nuestros padres que utilizan materia vegetal para la construcción y usamos otras plantas como ornamentación. Todo ese saber popular lo pusimos en unas carticas y, al jugar con ellas, pudimos demostrar que ganaban todos, porque el aprendizaje quedaba para todo el grupo. Así pasamos del modelo competitivo del examen individual a una etapa de hacer colectivo el saber popular que existe en todos nosotros.

SOBERANÍA EDUCATIVA: VIAJANDO HACIA LA UNIVERSIDAD DEL FUTURO

Andrés Fonseca



Amistades, en esta carta sentida, Andrés Fonseca les habla de su proyecto La Universidad del Futuro, un espacio de conversaciones por internet que él ha sostenido desde la pandemia, conectando a más de un centenar de personas interesadas en la pedagogía, las artes, la filosofía, el activismo social y espiritual, las luchas territoriales, el cuidado de la tierra y muchos temas más que ustedes irán conociendo en estas páginas. Andrés es artista multidisciplinario, dj, cocinero, jardinero del amor y profesor de la Maestría en Arte, Educación y Cultura de la Universidad Pedagógica Nacional. También es integrante del Centro de Educación para la Paz (CEPAZ-UPN) y fundador de la Universidad del Futuro. Si les interesa escuchar los capítulos de su podcast, pueden entrar a YouTube.com y en el espacio de búsqueda escribir: “Andrés Fonseca - Universidad del Futuro”. Así encontrarán la lista de episodios disponibles, que ya va en 153 y sigue creciendo. Les recomiendo esa aventura llena de temas y voces que enriquecen la mirada sobre nuestro tiempo y nuestros territorios. Al final de este texto, encontrarán un código QR que pueden escanear con su celular y que los lleva de inmediato a su canal. Ojalá disfruten este relato, en el que Andrés nos habla de la curiosidad por el conocimiento, de la formación de vínculos y de cómo pasar de una red de conversaciones a distancia a la realización de un encuentro de presencias vivas y unidas por el deseo de compartir el saber y el sabor. Este tema de la relación entre conversación, educación y tecnologías es muy importante para las comunidades que se organizan en los territorios y que buscan modos de superar la lejanía, las dificultades de la geografía y la imposibilidad de encontrarse físicamente con frecuencia. Con un poco de maña y aprendiendo técnicas básicas de grabación, un grupo de personas pueden compartir desde un celular —a través de WhatsApp, de YouTube, de TikTok o de cualquier plataforma digital gratuita— sus conocimientos, sus problemas, la riqueza de su música o de su poesía y llegar a lugares insospechados. Hay que pensar en este tema con mucho interés, pues resulta clave en un momento en que los medios convencionales como la radio y la televisión manejadas por grandes capitales han empezado a desmontarse y, peor aún, se han dedicado a desinformar a la sociedad y a sembrar confusión y apatía por las causas populares y los procesos territoriales. Esperamos que este texto les sirva de inspiración para ver las posibilidades de sentarse a conversar o de mostrar la riqueza cultural y humana de sus territorios, pensando en que puedan llegarles a más personas y, así, empezar a charlar desde la distancia, con el anhelo de irse juntando.

Te escribo desde un cuarto azul en Bogotá que mi madre pintó sin haber sostenido antes una brocha. Ese gesto dejó impreso su amor, cuidado y osadía. En las mañanas, mi estudio se asemeja a un acuario, en las tardes, a una madriguera y nave espacial y, en las noches, salgo en medio de la nada a bucear y a veces a cazar. Aunque no soy cazador, he aprendido algunas habilidades para orientarme con señales frágiles y confiar en el extravío. No temo ya perderme. En esta habitación penetran rayos de luz que atraviesan el aire y hacen danzar los vientos entre líneas invisibles. A veces percibo un brillo especial en las mañanas y la alborada resuena como un concierto único. Este lugar en el que me encuentro es mi guarida, mi segunda piel, donde me dispongo a hacer magia muchas veces sin saberlo.

Quizá sea aquí, en esta mezcla de refugio y travesía, donde he aprendido a mantenerme en movimiento y a estar cotidianamente aprendiendo cosas nuevas; soy un amante del conocimiento y desde hace unos años intento tender puentes entre personas, comunidades y mundos que a veces no dialogan. Uno de los grandes privilegios de mi vida ha sido aprender por cuenta propia y dejarme guiar por la belleza y la curiosidad. He descubierto que, sin obras ni nuevas conexiones, el pensamiento corre el riesgo de quedarse ensimismado en su propia caverna y terminar autolimitándose.

Disfruto conversar con personas nuevas, propiciar diálogos constructivos y hacer del instante una obra de arte. En estos últimos años, he sostenido muchas conversaciones y mi método ha sido rendirme a la intuición y la improvisación, a escuchar con atención y dejarme tocar por lo que el otro dice y también por sus silencios. Así nació mi podcast la Universidad del Futuro, un espacio en el que he sostenido conversaciones con educadores, artistas, autodidactas, investigadores y trabajadores de la cultura de distintos países de América Latina, para dialogar sobre educación y otros temas afines. Hasta hoy llevo 150 conversaciones y te invito a que las explores y compartas,

pues allí convergen temas diversos, herramientas didácticas, artísticas y filosóficas, y una red maravillosa de experiencias y proyectos alternativos.

El guion de las conversaciones ha sido muy sencillo. Iniciamos con un momento introductorio en el que exploramos los contextos formativos de cada persona invitada, buscando revelar dimensiones de su trayectoria que desbordan lo que suelen ofrecer las instituciones escolares. Luego profundizamos en un tema, pregunta o experiencia significativa —ese es el presente que cada invitado ofrenda a la conversación— y, finalmente, abrimos un espacio de especulación compartida sobre los futuros de la educación y profundizamos en cómo los imaginamos y de qué manera podríamos comenzar a construirlos colectivamente.

Los primeros episodios nacieron entre amigas y amigos cercanos. En medio del aislamiento físico de la pandemia, comprendí que no quería que lo cultural también quedara confinado. Propuse entonces estas conversaciones como un espacio para tejer narrativas distintas a las habituales en la formación universitaria, así como escenario para fortalecer la amistad, la confianza y el tejido comunitario, porque sentía que allí, en nuestros círculos más cercanos, habitan semillas de transformación personal y social.

Hoy, con los medios tecnológicos disponibles, es posible crear canales propios y convocar comunidades de aprendizaje. Más que preocuparte por la cantidad de vistas al crear contenidos digitales, importa más la calidad de la presencia y los vínculos que logres construir. Se trata de ensayar un pequeño éxodo de las grandes redes sociales corporativas hacia espacios más íntimos y pequeños donde acontezcan relaciones y colaboraciones reales y no solo circulación de contenidos.

Este proyecto no ha contado con financiamiento formal; más allá de algunas invitaciones a festivales, medios y eventos, no ha tenido otro respaldo. Su verdadero valor ha sido la atención y la amistad, no el dinero. Lo importante es el tiempo y la energía que otras personas deciden ofrecer para sostener un sueño compartido. Si hablamos de la educación del futuro, tal vez también debamos atrevernos a imaginar formas de economía más solidarias, complementarias y basadas en la reciprocidad.

En este pedacito de cielo donde te escribo, me acompañan actualmente algunos jeroglíficos extraños, bocetos y memorias del futuro, uno que otro color y sombras para pintar; aquí es también donde me acecha la serpiente que intenta hacer su nido. Entre esas constelaciones de formas, me descubro siempre en movimiento; no me gusta orbitar demasiado tiempo en los mismos temas, prefiero el nomadismo, deslizarme entre líneas y navegar en los intersticios de las comunidades. No tengo gran afecto por la especialización, aunque sé que tarde o temprano nos volveremos expertos en aquello que practicamos día a día.

Te escribo para contarte que me interesa construir contigo espacios de aprendizaje y colaboración donde podamos desplegar nuestras potencialidades y vivir experiencias juntos. Sueño con que cada comunidad organizada decida sus propios espacios de aprendizaje y que, a través de las tecnologías, consigan fortalecer sus conversaciones, narrativas y creaciones colectivas. Si estás interesado en participar en mi canal o en una conversación, déjame saberlo, estoy abierto a nuevas conexiones en todo el territorio colombiano para activar nuevas aulas y así hacer de la educación un viaje.

Quisiera conocer también de ti, de tus silencios, bellezas y contradicciones, y que así podamos compartir tus presentes-potenciales, pues esos son los tesoros de humanidad que aún nos quedan. Me gustaría aprender de las historias de las colec-

tividades que has construido junto a otros y del relato de tus transformaciones y conexiones profundas. Siento que, al hacerlo, podemos ejercitar una gratitud hacia los ancestros, amistades del pasado y del presente, y hacia quienes aún están por llegar.

Te digo que fue haciendo este ejercicio de reconstrucción histórica de los seres que más he amado y con quienes más he resonado que, en plena pandemia, recibí el llamado de crear la Universidad del Futuro, una red de redes de pensamiento y creación distribuida por el continente para imaginar y ensayar posibilidades efectivas para la educación.

Algunas personas me preguntan por qué una universidad y por qué del futuro, pues les parece curioso que yo decidiera llamarla así. Reconozco los límites de hablar hoy del futuro, en tiempos atravesados por tantos “cisnes negros”, por acontecimientos imprevisibles que desestabilizan nuestras certezas; pero para mí se trata menos de una promesa lejana y más de un espacio vivo y un atractor de futuro que se expresa como un jardín, una escuela, una casa abierta, un nido, un río, una radio, una caminata, una conversación, la vida misma resonando con otros en el presente y con la imaginación política desplegada como voluntad creadora.

Asumir conversaciones con personas provenientes de mundos tan cercanos, y a la vez tan distintos, ha sido un entrenamiento exigente que me obliga a reconocer mis centros de interés, el lugar donde gravita mi atención y también mis puntos ciegos. Conversar con el otro como si fuera un libro abierto. Te cuento que no parto de preguntas prefijadas, las conversaciones se experimentan como cuando los músicos se sientan a improvisar sin partitura, solo que aquí, en estas conversaciones, lo que se improvisa en conjunto es el pensamiento, una suerte de ritual de la inteligencia compartida, donde nos abrimos a crear conocimiento nuevo desde la vulnerabilidad, la experiencia y la riqueza de lo vivido.

De estos diálogos, comencé a poner en valor ciertos conceptos que me ayudaron a comprender lo que estaba gestando. Algunas de las nociones iniciales fueron conversaciones creativas, el currículo como viaje, la abundancia educativa, las aulas vivas, la soberanía educativa y el maestro como intermediario. Estas nociones no solo sirvieron para ir dando cuenta de los hallazgos, sino también para ir creando una teoría tentativa que agitara mi voluntad y desafiara las acciones, pues, ¿de qué sirve una teoría que nos deja orbitando en el mismo sitio? ¿Para qué permanecer con las mismas seguridades sin alterar el campo de acción colectiva? En los proyectos educativos y culturales emergentes, las acciones son tan importantes como los esfuerzos por ir construyendo un campo teórico que les dé sentido y proyección. Esta elaboración no ocurre en soledad, nace del diálogo, de cartas compartidas, de gestos fortuitos, publicaciones colectivas y de otras formas de pensamiento en común.

Te hablaré brevemente de algunas de estas categorías que he recogido a partir de la experiencia. De las conversaciones ya he mencionado algunas ideas, ahora quiero detenerme en el currículo como viaje. Esta noción supone una conversación permanente y sincera entre el grupo que se está formando y también la práctica de desplazarse por los lugares en donde están las aulas vivas, una deriva que implica viajar a territorios tanto internos como externos. Se trata de viajar y visitar experiencias que permitan polinizar el territorio y robustecer el tejido cultural. En este enfoque, el centro no está en los contenidos sino en las experiencias que están distribuidas en los territorios, donde se asumen con profundidad las experiencias de auto-indagación, lectura de contexto, consciencia histórica y el acercamiento a herramientas para pensar asuntos complejos.

Estos desplazamientos y derivas del currículo por el territorio van dejando rastros, procesos formativos, encuentros y nuevas colaboraciones y van mostrando la abundancia de saberes que hay distribuidos en los lugares y en las comunidades. Aunque

muchas metáforas de la educación están basadas en la escasez (por ejemplo la imagen del alumno, como aquel que no tiene luz o el maestro como figura centralizada, gurú y transmisor de información), hablar de abundancia supone una responsabilidad grandísima, ya que implica saber qué hacer con ella, cómo articularla y potenciarla; significa esclarecer las estructuras donde esa abundancia puede circular con mayor libertad: redes descentralizadas, el carnaval, la minga, el duelo, la pérdida y la fiesta. Todos estos lugares son fundamentales para actualizar la existencia con otros, allí donde lo común se fortalece.

Aquí aparece el trabajo del maestro y maestra: hacer de la abundancia (o de lo poco) algo extraordinario, ser un mediador entre culturas, saberes y sensibilidades; es una función que recuerda al arquetipo del chamán o la chamana, al hombre-mujer de conocimiento que procura el bienestar de la comunidad, operando como un faro ético y cuidador de las relaciones. Cuando surge algún conflicto o enfermedad, son ellos quienes poseen las herramientas para la sanación física o espiritual. Esta figura ha cumplido ancestralmente la función de intermediario entre lo humano y lo divino, alguien sensible de sus límites, que ha aprendido a hacer de sus heridas, sabiduría, y es el que arriesga su vida y asume su oficio sin buscar reconocimiento, confiado en su capacidad de compartir generosamente con la gente su alegría e inspiración.

Cada maestro y maestra deben ser conscientes de dónde se encuentran y cuáles son sus aulas vivas, sus oasis de resonancia. En el contexto de la Universidad del Futuro, estas se refieren a ambientes educativos que aumentan las conexiones, las comprensiones y la inteligencia colectiva y proporcionan vitalidad a múltiples actores, engendrando así diversas posibilidades de convivencia. Sueño con que en cada casa se construya un aula donde los Estados y gobiernos creen incentivos para que el aprendizaje sea parte de la economía de la sociedad y del bienestar colectivo, donde las personas tengan por nacimiento

derechos para aprender lo que quieran y que se haga efectivo el sueño de crear redes de aprendizaje en las que el sabedor y la sabedora puedan poner en común su conocimiento con las personas que quieran aprender.

Las aulas vivas suponen la descentralización de la autoridad docente, pues los maestros y la educación pueden estar distribuidos en muchas capas de la sociedad. Un aula puede ser un bosque, un círculo de palabra, un museo, una abuela o sabedor, el barrio, una minga, la plaza de mercado, una huerta comunal, los puestos de salud, una sala de cine, las bibliotecas, las montañas, el mar, los ríos, los escenarios públicos y deportivos y los colectivos o movimientos sociales que trabajan por generar transformaciones culturales o una nueva educación.

Las nueve aulas que han emergido en este experimento de la Universidad del Futuro nacieron de una relectura atenta de todas las conversaciones, en la que fui reconociendo patrones que volvían una y otra vez. A partir de ese hallazgo, decidí sistematizarlas a través de la figura del eneagrama, de modo que cada punto se conectara con los demás y así se evitara el aislamiento disciplinar. Cada aula se conecta con otras dos más, buscando así complejizar el diálogo y motivar la inter y transdisciplinariedad. Estas son:

- * Pedagogías regenerativas y educación intercultural.
- * Educación infantil, crianza y partería.
- * Artes, ciencias y tecnologías.
- * Edu-comunicación y transmedia.
- * Juego, arte y espiritualidad.
- * Culturas de paz.
- * Desarrollo humano, bienestar y salud mental.
- * Sexo-género.
- * Filosofía, estética y ciencias sociales.

Antes de terminar esta carta, quisiera contarte algunas experiencias vividas en el primer festival de la Universidad del Futuro, una experiencia que vivimos a finales de 2025 en el Ecocirco en Cachipay. La pregunta movilizadora para el encuentro fue: ¿Cuál es el futuro y el presente de la Universidad del Futuro? Esta fue la cuestión que nos convocó y acompañó durante tres días en los que compartimos experiencias con algunas personas que han pasado por el podcast. Muchas de nuestras primeras conexiones fueron virtuales, luego optamos por encontrarnos, itinerando por casas en Bogotá para compartir no solo ideas y alimento sino la vida en todos sus matices, y ahora ha venido cogiendo fuerza la idea de un festejo anual para actualizar la vida y darles energía a nuestros trayectos y colaboraciones.

El festejo comenzó antes de nuestro viaje al Ecocirco, lo fuimos preparando con encuentros previos de conversación donde reflexionamos sobre lo que significa para nosotros hacer un festival. Al llegar al Ecocirco, un maravilloso espacio artístico y permacultural, compartimos la cena y, ya entrada la noche, escuchamos a Camilo Bossio —a quien conocí en Ecover-sidades y cuya presencia y voluntad han sido motor de este proceso—, quien nos habló de las pedagogías cuir, abriendo muchas preguntas y moviendo certezas. A la mañana siguiente, nos dispusimos a escuchar a Maín Suaza, escritora, investigadora y figura clave del feminismo en Colombia, que nos compartió cuentos breves —recogidos de sus libros e historias casuales— y nos invitó a volver a mirar el mundo y a sentirlo con piel nueva. De Maín recuerdo con mucha alegría las rumbas que se hicieron en su casa por muchos años y que hoy son quizá el presagio de esas aulas dionisiacas que queremos seguir propiciando, donde el pensamiento y la generosidad entren en el baile y la palabra, en la música y el alimento, puro fuego compartido.

Pasado el mediodía, almorzamos juntos con alimentos propios del lugar y saltó al escenario Pablo Vargas, integrante de los Filósofagos, a proponernos un espacio donde lo cotidiano, lo aparentemente cutre y kitsch se encontraron con la filosofía, cargándola de fuerza y humor. Pablo propuso una canción y dijo que simplemente la escucháramos, luego de allí emergió el tema, eje del programa, y a partir de una lluvia de ideas colectiva fuimos componiendo el guion. Cuando nos lanzamos a grabar, las pilas estaban agotadas, pero aun así logramos improvisar y reconocer que es desde lo simple que caminamos hacia lo complejo y desde lo complejo regresamos transformados a lo simple.

En la noche cerramos y abrimos el día con un círculo de palabra, música y fuego en torno al cual Iván Altafulla nos compartió canciones medicina y algunas de su propuesta musical Curakanto. Los que estuvieron alrededor de este fuego fueron libres de traer una canción, improvisar y tomar un instrumento; el espacio era cálido, aulas que respiran como una conversación que también es canto colectivo.

Al día siguiente, experimentamos una sesión refrescante de yoga y defensa personal con Lara María Salazar, deportista de jiu-jitsu brasileño, y Diana López, clown, educadora, activista y anfitriona del evento; exploramos movimientos salvajes y reptamos como animales. Luego, Carolina Mejía nos trajo mucha creatividad, cuerpo, música y movimiento con su iniciativa Kora, y la tarde concluyó con un taller de radio en vivo con Daniel Barrera, de la Tribu Laches y la Vox Populi, en donde seguimos profundizando en la conversación sobre los presentes-potenciales de la escuela del futuro.

El festival cerró con un concierto maravilloso de Iván Altafulla, con loops futuristas y ancestrales que dejó el fuego encendido y los corazones arrullados. Aunque el paseo al río que teníamos planeado para el último día quedó pendiente por el invierno que

azota al país, regresamos a cada una de nuestras casas, yo a mi gotica azul, como quien vuelve por el cauce de un río ancho y primaveral, llevando por dentro el rumor de lo vivido.

Frente a las crisis permanentes que habitamos, habitualmente se nos exige reaccionar inmediatamente, indignarnos y alinearnos. Quisiera proponerte otro gesto: cuidar los espacios donde la conversación aún es posible, hacer juntanzas entre diversidad de gentes y personas creativas de tu cultura, diseñar membranas en lugar de muros, cauces en lugar de contenciones, amistades que no nieguen el conflicto, pero sí que lo sostengan con apertura y creatividad.

El invierno que azota al país —como los incendios que arrasan otras regiones del mundo— puede leerse también como una analogía de nosotros mismos y de nuestra época: inviernos mentales y civilizatorios donde muchas estructuras ya no se sostienen. Hoy, más que nunca, necesitamos encontrar cauces para no darnos golpes con las mismas historias e instituciones. Tal vez nuestra tarea no sea levantar más cercos ideológicos sino límites porosos que permitan el intercambio y el flujo de lo inédito viable.

Estos desbordes me hacen presentir que el mundo ya no soporta más autoengaños, manipulación ni corrupción. Urge construir y habitar espacios porosos, como la piel, la habitación, como tus labios y tu risa, cauces donde la vida cotidiana pueda fluir sin represarse ni estancarse, y que nuestros éxtasis y repliegues encuentren surcos reales e imaginarios para volverse puente, amistad, amor, ciencia, arte, filosofía y festejo.

Te reitero mi invitación a construir juntos una universidad donde aprendamos por el resto de la vida. Empieza por imaginar cómo sería, hazte consciente de tu geografía afectiva y formativa, del lugar en el que te encuentras y trata de sentirlo con mayor intensidad. Pregúntate por los espacios, lugares y personas que

han sido decisivas en lo que hoy eres. Me encantaría que me contaras esta historia y también la de tus amigos y vecinos con quienes has tejido vínculos. Mira con atención a las personas autodidactas que habitan tu entorno, en ellas habita un tesoro de sabiduría y claves para pensar el porvenir de la educación. Propicia redes de encuentro intergeneracional, de aprendizaje, minga, festejo y conversación y usa las fuentes de la imaginación y los recursos y tecnologías que estén a tu alcance para lograr este sueño y para enriquecer nuestros territorios. Imagina un lugar, un aula viva donde podamos ensayar otras formas de aprender, disentir, crear y colaborar entre personas singularmente universales y cosmopolitas.

Como habrás intuido en lo que te he venido contando, quizá la transformación no comience con grandes programas de reforma, políticas, leyes y decretos, sino con pequeños núcleos donde la conversación vuelva a ser posible y donde la imaginación política no esté capturada por el cinismo ni por la nostalgia.

Si algo he aprendido es que la educación es un acto de riesgo compartido y que el futuro se juega con otros a cada instante.

Escuche aquí las conversaciones de la Universidad del Futuro



LA ESCUELA HABLA

Germán Ávila

Articulador territorial *Resistencias por correspondencia*
Escuela Catatumbo
Teorama

Yo nunca había venido aquí, al Norte de Santander. Así, armar equipos y concebir ideas para que pueda fluir todo el querer de la gente es un reto. Sentía que estábamos construyendo algo que otras personas podrían después replicar, y ese pensamiento rompe totalmente con la idea de la autoría, pues la Escuela es algo que se construye, se pasa y se comparte. Para mí, eso ha sido muy valioso.

El territorio tiene unas divisiones bastante grandes. El casco urbano y los corregimientos aledaños tienen una dinámica muy particular, que cambia cuando hablamos de lo que ocurre "del puente para abajo", una manera local y un poco despectiva de referirse a territorios que se desconocen o con los que no se tiene una relación estrecha. Y luego, aún más allá, viene la frontera, donde están los cabildos de los pueblos. Entonces, hay rupturas de pensamiento, historias compartidas que resultan dolorosas y dinámicas generadas por los grupos armados que se encuentran en el territorio y que acentúan la división entre las distintas comunidades. La situación es muy compleja y es muy difícil juzgar lo que ocurre. Las ideas, buenas y malas, se diluyen entre muchas capas

y matices. Parece como si estas nuevas dinámicas de la coca que propone el narcotráfico permearan todas las dimensiones de la vida de las personas que están allí.

Es difícil salirse de esas lógicas. Varios de los chicos que estaban en la Escuela se dedican a raspar coca y, desde esa posición, construyen un pensamiento crítico que a veces entra en conflicto con la idea que se tiene del ser campesino. Parecería que las montañas dividen el territorio: de un lado, una selva increíble, tupida y diversa; del otro, el cultivo de un color verde parejo, intenso y hermoso, pero cargado de muchas implicaciones. Esa imagen me resultó muy poderosa.

De repente, empezamos a encontrar personas en territorio que han logrado llevar una vida, con sus iniciativas y con sus sueños. Personas que han podido hacer lo que quieren, o que al menos han podido desarrollar un sueño en torno a la transformación de la materia. Estas personas son líderes de muchos procesos y muchos no se conocen entre ellos. Entonces propusimos una dinámica de correo postal, arte postal en donde cada persona escribía o hacía cinco envíos a una persona en otro territorio, con la intención de compartir su saber. Y esto fue muy bonito, la idea de la correspondencia escrita, porque esto de escribir cartas es algo que ya no se ve y que, al hacerlo, lo va llevando a uno hacia un sentimiento más poético.

LA ESCUELA HABLA

Yeferson Rodríguez

Formador *Resistencias por correspondencia*

Escuela Catatumbo

Teorama

Siento que en esta Escuela uno va viendo, conociendo y sintiendo a través de las personas con las que se conecta. De ahí van surgiendo la libertad y la horizontalidad a través de la pregunta por lo que esas personas quisieran recibir y compartir de vuelta.

¿Quiénes son ellas y ellos? Preguntarse eso, como artista, como formador, lo lleva a uno a entender que no se trata de imponer un programa, ni de decir "vamos a hacer esto y aquello". No hay un paso a paso, ni una receta estructurada, sino que el proceso surge a través de lo que uno va conociendo, experimentando en el mismo territorio y develando, casi como una investigación en el territorio mismo. Siento que eso permite generar conocimientos vivos y situados, más que simples variaciones sobre discursos ya implantados.

Hay cuestiones muy complejas, pero allí también hay unos saberes, unos conocimientos vitales y de mucha importancia. La gente de las ciudades, de las academias y las instituciones cree que eso no es válido, pero esos saberes que nos son develados aquí nos invitan a pensarlos

y a entender los lugares de enunciación desde los que nos paramos los formadores y todas las personas involucradas en la Escuela. Es fundamental poder compartir y poner en cuestión eso que hemos venido caminando desde los lenguajes, las perspectivas y los sentires que cada quien habita.

Siento que nuestro tiempo en los territorios es muy corto, muy limitado para el desarrollo profundo de relaciones horizontales y situadas; creo que apenas alcanza para dar una pinceladita. Es importante poder pensar espacios más amplios, ahora que se está repensando y reestructurando este tema de cómo llegar a las comunidades.

HATILLO RENACE

La Rotativa



Amistades, la carta que sigue fue escrita por los miembros de La Rotativa, un colectivo fundado en 2016 por excombatientes de las FARC, firmantes de paz, que se ha expandido con la participación de integrantes llegados de otras comunidades. El colectivo surgió en un Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación, en plena serranía del Perijá, que hoy se ha transformado, gracias al trabajo mancomunado, en la vereda Tierra Grata, donde La Rotativa ha desarrollado un impresionante cuerpo de trabajo, enraizado en la historia y en las luchas de su comunidad. A partir de procesos pedagógicos que involucran el uso y la enseñanza de medios audiovisuales, artes gráficas y distintos procesos de activación cultural, el colectivo ha venido expandiendo y cuidando la memoria territorial de lo que es hoy una comunidad viva y organizada a través del trabajo articulado de sus habitantes, en alianza con instituciones y recursos provenientes del orden nacional y de la cooperación internacional.

Acabo de ver en YouTube su documental *94 m2 de dignidad*, y por eso escribo esta introducción muy conmovido de ver cómo las prácticas artísticas situadas y vinculadas a las luchas de los territorios generan espacios de transformación social y reparación inmaterial. En esta carta, los integrantes de La Rotativa nos cuentan el proceso que desarrollaron en El Hatillo, un territorio atravesado por las violencias del narcotráfico y la deficiente presencia estatal en la región del Catatumbo, que terminan por acelerar la descomposición del tejido comunitario. A partir de distintos procesos pedagógicos, La Rotativa consiguió desarrollar –gracias al acompañamiento decidido y la movilización vecinal incitada por Carlos David Sánchez, líder cultural del sector– el festival Hatillo Renace, con el que los vínculos entre los habitantes del barrio El Hatillo pudieron fortalecerse a través del encuentro, generando un espacio de diálogo y fraternidad, como ellos mismos afirman. A través de este proceso, los formadores pudieron “reconocer en otros relatos una experiencia que también nos atraviesa”, y que nos atraviesa, no solo en el Perijá o el Catatumbo, sino a lo largo y ancho del país. Con mucho entusiasmo, les invito a leer esta carta y a explorar el trabajo de La Rotativa, pues el suyo es un ejemplo de cómo la dignidad surge y prevalece en nuestra voluntad de unirnos.

A quienes leen estas palabras desde alguna vereda, desde la montaña, el mar, el bosque, el desierto o la ciudad: reciban este saludo que viaja desde la Serranía del Perijá, donde seguimos creyendo que encontrarnos es una forma de cuidar la vida.

Nacimos en un momento en que el país intentaba hacer las paces consigo mismo. Venimos del departamento del Cesar, de una comunidad que empezó a levantarse después de la firma del Acuerdo de Paz. En ese tránsito entendimos que dejar las armas no era suficiente: había que aprender a habitar el territorio de otra manera, sembrar, organizarnos, formar nuevas generaciones y también preguntarnos cómo queríamos contar nuestra propia historia.

Durante mucho tiempo, algunos territorios fueron narrados desde lejos. A veces reducidos a una sola etiqueta. Crecimos viendo cómo la complejidad del país se simplificaba en relatos que no siempre alcanzaban a nombrar la vida cotidiana, las contradicciones, las búsquedas, el reencuentro y las transformaciones que también existen en medio de la dificultad, ni a encontrar en el diálogo la tolerancia a la diferencia.

La Rotativa surge allí. Su nombre retoma la memoria de una imprenta manual que en otro tiempo sirvió para existir públicamente cuando no había otros canales posibles. Hoy esa rotativa, “la rotativa del movimiento”, ya no imprime comunicados en medio del monte: hoy imprime memoria, fotografía y relatos comunitarios. Hoy se mantiene y se resignifica para ayudar a sostener el acuerdo en el que creemos profundamente.

Creemos que la comunicación es un acto político, no porque imponga una idea, sino porque permite que las comunidades se narren a sí mismas. Creemos que la imagen puede reparar cuando dignifica. Creemos que sostener la memoria es una forma de cuidado colectivo.

Así llegamos al Catatumbo, como parte de un territorio que también ha sido golpeado por el abandono y la violencia, pero que ha sabido resistir desde la vida.

Llegamos a Ocaña con una intención concreta: acompañar un proceso artístico-comunitario en el barrio El Hatillo. El cronograma decía un mes. El documento hablaba de un festival como resultado. Todo parecía claro en el papel.

Pero la realidad de los territorios nunca cabe en un cronograma.

El Hatillo no es un barrio cualquiera. Nació desde la necesidad. Desde la urgencia de tener un lugar donde vivir cuando no había otro lugar posible. Durante mucho tiempo fue nombrado “invasión”. Y esa palabra pesa. No solo por su significado para la sociedad, sino por la carga simbólica que representa. Nosotros conocemos esa carga. Venimos de un lugar que también ha sido simplificado en una sola palabra.

El Hatillo nos recibió sin protocolos vacíos. Con café servido en tazas distintas. Con niños preguntando por las cámaras. Con personas mayores observando primero en silencio. Con la prudencia de quien ha aprendido que no todo el que llega se queda.

Y ahí empezó el verdadero proceso: en la confianza.

No fue inmediato, no fue lineal, no fue perfecto y justamente por eso fue profundamente humano.

Hubo días de dudas, silencios difíciles, desacuerdos. Pero hubo algo más fuerte que todo eso: la voluntad de permanecer en la conversación.

Entendimos que el festival no podía ser solo un evento cultural. No podía ser una jornada bonita para registrar imágenes y mar-

charnos. Si iba a tener sentido, debía ser consecuencia de algo más profundo: el reencuentro del barrio consigo mismo.

En territorios atravesados por la estigmatización, a veces la mirada externa termina filtrándose hacia adentro. A veces la comunidad empieza a verse con los mismos ojos que la señalan. Romper ese espejo impuesto no se logra con discursos; se logra generando espacios donde podamos nombrarnos desde nuestras propias experiencias.

Eso fue lo que empezó a suceder.

Vimos a niños escuchar historias que no conocían, vimos a jóvenes asumir responsabilidades colectivas, vimos a personas mayores volver a participar del encuentro comunitario después de años de mantenerse al margen, vimos reuniones que comenzaban con timidez y terminaban con propuestas.

El barrio empezó a reunirse no solo para planear un festival, sino para reconocerse.

En medio de esos encuentros apareció también una forma distinta de narrar el barrio: el bordado.

Entre hilos, lanas y recuerdos comenzaron a tejerse las historias de El Hatillo. Una gran tela extendida sobre las mesas reunió a tres generaciones alrededor de agujas, colores y conversaciones. Cada puntada fue trazando los lugares que habitan la memoria del barrio: la montaña, las calles, la huerta, las casas, los sueños.

Los saberes se mezclaban con los recuerdos, y los recuerdos con las resistencias. El bordado se convirtió en un lenguaje común donde niños, jóvenes y personas mayores podían encontrarse sin necesidad de grandes discursos.

Aquella tela de varios metros terminó siendo mucho más que un ejercicio creativo. Se transformó en una colcha de memoria colectiva. En cada hilo quedó guardado un fragmento de historia, una conversación, una risa, una preocupación compartida.

Hoy esa tela sigue existiendo como testimonio de algo simple y profundo: que cuando una comunidad se reúne a crear, también está tejiendo su propio futuro.

Cuando surgió el nombre “Hatillo Renace”, no fue una estrategia ni una consigna vacía. Fue una afirmación íntima. Renacer no significa borrar el pasado. Significa mirarlo de frente y decidir que no será lo único que nos defina. También significa resignificar la historia: la llegada, la construcción de las casas, el valor incalculable de la fraternidad y de la comunidad.

El día del festival fue visible lo que ya venía gestándose en silencio. Las calles se llenaron de color, música, escritura e imágenes. Las familias ocuparon el espacio público con una tranquilidad distinta.

No celebrábamos únicamente una programación cultural. Celebrábamos el hacerlo juntas y juntos. Celebrábamos la oportunidad de la vida por encontrarnos allí en ese lugar. Celebrábamos una comunidad que se convirtió en guardiana de la montaña, de la piedra ancestral, del pozo, de los niños y las niñas, de los jóvenes, de las madres, de la huerta, del agua, y de su propia capacidad de organizarse.

Y para nosotros, que venimos de otro territorio que también ha tenido que reconstruirse, ese gesto tiene un significado profundo.

Perijá y Catatumbo comparten más de lo que parece: montaña, memoria campesina, conflicto, desplazamiento, resistencia. Llegar a El Hatillo no fue ir hacia lo desconocido. Fue reconocer en otros relatos una experiencia que también nos atraviesa.

Aprendimos que el arte acompaña, el arte facilita encuentros, el arte abre preguntas. Pero son las comunidades las que deciden qué hacer con esas preguntas.

Nos fuimos entendiendo algo que reafirma nuestro camino: que la cultura no es una estructura rígida ni un escenario formal. Está en las historias contadas en la cocina, en la huerta compartida, en la memoria de los mayores, en la creatividad inquieta de los niños y las niñas, en la forma en que un barrio decide reunirse para pensarse.

Si algo nos dejó El Hatillo fue la certeza de que los territorios no necesitan que alguien les diga quiénes son. Necesitan espacios para que su propia voz encuentre lugar.

En un país donde tantas comunidades han sido nombradas desde afuera, se hace necesario que los territorios tomemos la palabra y decidamos cómo queremos contarnos.

Nos despedimos con gratitud, pero también con responsabilidad. Sabemos que los encuentros no terminan cuando se acaba un proyecto. Permanecen como red, como aprendizaje compartido, como memoria viva.

Que cada territorio que lea estas palabras encuentre su propio modo de reunirse.

Que cada comunidad que ha sido reducida a una etiqueta descubra la fuerza de narrarse desde adentro.

Que el arte siga siendo puente.

Que la memoria siga siendo cuidado.

Que el encuentro siga siendo posible.

Con afecto, fuerza y convicción,

La Rotativa

LA ESCUELA HABLA

Sebastián Lema

Formador *Territorio como pensamiento*

Escuela Vaupés

He estado haciendo una labor previa de visitar y recorrer los sitios sagrados de varias comunidades que se ubican cerca a Mitú. Han sido unos recorridos acompañados por los sabedores tradicionales de estas comunidades interétnicas donde, hoy en día, confluyen varios pueblos indígenas. Sin embargo, tienen muy presentes sus sitios sagrados, de quién son o de qué etnia fueron originalmente, pues, en muchos casos, se trata de sitios de origen o de donde se desprenden mitos de origen.

A mí me tocó esta experiencia, realmente increíble, de poder reunir a los sabedores y a sus grupos de mayores con los más jóvenes de su comunidad. Chicos, chicas jóvenes, jóvenes adultos que nunca habían tenido esta experiencia y que apenas habían escuchado mencionar algo de las historias de estos sitios sagrados en algún momento, quizás en sus malocas y en sus casas ancestrales, pero no habían tenido la experiencia de ir y recorrer con el sabedor los lugares y escuchar ahí mismo las historias, los mitos asociados a cada lugar. Por eso, creo que esta Escuela logró incentivar algo muy potente, sobre todo en los jóvenes escolarizados, para

quienes esta experiencia fue una plataforma de intercambio de conocimiento intergeneracional.

Esa experiencia fue muy valiosa, tanto en lo poético como en lo político y comunitario. Es una práctica que tiene que volverse continua, periódica en su calendario cultural, pues plantea una manera de responder a una suerte de frustración por parte de los mayores o de los sabedores con respecto a que los jóvenes ya no están interesados en aprender los conocimientos tradicionales, a que ya no les atraen esos conocimientos. Para mí fue muy grato ver la respuesta de los jóvenes, que llegaron con los oídos abiertos y con mucha atención y curiosidad y, más aún, la de los mayores, que se dieron cuenta de que su frustración tiene algún tipo de cura.

LA ESCUELA HABLA

Erik Cajibiouy

Formador *Ecos de la montaña*

Escuela Cauca Sur

Valencia

En esta Escuela estábamos enfocados en los recorridos territoriales para buscar la planta de la flauta, cosa que no se había hecho hace mucho tiempo. Y en ese proceso de andar, pudimos fortalecer la conexión con la madre tierra, con la Pachamama, con el río y las montañas haciendo caminatas con los compañeros y con los mayores sabedores. Ellos también nos daban consejos en la tulpá sobre la mejor manera de fabricar las flautas.

Con los niños también sentí esa conexión de poder entenderlos, como si fuéramos más familiares y todos de una misma raza. Verlos llegar a los talleres que hacíamos de chirimía y sentir el despertar de sus habilidades, o cómo le cogían muy rápido la técnica al dibujo, mientras que algunos eran buenos modelando el barro y otros se enfocaban en la música me agradó mucho como formador.

Yo creo que es importante tener una educación abierta y para todos, sin dejar atrás a los mayores, porque ellos tienen un conocimiento que es muy importante aunque no sea generado en una institución como tal, pues ellos han vivido mucho tiempo en este territorio y lo conocen a fondo.



LA ESCUELA HABLA

Henry Torres Grueso

Sabedor local *Caminando con mis ancestros*
Escuela Cauca Norte – Litoral
Santa María de Timbiquí

Yo trabajo sobre todo desde los saberes ancestrales que he aprendido a lo largo de mi vida: el canto, la décima, el cuento, la poesía. Son expresiones que siempre me han gustado y que siento como parte de nuestra identidad. Por eso mi intención es transmitir ese conocimiento a los estudiantes, para que ellos también lo mantengan vivo y lo puedan duplicar de generación en generación.

Para mí, el enfoque de esta Escuela es muy importante porque busca mantener vivos los saberes ancestrales y transmitirlos a las nuevas generaciones. Eso es justamente lo que estamos haciendo: compartir lo que recibimos de nuestros mayores y sembrarlo como una semilla para que más adelante siga creciendo en quienes vienen detrás.

En estos días han pasado cosas muy importantes. Hemos estado despertando en los estudiantes el interés por aprender estos saberes. Antes muchos jóvenes no prestaban atención a los cantos tradicionales, a los arrullos, a la décima o al cuento. Pero ahora, los que están asistiendo a la escuela se están dando cuenta de que todo eso tiene un gran valor para la comunidad y para la socie-

dad. Incluso algunos ya invitan a otros jóvenes para que también participen.

Por eso creo que este ejercicio es muy importante y ojalá no se quede solo en este momento, sino que pueda continuar año tras año. Cuando estos espacios se mantienen en el tiempo, los estudiantes siguen aprendiendo, se divierten, se motivan y también empiezan a compartir lo que saben con otros. A través del diálogo y del intercambio entre la comunidad se fortalece el aprendizaje y también se promueve la convivencia y la paz.

Durante este proceso también hemos recibido muchas herramientas y estrategias pedagógicas de los maestros que han venido. Hemos aprendido nuevas formas de dinamizar las clases y de mantener el interés de los jóvenes. A veces uno piensa que el juego o la risa son pérdida de tiempo, pero en realidad son la puerta para que el estudiante se conecte y pueda entrar luego en el aprendizaje más profundo.

En lo personal, este proceso también me ha transformado. En mi camino había cosas negativas que he podido trabajar y convertir en algo positivo para transmitir a mis estudiantes. Como educador, siento que también me he fortalecido.

De cada persona me llevo algo valioso; en realidad, siento que me llevo un poco de todos, porque cada experiencia, cada palabra, cada momento de escucha, de oralidad y de aprendizaje es importante.

El sentido más profundo de todo esto es que, si algún día yo ya no estoy, ellos quedarán con esos saberes y podrán enseñárselos a otros. Entonces, alguien dirá: “Esto lo enseñó el maestro Henry”, y ese otro lo compartirá con otra persona. Así el conocimiento sigue viviendo.

BIENVENIDOS A LA CASA
ANCESTRAL DE NUESTRA
ASOCIACION AATAE



LO QUE AGUARDA Y LO QUE FLORECE

Eider Yangana



Coterráneos, paisanas y amistades: Van a leer aquí enseguida un sentido mensaje de Eider Yangana en donde nos cuenta sus correrías, aprendizajes y visiones surgidas de los territorios del sur caucano, en el marco de la Escuela Cauca Sur, donde tendió puentes entre procesos, luchas y comunidades, ayudando a dar forma a las Escuelas de Galíndez, Albania, Rioblanco y Valencia. Ustedes van a ver cómo las palabras de Eider, a medida que se van leyendo, se van deshaciendo delicadamente como si fueran nubes que nos permiten ver la forma cambiante de las cosas y que, a la vez, nos dejan meditando sobre la naturaleza del cuerpo que enseña y que aprende, que atraviesa montañas y valles y que recoge en su periplo los frutos de lo que otros le han sembrado en el pensamiento. Eider escribe como camina y como baila, porque ha hecho del bailar, del cantar y del caminar una parte fundamental de su vida y de su trabajo, en el que se conectan la memoria territorial, la voluntad individual y la conciencia colectiva. Para él, “la presencia del cuerpo es una cosa política: transgrede los cánones tradicionales de lo plástico y lo estético, y cuestiona lo hegemónico”. Aunque Eider se quede quieto como una montaña, conteniendo en su cuerpo la tensión histórica de los pueblos andinos, es siempre capaz de hacernos bailar la cabeza al compás del corazón. Nacido en Popayán, pero criado en el Resguardo Ancestral Yanakuna de Rioblanco Sotará, Eider se graduó de artista plástico en la Universidad del Cauca, donde también se tituló de magister en estudios interdisciplinarios del desarrollo. Su trabajo como artista se ha presentado en muchos espacios, en Colombia y fuera del país. Les dejo aquí con este texto bello, para que se muevan y para que se ensueñen.

Te escribe Eider Yangana, articulador territorial de la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales que recorrió el sur del Cauca durante el año 2025.

Mi recorrido de investigación inició con la visita a procesos artísticos y organizativos en territorios campesinos, afros e indígenas del Macizo Colombiano. La propuesta de viaje fue reencontrarme con personas que marcaron en algún momento de mi vida un sentido amplio del trabajo colectivo, sintiendo que este abonado en experiencia y tiempo compartido sería de provecho para mi labor.

Tuve el reto inicial de escuchar y contar de forma cercana la Escuela. Al principio fue muy curioso hablar de la EIAPV y que pudiera ser recordada fácilmente por su nombre tan extenso. Insistí entonces en comunicar la intención del equipo de artes visuales de Minculturas, que buscaba fortalecer procesos ya existentes en diversos territorios de Colombia a través de la construcción de conocimiento mutuo y de forma horizontal, situada y colectiva. La interiorización de todos estos conceptos se daría poco a poco entre nosotros.

Lo que más se repetía en las conversaciones en territorio era una reflexión profunda sobre el tiempo. Así surgió la pregunta por el modo de dar apertura a procesos institucionales que no son lo suficientemente claros respecto a los momentos de participación.

La confianza sembrada ayudó a acomodar las cargas en el camino. El gesto inconsciente fue darle a la vida pese a todo. Esta sensación se manifestaba como un eco, camuflada por la novedad de la invitación, el asombro de los nuevos encuentros y el reencuentro con viejos compañeros. Darle a la vida frente al cansancio, como un pulso entre muchos espejos que olvidan muchas veces lo justo para sí. Recuerdo escuchar en las

reuniones que “en las cosas que se desatienden aparecen las experiencias para resolver”.

Conforme íbamos apersonándonos juntos del proceso, las preguntas se asumieron como un reto. Como decía Luz Marina, integrante del proceso *Amolando sabiduría*, en la Escuela de Albania: “El Ministerio implicó unas tareas, obligarnos a pensar mucho más en las realidades de nuestro territorio para seguir soñando los tiempos que emergen; aprender a comunicarnos mejor, a entender que la interpelación es un movimiento y a entregar nuestras mejores destrezas, que son necesarias para el diálogo colectivo”.

Aprendimos en la Escuela que la horizontalidad es posible en el diálogo constante de todos sus participantes, respetando los acuerdos. Cuando esto se desbalanceaba, por la emoción contenida o por la comunicación intermitente, la pedagogía artística nos permitía flexibilidad para proponer soluciones e ideas, siendo susceptibles de ser renovadas, soltando el miedo de volver a comenzar, pero manteniendo, eso sí, la primera llama o el horizonte en común de hacia dónde seguir caminando.

Mi labor fue procurar acentuar esto, hablar de forma amena, generar puentes entre compañeros, consensuar y atender los cambios pertinentes.

Sucedía en algunas Escuelas que los procesos culturales se daban por sentados localmente y solo eran percibidos cuando tenían un reconocimiento externo, como si sus acciones no impactarían de manera inmediata en la economía y en la vida, aunque sí lo hicieran. Así creamos e insistamos, cuando el apoyo no existe localmente se mengua la fuerza. Por esta razón, aparecen tantos sentimientos encontrados que tienen que desenredarse con cuidado cuando se dialoga con procesos interculturales como la Escuela. “Una autoridad habla en la medida

en que vea el respaldo de la gente”, decía un mayor en la primera asamblea de socialización en Valencia.

Que esto continúe ha sido la petición firme entre escuelantes, formadores y equipo de la EIAPV, ya que el afán no nos ha permitido conocernos mucho más para revelarnos en las cosas que somos afines, como también en las cosas que nos distancian para volvernos a encontrar. “Pa las que sea”, fue la palabra que nos dio la gente, desdoblado la pregunta. Tantas formas de recrear el mundo, intuirles el sentido entre su secreto, desdoblar y replicar la pregunta, hallar cosas que no se esperaban, pero que siempre estuvieron. El proyecto nos dio el pretexto para seguir pensando el futuro y nos aproximó a herramientas sensibles.

La clave de la Escuela, para mí, ha sido volver a encontrarme con personas que quiero. Este camino habla también de la persistencia del cuerpo y del agotamiento, parte fundamental para recuperar el aliento. De mi parte, cuando aparecía el cansancio guardaba mi energía para el momento de decir o dirigir una intención que consideraba oportuna, acompañando cuando debía escuchar o estar quieto. Así me fui jugando en lo colectivo gracias al apoyo de mi equipo.

Entre tanto, recuerdo a Andrés contar a Galíndez desde una colina, donde de niño veía las estrellas y el caudal del río con sus amigos. Desde ese lugar se puede entender el pueblo y a sus vecinos, las diferencias entre quienes pueblan en el valle y los pueblos de montaña. Desde ahí pude ver el cerro de Lerma y la conexión indiscutible con la corona del Macizo. Galíndez es un territorio que tiene la gracia de la poesía rebosante en el gesto y en la voz de su gente. Retengo en mi memoria cuando la comunidad hacía las labores de recolección de agua con motobombas y tubos larguísimos que llevaban el agua del río hasta sus casas. Recuerdo también la danza tradicional de la entrega del pañuelo y el duelo silente por el descenso del cauce del río, esto debido a la extracción foránea de arena.

Lola nos dijo que la Corridez permite no dejarse corromper por el tiempo de afuera; en su tierra aprendí que se puede volver a inscribirse en el tiempo de río. Todas las personas tienen tiempo para algo: “La mitad del tiempo es saludar, la mitad de tiempo es hidratarse y trabajar”, decía Gabriel mientras le ayudábamos a fundar con la gente de Galíndez la Casa del Barro, barro del fuego, barro del baile, barro amigo que contiene agua potable.

Cuando le contamos a Leider sobre Galíndez, fue imposible no recordar el paro de 1999.

De Leider y Adriana recuerdo que nos encontramos en un día difícil en la Vega, debido a un atentado en el casco urbano. Conversar, aclarar, tratar de entender, asumir con responsabilidad y cautela a dónde se va a entregar el corazón, esto lo caminamos junto a ellos. En Albania recibí la bienvenida, el cariño y el don de gentes de la familia de Leider y Adriana. *Amolando sabiduría* es la voz campesina en modo familiar y la oportunidad de la amistad manifiesta en personas como Luz y Carlos, quienes son parte del proceso, todos ayudando por un bien común, contemplando el horizonte claro y dispuesto que promulga la soberanía y defensa territorial frente a las dinámicas de despojo económico, migración y conflicto armado en el Macizo. Albania recrea su Escuela, reinterpreta las propuestas que se hacían desde el equipo. Esto fue muy importante porque asentaban autonomía en la forma de decir y hacer. Memorables fueron las noches de trabajo donde concibieron las aulas vivas del suelo, la semilla, las plantas y el alimento. La noción de ciclo, la unidad que se multiplica en organización y la réplica de las resistencias silenciosas en las voces de los niños de Albania y Altamira serán la cosecha de sus acciones pedagógicas, inspiradas por el andar local de las abejas meliponas.

En Rioblanco, aprendo con Catalina a celebrar que el miedo a compartir palabra se puede respirar, recuperando la confianza en la memoria del cuerpo, regalo de los liderazgos silenciosos. Con

Sayari aprendí que el cuerpo colectivo se puede expandir sosteniendo las prácticas tradicionales sin dejar de experimentar. La orientación de las autoridades nos dice que la tarea es despertar los dones y el relevo generacional en los saberes ancestrales, que el recorrido territorial es para imaginar e inspirarse, que nada está separado, que todo se integra. El círculo colectivo como estrategia de convocatoria para hacer danza tradicional, danza andina y danza contemporánea, fue importante para construir el símbolo de la Chakana desde el cuerpo comunitario: imagen, danza, chirimía y la tulpa.

Me llevo de Valencia la niebla y su luna cuando caminábamos con Erik y Leonardo hacia la Yachay Wasi (casa de pensamiento), el ir calentándonos frente al fuego para compartir conocimiento, la forma y temporalidades propias de cada uno de nosotros en relación con el tabaco, el mambe, chirrincho y ambil en la guía del mayor y médico tradicional. Tengo presentes los sueños lúcidos cuando dormía en el hotel, como si se colaran por las rendijas de la puerta que daban hacia el patio iluminado. La enseñanza primordial es que cada espacio tiene su forma de llamar a sus fuerzas guardianas, de que, pese al olvido, el desencanto o la indiferencia, ellas continúan ahí. Con todo el cuerpo aprehendí el recorrido territorial, que es inicio y cierre que da sentido a las búsquedas artísticas, pedagógicas y organizativas, y así mismo aprehendí la chirimía, expresión libre y espiralada del viento donde se necesite. La chirimía fue un vínculo y hermanamiento transversal entre las comunidades de Valencia y Rioblanco. La Escuela *Ecos de la montaña*, que tejieron Erik y el Mayor Dumer, recuerda al proceso juvenil yanakuna de Kespikay Muyumanta (Semillas de Libertad).

¿Cómo contarnos a nosotros mismos desde imaginarios propios, hablando de nuestras insatisfacciones y anhelos?

¿Cómo comunicar la vida en el territorio y nuestras identidades complejas y diversas?

De las preguntas que coincidían entre las Escuelas hablábamos con Paula y con Daniela sobre aquello que más resonaba territorialmente en el Macizo. Recalcamos el ejercicio primario de la confianza, la vocación organizativa entre pueblos, la recuperación de saberes ancestrales y el compromiso de defensa por lo fundamental, expresado en la movilización y el cuidado del agua, evocando finalmente este lazo vital que nos constituye. Nos convocamos intuitivamente en las palabras de Humberto Cárdenas y del Proceso Popular y Campesino de la Vega para reafirmar que “el agua es el mapa secreto de nuestra memoria”.

Todo en el territorio crece amalgamado: el territorio hogar, el territorio vereda fértil, el territorio camino. La experiencia que quiero contar es que a las cosas que les otorgo un significado especial se sumergen en otros cuando se juntan con elementos cotidianos; zapatos con piezas de arcilla, esculturas con sillas, baldes de plástico con radios, herramientas, medicamentos, libros, papeles. Obras de arte arrepujadas con cajas, recipientes con hilos, vasos de plástico con muchos colores y lápices. Aquí hay algo que quiero traer al recuerdo de la Escuela, cuando se junta el propósito con el asombro. Así como el charango lleva en sus cuerdas el sonido trenzado, una expresión resuena ligada a muchas otras que la tejen, todo está integrado. Como decía Velandia, “quien entiende la física del arte lo entiende todo”.

El ir y venir fue fundamental para nosotros, esta itinerancia en diferentes capas, suerte impecable de nuestro viaje, nos pide saber nombrar el cotidiano con las fuerzas espirituales que nos acompañan, que nos nacen. Construir conocimiento conjunto, aquí radica lo horizontal, lo situado y lo colectivo, siendo lo situado en el territorio y también en la acción de viaje, que no es solo desplazarse de un lugar a otro, sino de aventurarnos juntos temporalmente, creativamente hacia un horizonte común.

Lo situado podría ser también la capacidad de ponerme en el lugar de mi interlocutor. Lo colectivo, entender también que

una acción personal puede ser profundamente colectiva. Todo esto tiene que ver con un ritmo que da cuenta de lo importante que es el movimiento, donde anidan nuestra itinerancia y verdadero aprendizaje.

El trabajo nos convocó a despertar fuerzas insospechadas, regalos que afinan la palabra para aclarar el camino. Si bien la Escuela propone una pregunta, las acciones multiplicaron lo que se buscaba en principio. Atención paciente para darse cuenta de esto, decir sí a lo que es complejo: “Si se complejiza la pregunta, aparece la acción”, nos propuso Herlyng.

Contar la Escuela, dialogar constantemente, sostener los acuerdos, re-crear-nos en el camino.

Agradezco al regalo de voluntades que me trajeron a escribir aquí, al equipo de la EIAPV por permitirle a mi persona la memoria de un liderazgo sereno, donde pude decantar mis experiencias en la defensa del balance. Agradezco también a mi equipo local de Cauca Sur, por darle lugar a mi acción entre lo que aguarda y lo que florece.

Si el agua es el mapa de nuestra memoria, quizá los afectos y los defectos sean el mapa revelado de nuestras existencias.

Tu pecho es sol, no está vacío; el cuerpo sabe, se endereza; tu pecho es sol y fortaleza. Desarma una canción la talla del día: ¿Cómo hablar de la herida? Nos ganamos el respeto por nuestras acciones, breve el tiempo, la palabra respaldo se sentía. Háblame, cuéntame tu pregunta, hagamos que aflore lo que por tiempos se divide. Reír y llorar la fiesta, la nuestra, que combina tristezas y alegría.

En Cauca Sur se realizaron cuatro escuelas. La escuela de Galíndez, *Amasando corridez*; la escuela de Rioblanco, Danza y surco; la escuela de Valencia, Ecos de la montaña, y la escuela de Albania, Aprender ayudando, enseñar haciendo.

LA ESCUELA HABLA

Alexandra Idrobo

Articuladora *Caminando con mis ancestros*

Escuela Cauca Norte – Litoral

Santa María de Timbiquí

Santa María de Timbiquí cuenta con una profunda relación con las expresiones culturales y artísticas, ya que su cotidianidad está llena de simbolismos, espiritualidad, conocimiento, ritualidad y filosofía. Es importante tener en cuenta que este es el corregimiento más alejado de Timbiquí, eso significa que los aportes del Estado no suelen llegar, y menos aún las propuestas con enfoque de construcción conjunta.

En Santa María, así como en los diferentes lugares donde existen comunidades negras, hay una fuerte resistencia al olvido. Es un mandato generacional sostener los saberes ancestrales, pues son nuestra herencia tras quinientos años de esclavización y más de doscientos de acciones con daño. Se propone desarrollar acciones que sigan fortaleciendo los procesos de recuperación cultural, brindar oportunidades de participación y vivir nuevas experiencias significativas, ligadas al bienestar de las nuevas generaciones.

Don Justino, maestro de la marimba, nos decía que el arte y la vida cotidiana no están separados en Santa María.

Los sabedores y sabedoras han percibido que los conocimientos ancestrales aportan a la cohesión de las nuevas generaciones cuando son compartidos, y ayudan a las personas jóvenes a focalizar sus pensamientos y energía de manera positiva y profunda con la vida, pero les preocupa que ante las múltiples informaciones externas, traídas por los medios de comunicación, los intereses cambien y los jóvenes se desconecten del territorio y de la herencia cultural que, más allá de ser expresiones artísticas, fomentan la expresión y canalización de las emociones, fortalecen la confianza personal, incentivan el amor hacia el territorio y arraigan los vínculos con su comunidad negra. Por eso, resulta urgente inaugurar o asegurar un semillero, donde los encuentros sean constantes aunque la Escuela no esté, proyectando conexiones con las tres instituciones educativas que hay dentro de Santa María.

LA ESCUELA HABLA

Adriana Hoyos

Formadora *Amolando sabiduría*
Escuela Cauca Sur
Albania

Cuando se hizo la clausura de la Escuela aquí en Albania, vinieron los papitos e invitamos a los niños a que les contaran sus aprendizajes en torno al suelo, que fue el primer tema que tratamos, y queríamos ver qué les nacía compartir.

Ese día hicimos un recorrido por la finca, explorando con los sentidos y reconociendo el suelo y el lugar que habitamos; en un punto de la caminata llegamos a un sendero de plátanos, donde tenemos muchas variedades sembradas, incluyendo el plátano cebrá, que a ellos les llamó mucho la atención. Entonces le preguntaron a Leider si se podía cortar un racimo, y todos insistían en coro: "que lo corte, que lo corte". Como Leider mantiene con el machete fajado, lo sacó y lo cortaron. La felicidad de esos niños era mucha. Todos me decían "tómeme una foto, profe", "a mí, a mí", "una de todos abrazando el plátano". Uno de los niños decía "profe, écheme ese racimo al hombro que yo estoy acostumbrado, es para impresionar a las chicas". Y esa fue una de las historias que ellos les contaron aquí a sus papás.

Nosotros tenemos catorce variedades de plátano. Hay uno rojo que también se da en África. Son esas pequeñas cosas, que para nosotros pueden pasar desapercibidas, las que se les quedan grabadas a los niños. Eso nos hace pensar que nuestra misión en la Escuela es crear recuerdos, y yo creo que esas vivencias nunca se les van a olvidar a los niños, porque surgieron en colectivo, en lo que va a ser la comunidad futura de esos jóvenes, los jóvenes del futuro, y seguro que lo van a recordar. Eso nos parece una cosa muy hermosa que nos permitió la Escuela, y es una anécdota para nosotros muy especial.



EL CAMINO DE LA EIAPV: UN RÍO DE VOLUNTADES

Sebastián Giraldo



El ejercicio de memoria social de la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes comenzó con una pregunta: ¿cómo narrar una escuela que se hace caminando? No como evaluación ni como informe, sino desde adentro, desde las voces de quienes la sostuvieron, la pensaron y la habitaron en 2025.

La metodología para este proceso de memoria social fue sostener conversaciones colectivas desde las prácticas narrativas, un enfoque que busca generar condiciones para que emerja el relato propio, para editorializarlo como voz colectiva. Su herramienta central es la escucha cruzada: no basta con que cada quien narre su experiencia, importa que las experiencias de unas resuenen en las otras, que en ese encuentro aparezcan metáforas compartidas, sentidos comunes, imágenes que no surgirían en la individualidad. Desde ese lugar, la memoria social es un archivo que teje lo vivido.

Se realizaron conversaciones con coordinadoras, formadoras, productoras, articuladoras territoriales, pares locales y escuelantes. Cada grupo aportó una capa distinta de la experiencia: las coordinadoras nombraron las intenciones y las apuestas base; las formadoras narraron su experiencia en torno a la pedagogía viva y sus tensiones en cada territorio; las productoras, pares locales y articuladoras mostraron lo que implica el sostener las redes y relaciones necesarias para hacer cada Escuela posible, atendiendo a sus retos y a los cansancios sentidos en el proceso; y las escuelantes nos abrieron una ventanita a la cosecha de una Escuela que va a la tierra, a las semillas que germinan cuando los procesos se disponen con generosidad y atención a escuchar lo que emerge del encuentro y la experimentación.

La infografía que surge de este proceso es una imagen que intenta sostener la complejidad de lo conversado sin aplanarla, sin ordenar un solo hilo que nombre una visión particular de

la Escuela. Son las intuiciones, apuestas, preguntas y acciones que la componen. Es la multiplicidad de caminos para llegar a ella, un territorio como pensamiento, un paisaje donde germinan múltiples esperanzas.

En el río que recorre la imagen de extremo a extremo están las voces de las coordinadoras, las apuestas y las intenciones que le dan curso a la escuela. Es lo que nutre, lo que conecta territorios que de otra manera quedarían como puntos aislados en un mapa. El río no describe la escuela desde arriba: la atraviesa, la mueve.

A los lados del río, en la tierra y las montañas, están los lugares que acogieron la Escuela: Vaupés, Catatumbo, Cauca Norte, Sur y Litoral y Chocó. Cada uno con sus propias preguntas, sus propias imágenes. A cada lugar llegó una Escuela para experimentar en las malokas, las montañas, las canchas, las escuelas, en los ríos y el mar como espacios de reconocimiento mutuo para la creación. Porque una de las apuestas fundamentales de la EIAPV fue que cada Escuela eligiera su camino, su ruta de indagación, su propio lenguaje; cada territorio escuchando a su curiosidad. No un currículo único replicado en seis lugares distintos, sino seis Escuelas que comparten una apuesta común y la acuerpan de maneras diferentes.

En Vaupés, una de las preguntas fue por los lugares sagrados y el territorio como pensamiento, pero también surgió allí el reconocimiento a la escucha como forma de cuidado, de acompañamiento entre mujeres que miran el dolor a los ojos y emergió también la curiosidad de jóvenes que alzan la voz, que hacen de la música y el rap una forma de nombrar lo que les importa. En el Catatumbo, se preguntaron por las formas comunitarias de habitar, de hacer propio el lugar que comparten, se preguntaron por el campesino que insiste en la siembra, por el cuidado como transmisión de conocimiento y por la necesidad de desestigmatizar su propia historia. En Nuquí, la Escuela

navegó hacia adentro: cómo hacer del arte algo que los niños sientan que se puede hacer en el litoral, con los materiales del territorio. En el Cauca, las preguntas se abrieron hacia los símbolos, el secreto, el ritual y las formas de entender el cuerpo y el movimiento como parte del territorio; fue un diálogo abierto entre los y las sabedoras, una pregunta constante por la memoria y las prácticas tradicionales que les conectan con la tierra y su comunidad.

Además de las preguntas que acompañan cada Escuela hay indagaciones que fueron emergiendo como cruces o diálogos entre territorios. Las Escuelas de Albania, Santa María de Timbiquí y Nuquí con una apuesta por las niñeces como semillas de esperanza en el territorio, abejitas polinizadoras, o un semillero de cantos tradicionales que sigue aportando al diálogo generacional en cada lugar. Esta pregunta por la escucha a los y las sabedoras y los diálogos con el territorio y las niñeces se hizo presente también en Monte Oscuro con una exploración en torno a la memoria de sus tradiciones y la importancia del ritual y el secreto. Así como en las caminatas para dibujar explorando los lugares sagrados del Vaupés, escuchando a los y las mayores del territorio, reconectando con los cerros y el agradecimiento a la tierra que les sostiene. Los oficios se hicieron presentes en Teorama y en Galíndez, unos haciendo papel artesanal con hoja de coca para reconocer y desestigmatizar el valor de esta planta sagrada, otros con la alfarería para hacer con sus manos un horno que materializó filtros para atender una necesidad comunitaria y recordar su relación con el agua: un acto sencillo para recorrer, sentir y palpar el territorio. Un eje central que tuvieron Río Blanco, Valencia y Santa María de Timbiquí fue el movimiento, la celebración, la danza y la música, que acompañaron el latido de un cuerpo territorio que se va implicando en los símbolos, la memoria, el hábitat y la sabiduría que sigue viva en las prácticas de sus comunidades. Esto tomó un sentido especial en el Hatillo, con su primer Festival Cultural y Ecológico: Hatillo Renace.

Cada una de estas experiencias son el resultado de un proceso de territorialización pedagógica: el reconocimiento de que una escuela de artes no llega con respuestas sino que aprende a preguntar junto con los territorios que la acogen. Las preguntas son el núcleo de cada escuela, la condición de posibilidad de la creación colectiva.

La infografía también condensa imágenes que son metáforas visuales de lo que emergió en las conversaciones. Una vela para navegar preguntas. Semillas sembradas en el mar. Grietas de esperanza en los territorios. Lo que estas metáforas revelan es que la Escuela no se entendió a sí misma como un programa de formación artística, sino como un horizonte de transformación social. No como un servicio entregado, sino como un espacio de encuentro para experimentar formas de habitar, narrar y soñar los territorios. La diferencia no es retórica: pone al centro la escucha como premisa pedagógica, la curiosidad como punto de partida y el reconocimiento mutuo y al territorio como la cosecha más valiosa del proceso de creación.

Este ejercicio de memoria social se propuso narrar ese camino sin homogeneizarlo. La infografía es el resultado de escuchar territorios distintos, roles distintos, experiencias distintas, encontrando la imagen que pudiera sostenerlos sin borrar sus diferencias. El río no unifica: conecta.

Lo que emerge de las conversaciones es que la EIAPV construyó, a lo largo de 2025, algo que no estaba dado desde el inicio: una Escuela que se reconoce en el camino, que encuentra su identidad en el movimiento, en la pregunta, en la escucha. Una Escuela que apostó por ser situada, horizontal y colectiva, y que en ese intento generó resonancias que siguen vivas en los territorios que recorrió.

LA ESCUELA HABLA

Paula Andrea Peña Calderon

Par local

Escuela Cauca Sur

Siento que el tiempo que la Escuela estuvo en los territorios nos permitió, a mí y al equipo con el que trabajamos, acercarnos a realidades que tal vez ya conocíamos, aunque no a fondo.

Algo que siempre me hizo pensar durante este proceso es que la base de la Escuela tiene mucho que ver con la apertura y con la metodología que se propone para acercarse al territorio. Muchas de las actividades comenzaban con preguntas, y esas preguntas eran muy poderosas porque invitaban a pensar la realidad de cada lugar.

Por ejemplo, en el Patía, surgió la pregunta sobre el acceso al agua potable; en Albania, apareció la reflexión sobre cómo defender el territorio desde los procesos que ya vienen desarrollando las comunidades campesinas; en Valencia, nos preguntábamos si era posible convertir las aulas de clase en espacios vivos y si el territorio podía entrar en las aulas; y, en Rioblanco, nos interrogábamos sobre el modo en que la tradición puede transformarse sin perder el arraigo que tiene en prácticas como la danza.

Estas preguntas permitieron acercarnos mucho más a los procesos del territorio y también crear vínculos con las personas. Poco a poco, se fue tejiendo una red de afectos que fue muy importante para poder trabajar juntos.

Queríamos hacer una toma aérea con un dron, en la que un grupo de personas realizara una danza que representara una simbología propia del pueblo. Pero la comunicación con la comunidad no era fácil. No sabíamos cómo lograr esa convocatoria. Entonces, se nos ocurrió una idea: usar la emisora comunitaria del pueblo. En Rioblanco hay un programa radial que empieza a las cinco y media de la mañana y prácticamente todo el mundo lo escucha. Así que decidimos hacer una cuña radial para invitar a la comunidad y contar lo que estábamos haciendo con la Escuela.

Ese día fue muy especial.

Al principio, no teníamos muy claro cuál era exactamente el papel del articulador territorial y cuál era el mío como par local. Hubo momentos en los que compartíamos un lugar muy parecido dentro del proceso: un espacio de reflexión, de acompañamiento y de hacer.

Con el tiempo, fui entendiendo que tal vez una de las diferencias tenía que ver con la posibilidad de establecer otro tipo de comunicación con los formadores. Muchas veces era necesario explicar por qué algunas metodologías que se habían propuesto inicialmente no funcionaban del todo en los territorios. No era porque estuvieran mal pensadas, sino porque las condiciones del territorio y las realidades de las personas con las que trabajábamos eran muy particulares.

Por ejemplo, en esa zona del Cauca hay situaciones muy fuertes que atraviesan la vida cotidiana de las comuni-

dades. El reclutamiento de menores es una realidad muy presente, y también lo es el tema del acceso al agua potable. En lugares como el Patía, incluso, hay historias muy duras relacionadas con el río, con el duelo que ha tenido que vivir la comunidad al encontrar allí los cuerpos de jóvenes que hacían parte del territorio.

En medio de ese contexto, muchas veces las personas estaban atravesando procesos de duelo muy profundos. Y en esos momentos uno se daba cuenta de que no era posible pedirles que respondieran a ciertas dinámicas o actividades cuando había algo mucho más importante que necesitaba ser escuchado: el dolor, el silencio, la memoria de lo que había pasado.

Ahi fue cuando entendí que parte de mi papel como par local era poder argumentar por qué algunas metodologías no funcionaban tal como estaban planteadas. No era un problema de la metodología en sí, sino de que todo estaba condicionado por lo que estaba ocurriendo en los territorios y por las experiencias que estaban viviendo las personas con las que trabajábamos.

Recuerdo mucho un momento cuando llegamos a ver el río Patía. En ese momento estaba muy presente la noticia de que el río estaba muriendo. Cada vez que uno se detiene frente a un río, inevitablemente empieza a preguntarse qué tuvo que pasar para que algo así ocurra, para que un río, que ha sido fuente de vida para tantas comunidades, llegue a ese punto.

Si hay algo que sentí que unía a muchas de las Escuelas era, precisamente, la lucha por el agua. Ese era un tema que aparecía una y otra vez en los territorios. Y en ese mismo río ocurrió algo muy especial: Andrés volvió a cantarle al río, como una forma de convocar nuevamente



a la gente, de recordar lo que significa ese lugar para la comunidad.

Por eso, me quedo con la imagen del paisaje y con las transformaciones que ha sufrido el territorio. Hay algo muy doloroso en ver cómo un río puede desaparecer o deteriorarse hasta el punto de casi no existir. Pero, al mismo tiempo, hay una fuerza en saber que las personas siguen luchando por él, incluso cuando lo que queda es, en gran parte, lo que guarda la memoria.

Seguir haciéndonos estas preguntas abre otros caminos posibles para imaginar qué podemos hacer frente a estas realidades.

Al mismo tiempo, también hay algo triste en todo esto. En momentos tan difíciles como los que viven muchos territorios, las apuestas por el arte, por las tradiciones y por las expresiones culturales a veces quedan relegadas, porque lo urgente parece ser otra cosa. Sin embargo, también siento que justamente esas prácticas —el arte, la memoria, las tradiciones— son las que siguen dando sentido a las identidades y a las luchas de las comunidades.

PENSO RRIQUEAR AMASANDO CORRIDEZ

Maria Dolores Grueso



Jóvenes y jóvenes de todas las edades:

La maestra Lola Grueso, de nombre María Dolores, es hija de Gerardina, cantaora del Patía, y de un señor muy formal llamado José María. Hace cuarenta y cinco años, ella inventó sin remedo una propuesta escolar que ha implementado sin miedo. Dos Ríos es el nombre de su institución educativa, donde ella fue juntando su importante comitiva: maestros, estudiantes, egresados, padres y madres, compinches, técnicos y administrativos para que tuvieran parte en el proceso formativo. Su propuesta se conoce como Pedagogía de la Corridez, un modo de educar personas con alegría y solidez. Los niños aprenden las cosas que se enseñan en la escuela, pero el modo de aprenderlas no es en el duermevela del estudiante aburrido que se sienta en el pupitre de 7 hasta el mediodía, sino estudiando el contexto al son del tambor, del canto y la poesía. El alumno, compartiendo, va aprendiendo de la experiencia sentida de las bibliotecas vivas, que son sus mayores, mayores y gente de mucha valía transmitiendo su saber ancestral y su rebeldía. Y es que la maestra Lola siempre ha estado bien corrida, recorriendo territorios del gran valle del Patía y mucho más allá. La maestra es poeta de frase ingeniosa y escueta, su tema no es solo escolar, su tema es la escuetería y su gusto el pensorriqueo, la riqueza de un pensar que nunca ha sido maniqueo. Aquí ustedes van a leerla, contándonos la experiencia de la Escuela Itinerante, este programa errante que llegó a Galíndez, su tierra, en compañía de artistas queriendo amasar la tierra; así, con tierra y con barro, produjeron utensilios y desempolvaron saberes que, aunque son vitalicios, estaban medio olvidados pero fueron resurgiendo en forma de filtros de agua, ollas, vasijas y platos, muchos objetos creados como obras de alfarería. Como esta historia no es mía, la introducción aquí para; dejemos que Lola nos cuente su vida, que enseña y repara.

¡Hola! ¿Qué tal?

Para ti y para ustedes:

amor, suerte, salud y bienestar,

bendiciones del Creador.

Ojeadas a este proyecto,

mecido en un lugar espectacular.

El sagrado, majestuoso y sugestivo valle del Patía —como lo he nombrado a través del tiempo en mi Pedagogía de la Corridez— es mi tierra, pero también la suya, la de usted, la de ustedes y la de quienes gustan visitarla, la conocen, la disfrutan, la sienten como propia y nos ayudan a salvaguardarla.

Ese es nuestro y vuestro territorio. Un espacio pintoresco del suroccidente colombiano, en el Cauca austral, en las estribaciones del imponente Macizo Colombiano, en donde Adonai Supremo y mis diosas y dioses africanos se detuvieron para pintarlo con excepcional e incalculable chusqueza que extasió el alma, sacude el espíritu con emociones tan profundas y riquitas que nos transportan a otra dimensión, donde el tiempo extasiado parece detenerse para observar, donde tal lindura reconforta, trae paz y júbilo, desvaneciendo los sinsabores que aparecen en la vida, pues así es ella, y sería irreal sin flores y espinas, cicatrices y cirugías.

Dios y nuestros orishas nombraron como guardianes del valle a los cerros de Lerma y Manzanillo, les pusieron a las cordilleras Central y Occidental la misión de surcarlo, custodiarlo y ser siempre para ellos casa, hogar, muralla y libertad.

Este sitio es precioso. También lo son sus moradores y moradoras. Pregúntenles a quienes han venido cómo les ha ido. ¿Se han atrevido a caminarlo, balsear, internarse en los bosques y bosquecillos, zambullirse en las cálidas aguas de los turbulentos ríos y cabalgar en su historia, su tiempo, su literatura, su

filosofía, su ética de vida, su geografía, su labranza, su belleza y su grandeza?

Aquí las comunidades negras han ido dejando los hilos de su devenir en cuentos, mitos y leyendas que, a través de la oralidad, con la magia de cuenteros, cuenteras, cantaoras, contaos, juglares, sonos, y orquestas, chichigüeros y chichigüeras narran y no dejan morir la cultura ni la tradición. Otros y otras que aun en el silencio se expresan, porque la mudez y la palabra son también supervivencia.

Aquí, la riqueza está representada en la espiritualidad, en su paisaje, en su fauna silvestre y en su flora; en la lindeza del cielo americano, amplio, de portones anchos y puertas abiertas; ese espacio, en viringuez o con galas, oscuro, estrellado o arrebolado que suele teñirse de nubes grises, negras o de múltiples colores. Las bandadas de aves cruzan el horizonte, los gallos cantan, las ranas croan, las chicharras estridulan, los pajaritos entonan bellas melodías, el ganado pasta, los caballos corren y relinchan, se cree que los duendes su crin entrelazan, los vaqueros silban y el perrero con su voz pone orden y advierte. Los bambucos patianos, cuyos ecos se los lleva el viento en su silbar, repican, alegran el alma y nos invitan a bailar y a recordar todas las historias que abuelos y abuelas cuentan y no dejan fenecer ni pasar, aquellas anécdotas son frutos del actuar y ningún ventarrón, por fuerte que sea, las puede desbaratar.

Al oriente, el sol de los venados retarda la caída del ocaso, las gentes en un incesante vaivén vienen y van... Playa, vega y ribera salen y regresan, tejen sus sueños aspirando las aromas de iguás, samanes, árboles del pan, cañafístolos, guácimos, guaya-canes, cacaotales, romeros, romerillos y alisos, junto a la aroma del barro cuando los ríos crecen.

Les esperan el sandial, los playones, el pural, el picapical, el mangal, el piñuelal y, en medio de la ruciez que trae la virazón

que acelera el corazón, se gozan: la chispinia que los besa, la lluvia que se convierte en tambarria y les abraza con su abrazo interminable; gotas se convierten en tambores cuando de zinc se trata, otras enamoran la hojarasca y un sinnúmero se confunden y se diluyen con los cuerpos de agua. Son la fuerza trabajadora que, bajo el cenit de fuego o la noche alumbrada por los rayos plateados de la luna, se mira y se siente, mantiene la firmeza, no se arrepiente, expresa gran amor que siempre está presente, allí enfrenta la vida con suprema valentía, como guardas de esta tierra que los vio a la mayoría nacer, crecer y quizá los verá expirar y en su seno descansar, en este territorio que ha sufrido múltiples transgresiones y transformaciones en el tiempo, pero nos grita día a día el vivir en armonía, disfrutando y cuidando el entorno que nos fue entregado pa que sea protegido.



¿Cómo vamos?

*Una muy bella historia
les quiero hoy relatar
para poner sobre la mesa
los aprendizajes que pudimos coleccionar.
Eider Yangana a este territorio quería viajar,
porque a Andrés Caicedo Oliveros,
pintor, escultor y maestro,
y a Lola, la maestra corrida
nos quiso reunir y expresar
que venía a proponernos un proyecto:
que le gustaría que aquí
se pudiese con éxito rodar
porque tenía la certeza
que nos podría, con firmeza, agradar
y que en esta pedagogía corrida
lo pudiésemos apropiarnos.
Que llevaba vivo el recuerdo
de lo que en Cauca Contemporánea
pudo él mismo vivir
y que pensó en este valle
para soñar, aprender, enseñar
y hacer interculturalidad.
Que esas siembras valiosas
sólo se podían lograr
no desde el escritorio,
sino al interactuar
con la gente del territorio,
testigos fieles de su caminar.
Son quienes residen, conocen
y pueden orientar y acompañar
para que el proyecto tenga eco
y haga a la gente de aquí
hechizar, recordar y enamorar
descubriendo que, quizá,
el saber no estaba perdido,
simplemente soñoliento*

*y se podría despertar.
Se trataba de volver al barro
que es un bien natural
y sé que aquí en Patía
ha sido arte fuerte,
esencial para la comunidad.
El maestro y la maestra
supieron interpretar el anhelo
de este hombre indígena
que con las comunidades negras
quería dialogar, crecer y andar.
Entonces, agradecidos
le pudimos manifestar
que esta comunicación explícita
a los grupos organizados
muy pronto íbamos a comentar.
La conexión se hizo
y en el barrio Primero de Mayo
se escogió el sitio para vivir
con Andrés a la cabeza,
tenaz este formador local.
La comunidad emprendiendo
y el rancho se pudo levantar,
la Casa del Horno, se le puso,
para la maravillosa idea
poner en movilidad.
Amasando corridez fue el nombre
escogido con identidad,
habla de la pedagogía corrida,
un canto a la libertad
de la Pedagogía de la Corridez
nacida en esta comunidad
para sus hijas e hijos.
Casi toda esta colectividad
es de una compinchería total
y nutriendo las corrideces de Lola
se compincharon para soñar y crear.
Han dedicado compromiso,
tiempo y esfuerzo*

para que los sueños compartidos
 sean fuego, juego y realidad
 y que el equipo MEPTC Dos Ríos
 celebre sus triunfos
 por toda una eternidad.
 Los ríos, playas y vegas
 serían lugares de encuentro
 para poder pensorrriquear
 y, haciéndonos dolientes,
 fuese posible pensobavatarmar.
 La iniciativa se puso en marcha
 y brilló en compromiso, sin par,
 Eider presentó su gran equipo
 y este proyecto se echó a rodar.
 Desde la heladez de Duitama,
 por allá en Boyacá,
 a Edwin Gabriel Avella Faura
 pudo Eider conquistar
 y así llegó este maestro
 joven y experto, brillante
 por su saber y su humildad
 que a este valle de fuego
 resiliente se vino a enseñar,
 a vivir una experiencia
 para siempre recordar
 y a descubrir los tesoros
 presentes en esta comunidad.
 Se trata de unas bibliotecas vivas,
 cofres del saber ancestral
 que darían fe del barro
 pal alfarero moldear.
 Somos descendientes de África,
 nuestra patria inmortal
 herencia de cimarrones, cimarronas
 esgrimistas, palenqueros y palenqueras,
 dinastía de gran astucia
 para la vida afrontar, recrear y salvar.
 A mediados del siglo dieciséis,
 esclavizados llegaron

para trabajar sin parar.
 Con tierna verraquera soportaron,
 ni los amos ni las amas
 los pudieron alocar.
 La sagacidad fue clave
 para sobrevivir y no declinar,
 hicieron de la vida una danza
 para poder las vejaciones aguantar
 y de la oralidad, la fuente
 pal legado preservar y traspasar
 a las generaciones presentes
 y a las que están por llegar,
 para que la etnia negra viva
 y viva en inmortalidad.

• • •

Del suelo al barro, al vitiviti que embarra y al cielo
 Este proyecto fue lindo
 y se pudo incorporar
 gente de todas las edades,
 por eso fue intergeneracional.

• • •

Brillaron las bibliotecas vivas
 porque nos pudieron mostrar
 las huellas de un pasado
 que el barro les ayudó a recordar,
 y así mismo recordaron
 a esas grandes maestras
 que con su alfarería
 pudieron bien levantar
 a su prole, a otras y otros,
 y más en particular.

• • •

*Nos contaron que el barro
era importante e ideal,
una gran materia prima
rica en versatilidad
porque con él, para el arte
sólo había que pensar,
mirar qué utilidad prestaba
y manos a pininear.*

• • •

*Entonces las mayores
enseñaban a modelar
y una historia bella y digna
se empezaba a gestar:
esculturas, adornos, utensilios
se enseñaba a fabricar
para no olvidar la historia,
la voz, el rostro y el rastro
de una artesana, abuela o mamá
que hacía del arte su amigo
pa sus hijos e hijas impulsar
y que el bolsillo nunca
se les fuera a asear.*

• • •

*Que el sustento diario
no fuera a faltar
y el desarrollo económico
no se fuese a parar,
pa mejorar los ingresos
que necesita el hogar
y la imaginación creativa
se pudiera echar a volar.*

• • •

*Que la autogobernanza
no nos vaya a fallar
porque de ella depende
la identidad cultural.
Que al desarrollo local
podamos verlo llegar
y proyectos productivos
el barro logre inspirar
guardando nuestros estilos
y secretos del pasado,
innovando y avanzando
para que la calidad de vida
logremos aquí mejorar
y pa que el acervo vivo
de todo el continente negro
no vayamos a olvidar.*

• • •

*Pa preparar a la gente
que nos va a reemplazar,
porque el traspaso es a tiempo
y no en la sala de espera
que lleva hacia el más allá,
porque no somos semillas
nos toca sí o sí viajar.
Del barro estamos hechos
y a él debemos regresar.
Entonces, cuando partamos,
si bien plantado quedó
el legado, se guarda y recuerda
que la riqueza se lleva,
que hay que potenciar el don
y que el saber muy adentro
debe estar siempre en acción
porque es un regalazo,
fuente de paz y protección.*

• • •

*El viajero o viajera
al que Elohim va llamando:
vilú vilú, es que se irá
y aquel que en el suelo queda
pilín pilín estará
si aprendió de aquel o aquella
a quien Dios al cielo llevó,
si aprendió de aquel o aquella
que ser del barro artesano, o artesana,
no es vergüenza jamás.
Ser alfarero, alfarera
¡mozo, moza, mi gente!
es orgullo pal que se queda o se va,
es un ejercicio pleno
que eterniza y da felicidad.*

• • •

*Las Escuelas construidas
podrán por siempre continuar
si su esencia está en la gente,
potente, pa pensobavatarmar;
reconocen en el otro y otra
un cofre sabio pa apropiar,
validando la grandeza
en el campo y la urbanidad,
en la gente común y corriente
y en esa extraordinaria
con la que hasta ese momento
no se habían codeado jamás.
El Minculturas sigue recorriendo
la Colombia no conocida jamás,
descubriendo compromisos,
equipos y talentos
pa una educación de calidad
y, al permanecer atentos,
cosechar vida con dignidad.*



Soy la creadora de la Pedagogía de la Corridez, que es un canto a la escuetería, es decir, la libertad que nos permite desarrollar formas de ser y hacer personas, familias, maestros, maestras, escuelas y comunidad en el marco de un trabajo en equipo. Esta pedagogía se ha ido nutriendo y configurando con el paso de los años, multiplicada en las voces del equipo MEPTC —los maestros, estudiantes, egresados, padres y madres de familia, compinches y personal técnico-administrativo de la Institución Educativa Dos Ríos— que levantan con respeto su voz para manifestarse. Esta pedagogía se nutre igualmente de los rostros con sus diferentes identidades, de los rastros tejiendo a la par, del calor con su sabor, color y valor, de quienes ponen a la brisa el pecho, el hombro, la espalda, la cabeza, la nuca, la mano, el cuadril y que, con su capacidad de empuje, ayudan a cargar el proceso, dejando vestigios indelebles porque se han convertido en dolientes, piezas claves, bejucos y batatillas fuertes; hombres pantalonudos de cañaña y mujeres con la cabeza bien puesta, con fuerza espiritual y la falda bien fajada que compar-ten el pensorrhiqueo para visionar la puesta de la camiseta, la participación en el vitivitaje, el vatajueleo y la conquista alcanzada con propósito.

En esta propuesta, el trabajo en equipo juega un papel muy importante, pues nos permite conseguir mayores, mejores y más finos logros. El brillo de cada quien se tiene en cuenta, vale mucho, la cohesión es más fuerte y hace el camino más fácil, la carga menos pesada, el logro más sentido, la solidaridad encaja y el producto es calidoso y relucientísimo.

Así como el pensamiento crítico y la autonomía son fundamentales, nos reinventamos la vida para continuar, no solo existiendo sino viviendo, procurando que nuestra cultura no se vaya a diluir en otra y se extermine, creyendo en las posibilidades de salir adelante aprovechando los talentos que Dios ha dado, las bondades del contexto, escarbando con las uñas sin desmayar, sin perder el camino, con la esperanza y la fe viva de

contar con personas como Andrés, que se puso el sombrero y el poncho al hombro y la ropa de vitivitar, y con otras como Eider, Gabriel, Daniela, Paula y Jhonny, que sin medir riesgo se vinieron a caminar, escudriñar y encontrar este mágico territorio donde viven unos carinegros, carinegras, caribayos, caribayas y otros tintes con corazón dorado y una riqueza espiritual y cultural mucho más valiosa que la material que se queda y se extingue; esa gente, que también es gente, no vive en la capital sino en la hechizante realidad del campo de este bello país, entre valles, faldas, lomas y ríos, que cuainas mueren por el deterioro ambiental, pero que felices y resilientes se desplazan para abrazarse con el litoral.

Es esta la gente de una dinastía que ha surgido en Galíndez, desarrollando procesos vinculados a la IE Dos Ríos: Banda de Tarros, Consejos Educativos en Salud “Raíces en mi Escuela” (CES-RAMIES), proyectos de agroturismo y, por supuesto, Pedagogía de la Corridez. Todos crecidos y crecidas en entornos tiernos, riquitos, saludables, no de acidez, a quienes el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes apoya hoy con el proyecto *Amasando corridez*.

Yo, Lola, la maestra corrida, aspiro a que el Estado siga haciendo presencia una y otra vez, y a que, al preguntarles si son felices con esta propuesta, respondan afirmativamente: así es.

En este espacio tan enriquecedor ha hecho presencia esta pedagogía etnoeducativa, dueña de una cultura propia y presente en los gestos, gritos y apuestas de todo un equipo para aprender de la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales la metodología con la que se desarrollarán los talleres para la enseñanza, aprendizaje y trascendencia; de igual manera, se han puesto en juego las estrategias de relacionamiento familiar, escolar y comunitario.

La idea, compañeros y compañeras, es y ha sido siempre valorar los saberes ancestrales que están presentes en las bibliotecas vivas que anidan en la memoria, una práctica que conecta la tierra con su historia y con el aprendizaje participativo que permite transformar la realidad, emprender —es decir, prender en el corazón, en la mente y en las manos— y empoderar —ejercer el poder, no para moler a los demás, sino para crecer— de manera individual y en equipo, poniendo en acción el proyecto etnoeducativo, afrointercultural y territorial, compartiendo y aceptando otras voces, colores, identidades y cosmovisiones, focalizados en un territorio en el que se mueve un entramado de procesos y convergen otras culturas.

Pienso emocionada que, en estos territorios donde la presencia del Estado ha sido muy poca, la misma necesidad nos ha llevado a enfrentar la realidad como se presenta y a desarrollar la imaginación y la creatividad. Así nació la Pedagogía de la Corridez, una pedagogía que no se cansa, no se queja, no se embestializa y resuelve. Es fruto de la carestía, es decir de la necesidad, y habla de resolver, algo que es vital para la enseñanza y el aprendizaje.



Pedagogía de la Corridez

*Hay quienes dicen que les dan miedo
las ideas que echo a rodar.
Se sorprenden, se inquietan
por esta propuesta
de magias, enigmas, audacia y libertad.
Hay afectos compartidos,
se vive en confraternidad,
hay estilo saludable,
se goza de solidaridad;
se mantiene el compinchaje
para sueños aterrizar,
no hay celos, egoísmo, envidias
ni afán de protagonismo,
sino que todos y todas
hacemos la gobernabilidad;
a nadie se cortan las alas
pa que pueda el vuelo alzar,
al contrario, se dan pistas
pal el éxito en el volar
y que al vivir uno o mil virajes
pueda visionar, aterrizar, triunfar
y volverse a encumbrar.*

*A todo mi equipo lo admiro y valoro,
 no es chichigua, es verdad,
 hemos compartido dichas
 y también la adversidad;
 mis respetos a ellos y a ellas
 por hacer artesanías de paz;
 son piezas claves, sin óxido,
 hebras e hilos fuertes,
 bejucos y batatillas finas
 hilando, tejiendo,
 amarrando y jalonando
 una pedagogía de amor,
 compromiso y tenacidad
 que gesta Lola por ingenio,
 autonomía y libertad;
 está en los bordes, no centrada,
 asumiendo la normatividad
 donde el arte de saber enseñar
 la etnocultura, la madre naturaleza,
 la buena actitud y otros procesos
 suman con positividad.
 Deseo que permanezcamos siempre
 visionando, misionando, trabajando,
 creciendo juntos y juntas,
 dando ejemplo, comunicándonos,
 evaluándonos con afecto,
 con respeto y equidad,
 con el compromiso latente
 y diciéndonos de frente la verdad.
 que viva la IE Dos Ríos Galíndez,
 escuela preciosa y con cultura propia
 que le da su identidad.*

• • •

*Sencillamente Lola
 Soy cultora, madre, maestra,
 de hacha y machete soy,
 lideresa con amor y dedicación,
 pedagoga de profesión,
 amo esa vocación.
 Vida y muerte son ejes
 para impartir formación.
 Amigos, amigas, compañeros,
 compañeras y compinches,
 con ustedes voy y estoy,
 pa ustedes mi mejor intención.
 Esta es la historia de mi vida,
 mi familia, mi institución,
 mi comunidad, mi Patía, mi Cauca
 que les cuento hasta hoy.
 Soy patiana, pero de cepa,
 se los cuento...
 con brujos, violines, cununo y tambor.
 La patianidad la siento, la vivo
 con clase y con todo mi amor.
 Llevo el África en la sangre,
 la cultura en el corazón;
 soy magia, Corridez, desafío y energía,
 arte, danza, poema y canción.
 Lola, en la sencillez
 y en la complejidad de la vida,
 en la pila bautismal,
 María Dolores me pusieron
 mi padre, José María
 y mi madre, Gerardina,
 maestra y cantaora del Patía.
 Liderando procesos soy firme,
 en la cancagua, en el vitiviti y en el agua.
 Inspirada por Elohim y por mis orishas.
 Soy Kisaí Solmarlis,
 como mujer construyo buenezas,
 no conozco la pereza;
 como madre,*

*una parábola de muerte y vida
 en el sagrado, majestuoso
 y sugestivo valle del Patía;
 como amiga, cumbamberra:
 respeto, admiro y valoro a todo el mundo,
 especialmente a la compinchería corrida;
 como hechura divina, me siento bendecida
 y, al igual que ustedes, he reído y he llorado,
 he gozado y he sufrido,
 pero Adonai supremo
 y mis deidades africanas
 son mi eterna compañía.
 Como maestra, soy corrida,
 lo fui ayer, aún lo soy,
 y si los y las de arriba me permiten
 lo seguiré siendo en esta y la otra vida.*

Un abrazo infinito de puro sol patiano.

Glosario

asear: “Estar aseado” significa que no se tiene plata. La abuela de la maestra Lola solía decirle que “el aseo no es bueno en el bolsillo”, como si el dinero fuera una suciedad necesaria y deseable.

brujo: Instrumento de cuatro cuerdas pulsadas, de origen africano, usado en comunidades cimarronas y palenqueras e incorporado durante la época colonial a la orquesta de violines caucanos. Cuenta la maestra Lola que el brujo producía una melodía sobrenatural que llenaba de espanto a los españoles y por eso su tenencia e interpretación fueron castigadas por la iglesia. La maestra afirma que este momento histórico es conocido en el Cauca como “la época encantada” y que los intérpretes de este instrumento pactaban con el diablo a cambio de fama, fortuna y mujeres.

calidoso: De gran calidad.

cancagua: Piedra dura y fina que se emplea en la construcción de edificios y de la que también se hacen hornos y braseros.

caribayo: Persona de tez muy blanca o muy clara.

chichigüero: La maestra Lola nos dice que es “alguien dicharachero y festivo, artesano de la vida y de carácter muy desenfadado”. El chichigüero y la chichigüera mantienen vivas la tradición y la cultura patiana.

chispinia: Llovizna.

churo: Remolino muy fuerte de viento y arena.

chusqueza: Belleza.

corridez: En distintas regiones de Colombia se usan los términos “corrido” y “corridez” para señalar al loco, al extravagante o estrafalario, y a aquello que no resulta convencional. En la década de los 80, el término designaba aquello que era moderno y que desafiaba las costumbres y maneras sociales. El maestro Adolfo Albán Achinte nos dice que “lo corrido es lo descenrado, lo que no va cumpliendo de manera estricta las disposiciones, sino que se da la libertad de crear, innovar, coger otros caminos siempre apuntando a alcanzar las metas y los resultados que nos proponemos”. La maestra Lola afirma que “la pedagogía de la corridez

está en los bordes y no centrada asumiendo la normatividad; es decir que la normatividad la asumimos, no estamos por fuera de la norma haciendo lo que nos da la gana, sino que a nosotros, son las estrategias metodológicas lo que nos hace diferentes”.

cuaina: Casi.

cumbambero: Amigo inseparable.

escuetería: En el Patía caucano, se usa como sinónimo de libertad. Parece derivarse de “escueto”, un adjetivo que designa un terreno sin cercas ni cerramientos. Así, la escuetería estaría relacionada con la capacidad o el deseo de no verse limitado por cercas, compartimientos ni muros para poder andar al propio aire.

jóvena: En lugar de “jovencita”, la maestra Lola acuñó ese término para referirse a la mujer joven.

mangal: Área sembrada con árboles de mango.

patianidad: Identidad del ser patiano o patiana.

pensorriquear: Pensar rico y en grande.

pensobavatar: Pensorriquear, vatajuelear, ponerse la bata con voluntad y propósito. Construir o materializar las ideas.

picapical: Zona enmontada en la que crece la mata de pica pica. Dos plantas distintas reciben este nombre, y ambas crecen en Colombia. La primera (*Mucuna pruriens*), que es la mencionada por Lola, es un bejuco de la familia de las fabáceas, también conocida como ojo de venado o frijol negro; tiene muchos usos medicinales, especialmente en el tratamiento de trastornos nerviosos, impotencia masculina e hipertensión. La segunda (*Urena baccifera*), es una hierba o arbusto herbáceo, también llamada pringamosa. Tiene distintos usos en la medicina tradicional, donde se prescribe para reducir la fiebre, la inflamación y el dolor reumático. También es fundamental para los ciclos de regeneración del suelo. Ambas son urticantes. ¡Cuidadito ahí!

pilín: Al tope, rebozado.

pininear: Pararse con firmeza manteniendo el equilibrio.

piñuelal: Área llena de plantas de piñuela (*Bromelia pinguin*), una

bromeliácea que crece en el Patía caucano y produce una pequeña fruta de sabor dulce y ácido, muy apreciada por su gusto y sus propiedades medicinales.

purál: Bosquecillo de puro o totumo (*Crescentia cujete*).

tambarria: Lluvia torrencial. También puede referirse al jolgorio y la parranda.

vatajueleo: Lucha, batalla imparable.

vilú vilú: Sin nada, vacío.

virazón: Según el Diccionario de la Real Academia Española, la virazón es “el viento que en las costas sopla de la parte del mar durante el día, alternando con el terral, que sopla de noche, y sucediéndose ambos con bastante regularidad en todo el curso del año, mientras no hay temporal”. Dice también que puede referirse a un “cambio repentino de viento” o a un “viraje repentino en las ideas, en la conducta, etcétera”. La maestra Lola la define como “lluvia con viento y tempestad”.
vitiviti: Vocablo de ancestro afri-cano que se usaba en la costa norte de Colombia como recurso figurado para referirse a la comi-

da, pues así era llamada una mazamorra de maíz fermentado. Por esa consistencia de la mazamorra, pasó a usarse como indicador de que una preparación no había quedado con la consistencia ideal. En el Patía caucano se usa como sinónimo de “barrizal”, y la maestra Lola lo incorpora aquí para referirse al trabajo físico colectivo en el que los participantes se ensucian o embarran durante el proceso. En ese sentido, la palabra se relaciona con la noción de “minga”, originalmente usada por las comunidades indígenas y posteriormente extendida al terreno del trabajo colectivo y las luchas sociales.

vitivitiar: Para la maestra Lola, se refiere a “trabajar en equipo, minguear”.

LA ESCUELA HABLA

Jean Lucumí

Formador *Caminando con mis ancestros*

Escuela Cauca Norte – Litoral

Santa María de Timbiquí

En Santa María me pasó algo muy especial, y fue que la Escuela, más allá de hacer cosas con las manos, se desarrolló como un espacio para el juego y la diversión, que era algo que los jóvenes pedían abiertamente durante las sesiones. No era un espacio con una jerarquía en la que uno es el profesor y al profesor se le escucha, donde el profesor entrega los materiales y tiene la última palabra, sino que comenzó a volverse un espacio colectivo de creación y pensamiento alrededor de cosas que a todos nos llamaban la atención. Comencé a ver que los formadores asumían el desaprender mientras aprendían, porque muchos terminaron reconociendo que ese modelo de educación que ellos aprendieron, donde el adulto es el que impone su saber, ya no funciona y es en la capacidad de comunicarse con las generaciones que vienen detrás de ellos, con las jóvenes, con los niños, con las niñas, donde hay mucho potencial. Lo que comenzó a darse en la Escuela fue un proceso de acompañamiento en el que buscábamos lograr algo juntos, incluso si pensábamos lo contrario.

Nos interesa que el relevo generacional de saberes ancestrales que son importantes para la comunidad se dé, aun si la Escuela no está. Vamos a pensarnos un cronograma de actividades para poder continuar esto que empezamos aquí, para que podamos adelantar un proceso de acompañamiento con los jóvenes y así ir pensando en cómo lo hacemos viable y sostenible en el tiempo, y que sea la comunidad la que abraza este proceso.

LA ESCUELA HABLA

Ludis Zúñiga

Productora territorial *Objetos para recordar el futuro*
Escuela Chocó
Nuquí

Es muy importante que los niños entiendan que se puede hacer arte con los recursos del medio ambiente. Para ellos, cuando se hablaba de arte, era un tipo de arte de afuera, y no lo relacionaban con lo que hay acá, en el territorio. Entonces, fue bueno que ellos entendieran que el arte abarca muchos ámbitos, pero que también se puede hacer con los recursos locales.

En el primer encuentro que tuvimos, donde a ellos se les habló de arte y se les hicieron preguntas acerca de lo que entendían por arte, la respuesta que ellos dieron fue que el arte era, sobre todo, pintar y dibujar, pero ninguno pensaba que el arte tuviera algo que ver con su región.

En ese mismo encuentro, ya hacia el final, vieron un video en el que un niño en el Congo empuja una llanta por una montaña empinada para después meterse en ella y bajar rodando a toda velocidad. Entonces entendieron que, con esa llanta que aparentemente era basura, podía hacerse arte. A partir de allí, les dijimos que miraran qué crea-

tividad veían ellos cotidianamente, en sus quehaceres y en sus casas. De ahí salieron muchas ideas.

Para mí, el papel de las personas que estamos en territorio es indispensable en este tipo de procesos. Muchas veces, durante la implementación de los proyectos, aparecen dificultades o situaciones que solo quienes vivimos y trabajamos aquí conocemos bien.

Por ejemplo, en Nuquí, por ser costa del Pacífico, hay algo que influye en casi todas las actividades: las mareas. A veces, desde afuera se planea una actividad para cierto día y a cierta hora, pero cuando llega el momento, uno tiene que explicar que aquí las cosas no funcionan así, que muchas veces todo depende de cómo esté la marea.

Por eso es muy importante que las personas del territorio sean tenidas en cuenta desde el momento en que se formulan las ideas y se diseñan los proyectos. A veces, llegan propuestas pensadas desde otros lugares, que no necesariamente se ajustan a las dinámicas del territorio o a las edades de los niños y jóvenes con los que trabajamos. Entonces, cuando el proyecto ya está en marcha, empiezan a aparecer retrasos o inconvenientes que podrían haberse evitado si hubiéramos podido conversar sobre esas condiciones desde el principio. Insisto entonces en que el papel de quienes estamos en territorio no solo es importante en la ejecución, sino también desde la planificación de las actividades.

Siento que fue un proyecto muy bueno, aunque también pienso que se pudo haber aprovechado un poco más. En lugares como Nuquí, es importante tener en cuenta las temporadas del territorio. Al final del año, por ejemplo, llegan muchos proyectos del Ministerio y de distintas ONGs, y además es una época turística. El pueblo se llena

de actividades y proyectos al mismo tiempo y, en ese contexto, incluso reunir un grupo de niños para participar puede convertirse en un desafío. Por eso creo que sería importante considerar mejor esas fechas al momento de planificar los procesos.

También siento que el tiempo del proyecto pudo haberse extendido un poco más. Aun así, algo que me gustó mucho de la Escuela fue la manera en que logró integrar lo cultural con lo moderno. Hoy en día, muchos niños están perdiendo el interés por el territorio, por las costumbres y por las tradiciones. Entonces me pareció muy valioso mostrarles que ese conocimiento tradicional también puede dialogar con el mundo actual. La tecnología está aquí para quedarse, y la idea no es ignorarla, sino pensar cómo se puede integrar con los saberes del territorio.

Gracias a la Escuela, los niños pudieron vivir experiencias muy significativas. Por ejemplo, tuvieron clases de buceo y pudieron ver cómo el arte puede transformar historias que antes estuvieron marcadas por la tristeza. Visitamos un corregimiento donde están las ruinas de un pueblo que alguna vez existió, pero que desapareció por los estragos de la naturaleza. Allí, los niños pudieron ver cómo ese lugar hoy se está resignificando a través del arte y del turismo, y cómo su historia puede contarse a quienes visitan el territorio.

En ese sentido, aunque la Escuela fue corta en tiempo, siento que fue muy completa. Los niños vivieron experiencias muy profundas y estoy segura de que muchos de ellos las recordarán durante toda su vida.



SEMILLEROS QUE NUTREN LAS PEDAGOGÍAS DEL HABITAR

Ana Garzón Sabogal



Mi gente, en esta carta dirigida a los semilleros del *Chocó como escuela*, Ana Garzón Sabogal hace un recuento del recorrido que la llevó de regreso a Nuquí, tras cuatro años de ausencia, para consolidar allí la articulación territorial de la EIAPV. Ana es ingeniera, toca la guitarra y le gustan el corrinche, el amigueo y las movidas colectivas. Por ese camino llegó a la gestión cultural y al desarrollo de proyectos colaborativos y comunitarios. Trabajó durante años con la fundación Más Arte Más Acción y ha colaborado con el Ministerio de Cultura y con otras muchas instituciones en el desarrollo y articulación de procesos complejos, incluyendo este de la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales. En su escrito, Ana plantea la importancia de las relaciones que fue consolidando en el territorio durante años de trabajo allí con instituciones distintas y en proyectos de naturaleza diversa. Es conmovedor ver cómo en sus palabras conviven, aunque no sin fricciones, las relaciones que se tejen en la vida, en lo afectivo y lo personal, con esas que se generan a través de una institución. Lo interesante de esto es que muestra cómo ambas coexisten y cómo, cuando el proceso es sincero, se desdibujan los límites y surge de ellas la vida. Así, este texto nos enseña a perseverar, a cuidar los afectos y a asumir riesgos cuando estos están acompañados por una red de cuidados. En Nuquí, ustedes verán, Ana terminó desarrollando *Objetos para recordar el futuro*, un proceso pedagógico con niños y niñas en el que convivieron los saberes locales, la cultura material del territorio, la preservación de ecosistemas y los gestos de cariño de una comunidad que quiere, con o sin Escuela, crear memoria, conocimiento y arraigo. Les dejo aquí con esta carta que nos educa y nos trae la brisa del mar y el sabor del viche disfrutado en la labor conjunta. ¡Salud!

Hacer esta carta es un intento por ir al sedimento de la Escuela, y así como se avecina una temporadita de calor que nos deja acercarnos amorosamente al río, reflexionar y chapotear en lo que aconteció durante la EIAPV en Nuquí el año pasado, del mismo modo en que lo hicimos durante nuestros encuentros.

Recibí con emoción la invitación por parte del Grupo de Artes Plásticas y Visuales para articular un proceso pedagógico dentro del programa de las Escuelas Itinerantes que, en el año 2025, sería desarrollado en Nuquí. Me pareció curioso que no se le diera prioridad a este municipio en el año 2024 —durante el primer año de trabajo de las Escuelas, los lugares priorizados en el Chocó fueron: Quibdó, Cértegui, Unguía y Yuto—, pero el año siguiente decidieron iniciar un proceso allá, quizás por los vínculos que se han venido construyendo a partir de los salones regionales, como ocurrió con el proyecto *Epistemología vibrátil*, liderado por Ericka Flórez, en el que Cándida García participó en Barranquilla; también por el Salón Regional curado por el Consejo Ancestral Willka Yaku, en el que participaron Yowar y Juan Ca, miembros del colectivo Protectores de la Tierra, en un intercambio con los compas de Puerto Resistencia en Cali, y también por el reconocimiento que le fue otorgado a Cándida en el programa Voces y Saberes por todo lo que ha forjado como sabedora y gestora del Museo Melelé y de la Corporación Pacífico Mujer.

Así que me sentí emocionada y agradecida porque ya corrían más de cuatro años sin regresar a Nuquí, y habría sido un desafío enorme articular desde la lejanía y la ausencia una propuesta para la Escuela. Sin embargo, con la confianza de la experiencia y los aprendizajes vividos entre el 2013 y 2021, los años en que estuve trabajando allí y en los que los procesos me transformaron radicalmente, sentí el compromiso de continuar con aquello que veníamos pensando desde proyectos anteriores: *Postales del futuro*, *El Chocó como escuela*, *Atrato colaboraciones* y *Territorios impostergables*, en los que el pensamiento artístico, la creación colectiva y el junte fueron espacios para la imaginación

y la puesta en marcha de estrategias en defensa del bienestar de las comunidades y la autonomía territorial, en ese momento atravesadas por las amenazas que suscitaba la construcción del proyecto del puerto de Tribugá.

El pasado septiembre, viví con mucha extrañeza mi aterrizaje en el territorio, no sé ustedes cómo lo han sentido, pero es evidente que está ocurriendo una transformación rápida del espacio urbano con la pavimentación y los proyectos de infraestructura que empiezan a aparecer; también vi, en la media hora que siguió a mi aterrizaje, cómo en las tres cuadras que circundan el aeropuerto y el barrio Roma había un mayor movimiento de turistas y una diversificación de los actores que desarrollan actividades como guías, lancharos, rutas y experiencias. Vi que aumentaron los vuelos y los destinos, las motos y los comercios. Y aun así, en medio de toda esa movida, sentía familiares y cercanas las caras y los lugares. Igual, era plena temporada de ballenas y la gente en Nuquí estaba enfocada en la atención a los turistas que visitaban el municipio.

Esa visita de retorno me permitió tener conversaciones muy generosas e imaginativas con amigos con los que trabajé en procesos anteriores y que me fueron conectando con nuevas personas en los corregimientos que visité. En esas conversaciones, apareció recurrentemente la necesidad de la transmisión de conocimientos a las generaciones más pequeñas y jóvenes. Esto lo vi expresado en los programas más formales, unos liderados por la Alcaldía y otros por el Consejo Comunitario, y también en los semilleros de niños y niñas que se sostienen de manera independiente en espacios informales de aprendizaje de las músicas tradicionales, deportes, comunicación y conservación, entre otros.

Sin embargo, entre las muchas conversaciones que tuve, sentía que las interlocutoras iniciales para pensar esta Escuela eran las compañeras de la Corporación Pacífico Mujer que gestionan el

Museo Melelé (al que antes conocía como Museo Memoria de los Abuelos). El Museo Melelé es un lugar que alberga la memoria de los objetos que atestiguan la vida de la comunidad de Nuquí antes de la llegada de la navegación moderna, que trajo consigo nuevos objetos que transformaron sustancialmente las formas de vida de las comunidades que se fueron asentando, a finales del siglo XIX, en el litoral. Muchos de los objetos exhibidos en el Museo ya no se usan en la cotidianidad, pero hablan de la imaginación y de la producción material del territorio en un pasado que no se remonta a más de cincuenta años. Otra razón que me parecía muy importante de la interlocución con ellas es algo que probablemente no muchos saben, y que en particular los niños y niñas de los semilleros desconocen: que al proceso del Museo lo antecede un trabajo grande que varias mujeres de la organización han sostenido desde los ochenta y noventa, cuando recopilaron, con gran esfuerzo colectivo, toda la información y adelantaron una diversidad de procesos pedagógicos con los que lograron, junto con otros compañeros, la titulación colectiva de las tierras y la creación de los consejos comunitarios que hoy conforman el Consejo Comunitario General Los Riscuales.

A mí me cautiva cada vez que se hace una visita al Museo, porque es en el despliegue de la oralidad y de la activación de los objetos a partir de su narración que el museo se vuelve vivo y comunitario; es a través de ese gesto que Cándida y ahora Ludis, su hija, le dan vida al acervo y museografía que se sigue nutriendo de objetos y de historias y que en el contar se traen al presente años de transformaciones por las que ha pasado Nuquí, en una relación de interdependencia y asimilación de los ecosistemas cambiantes de los pueblos costeros del Pacífico.

Por esos días de retorno, yo andaba cargando bajo el brazo algunos textos que me habían propuesto en la clase de Problemas del Territorio, que hace parte de una maestría que vengo caminando hace ya varios años. Esas lecturas influyeron bastante en mi escucha y en la forma que fue tomando el diseño metodoló-

gico del programa *Objetos para recordar el futuro*. No quiero que esta carta sea una clase académica, aburrida y explicativa, pero me parece importante contarles por qué y cómo hay cosas que nos influyen, nos hechizan y se van volviendo parte de la glosa que le va dando forma al mundo que habitamos, tal y como lo hacen las nietas de Cándida cuando explican los objetos y las historias del Museo Melelé con sus propias palabras, que están llenas del conocimiento que se va cargando bajo el brazo, en las trenzas, en las palabras y en los juegos.

Así que Milton Santos, el geógrafo brasileño que me tenía encantada por esos días, aparecía en mi mente en medio de las conversaciones que tenía con Lucho Perea, Daniel Dualiby, Catalina Díaz, Cándida García y Ludis Zúñiga, con quienes tuve la confianza para expresar cómo yo veía y sentía que teníamos una oportunidad desde la Escuela para pensar y reivindicar un quehacer plástico propio, a partir de las transformaciones territoriales y de los modos de habitar surgidos de los procesos organizativos y de las luchas que se han dado en los últimos treinta años en Nuquí. Luchas que siguen protegiendo de manera integral al norte del Pacífico de las amenazas extractivas, y salvaguardando la permanencia y sostenibilidad de las comunidades afrodescendientes en el municipio. Una oportunidad también para pensar cómo la Escuela puede albergar las pedagogías del habitar en un currículo común que facilite a los niños, niñas y jóvenes el poner su atención en las formas de caminar, de observar el mar y el río, de entender los vientos y de construir y ensamblar con las materialidades que los rodean, haciendo posible una creación colectiva desde los saberes ancestrales y la relación de sus cuerpos con el territorio.

Cuando me topé con el proceso de Snorkel Rebel, liderado por Daniel, sentí que había encontrado un sustrato ideal para lo que podría ser la primera versión de la Escuela en Nuquí. Dani es buzo, hace parte de la Asociación Guardianes del Mar y lidera en Panguí una escuela comunitaria de buceo a pulmón libre, donde

está formando a niños y jóvenes afro e indígenas en ecosistemas marinos, salvamento acuático y sensibilización en torno a la biodiversidad y el cuidado del territorio. Pensando en la importancia de hacer menos elitista el buceo y los deportes acuáticos, hace una crítica al monopolio de los programas de formación enfocados en el turismo, pues homogeneizan la vocación del territorio y minimizan el potencial científico, cultural y deportivo que puede darse con otro tipo de educación para las nuevas generaciones. Como joven, Daniel ha tenido que luchar para que realmente la educación pueda pensarse de manera ombligada y enraizada en una verdadera relación del cuerpo y el territorio como unidad, y ha venido trabajando en un programa piloto de construcción de arrecifes artificiales con los que se hace aprovechamiento y recuperación de residuos sólidos no contaminantes, como el vidrio, con funcionalidades similares a la producción de payaos, otra tecnología comunitaria que se ha desarrollado en Nuquí para la agregación de peces y el fomento de la reproducción de distintas especies marinas y de corales.

Amistades, en este punto ya tenía que definir, organizar y negociar, en medio de la abundancia de iniciativas, una propuesta que pudiera ser una semilla, un ejercicio de mediación que lograra constituirse, entre las tensiones y singularidades de los múltiples procesos, en un espacio y tiempo común; un ensayo de currículo que diera cuenta de la riqueza de las distintas formas de transmisión de conocimientos y saberes que se dan y se han dado en Nuquí. Entre más hablaba con Cándida sobre los componentes que estaba pensando para cada semana, ella traía a colación alguna experiencia anterior: que OBAPO, que la Lancha del Saber, que la Biblioteca Popular Ambiental, que el Festival de las Migraciones, y yo, por mi parte, pensaba en Hacia el Litoral - Acción Colectiva, Territorios de Aprendizaje, los Cumbancheritos de Nuquí, Casa Chocolate, el Colectivo de Comunicaciones en Puja, el *Chocó como escuela* y las pedagogías situadas de la profe Nohelia Mosquera e, incluso, en las Epistemologías de la Manigua, de Jhonmer Hinestroza.

Quiero contarles cómo fue tomando forma el programa, propuesto en conversaciones también muy intensas con Herlyng Ferla, el coordinador de contenidos de las Escuelas Itinerantes. *Objetos para recordar el futuro* se estructuró en cuatro componentes: “Recordar en el estuario”, que fue un encuentro entre sabedores y niños para ahondar en la historia del municipio a través de sus objetos y formas de aprendizaje; “Caminar preguntando”, donde se buscaba aprender algunas técnicas que nos permitieran reconocer el cuerpo como primer territorio a partir de caminar el espacio urbano e irnos acercando poco a poco a la playa, al río, las corrientes y mareas, con curiosidad y con seguridad; “Práctica especulativa”, donde se trabajaron talleres de co-creación para la construcción de la vela, del mini payao, o arrecife artificial —una tecnología local que consiste en el hundimiento en altamar de un árbol hueco de mangle o de una palma en los que empiezan a buscar refugio para desovar varias especies marinas, constituyéndose en reservorio de vida y espacio de protección para el crecimiento y multiplicación de los peces— y donde se realizaron ejercicios con materiales reciclados y se organizaron salidas de campo para activar las herramientas aprendidas y, por último, la semana de cierre, en la que tuvieron lugar la instalación del payao y la celebración del proceso y de la cosecha, que permite la germinación de semillas para nuevos procesos antes de dejar el árbol.

Lo dicho hasta ahora, mi gente, suena a que todo fue color de rosa, pero también soy consciente de que al currículo le faltó calentamiento, aceitar la máquina y hacer los ajustes necesarios en una mesa metodológica compartida (como sí ocurrió el año pasado en el programa de las Escuelas); esto, sin duda alguna, nos habría permitido fluir con ritmos más generosos, cuidando la energía colectiva. Yo debo asumir allí parte de la responsabilidad por lo vertiginosa que fue la ejecución de la Escuela, pues sabía de antemano que los tiempos institucionales y la burocracia no se corresponden con las dinámicas locales. Yo estaba jugando a ser bisagra, sintiéndome arte y parte del Ministerio, tratando de

fantasmear o desdibujar el peso institucional y, a la vez, tratando de hacer una negociación local entre los agentes para echar a andar la propuesta pedagógica.

Quiero agradecer infinitamente a Cándida, Ludis, Daniel, Yilmar, Hortensio y Lucho por haber confiado en la propuesta, a sabiendas de las limitaciones de tiempo, de los retrasos en las contrataciones y pagos, y de la falta de claridad en los procesos y en los roles que ocupábamos; a pesar de todo eso, sostuvieron su deseo de llevar a cabo con “éxito” una programación intensa, que inicialmente fue pensada para niños y adolescentes entre los 12 y los 16 años, pero que terminó dirigiéndose a un grupo de niños y niñas de 8 a 12 años.

Sé que la cantidad de atención, escucha y dinamización que significó trabajar con este grupo bellísimo de niños y niñas fue uno de los retos más grandes. Me ponía nerviosa cuando la atención estaba dispersa, particularmente cuando los espacios se volvían clases más tradicionales e informativas y, con toda esa energía e intensidad desplegadas, era necesario ir día a día revisando la propuesta, flexibilizando y repensando cada una de las sesiones: de diez actividades y ejercicios planeados, con suerte podíamos realizar dos o tres. También tuvimos que adecuarlos y permitir que los espacios físicos, como Casa Colores y el colegio, se convirtieran en lugares de encuentro más allá de sus usos tradicionales.

El grupo, de unos 25 seres que iban y venían, pero que se mantenía constante y en el que siempre alguien nos preguntaba: “Profe, ¿puedo traer mañana a una amiga?” me hacía recordar una frase que me gustó de las conversaciones con Catalina, cuando le pregunté cómo pensar la convocatoria de los posibles escuelantes y ella me contestó: “Es que el aprendiz es el que tiene que buscar al maestro” y, claro, la manera en que fueron llegando más niñas y niños al espacio me fue confirmando que íbamos por buen

camino con el proceso, pues los niños mostraban su deseo de participar, compartir, aprender, crear y jugar.

Mientras todo esto sucedía, había que producir las salidas de campo. Sé que las compas del Melelé tuvieron dudas y manifestaron su preocupación de que las realizáramos, por la responsabilidad que implicaba salir en lanchas con niños tan pequeños bajo nuestra responsabilidad. Pero había que darle la vuelta a esa preocupación e intentar no renunciar a esas salidas, pues la apuesta era pensar una Escuela que se expandiera por el territorio, que pudiera ensayar otras formas de pensar la transmisión de conocimientos y que generara confianza en el proceso pedagógico, no solo bajo la lógica de las responsabilidades institucionales, sino en el reto de complejizar la oportunidad de consolidar un proyecto de escuela entendida como organización social. Entonces fuimos, casa por casa, a pedir permiso, a contarles el cuento a los padres, a permitir que algunas madres acompañaran a los niños en las salidas, mientras que en otras familias no permitieron que los niños fueran porque no sabían nadar. En muchas casas nos preguntaban que con quién irían, que si había que mandarles lonche, y así, poco a poco, se fueron desatorando las preocupaciones y generamos una alternativa que minimizaba la salida por el mar y aprovechaba el recorrido por los esteros. Así fueron emergiendo distintas formas de cuidado que implicaron armonizar las salidas con los calendarios escolares, hacer sensibilización a los lancheros, proponer protocolos de cuidado mutuo entre los niños para poder seguir “yendo pa’ paseo” y para que el ecosistema marino no resultara tan avasallador y riesgoso, y así poner en práctica el ensamble, no solo material, sino social.

Con el ensamble en simultáneo, se fue construyendo el arrecife artificial o “mini payao”, que tomó forma de lancha, queriendo recordar a la Lancha del Saber y a las otras escuelas que han existido y zarpado de comunidad en comunidad. Poco a poco, esa forma que salía de los talleres y del recuerdo se materia-

lizó y fue sumergida en el punto de Berrugatera, un lugar rocoso en el corregimiento de Panguí que, por su profundidad, puede seguir siendo un punto para el desarrollo de prácticas de apnea y careteo que inviten a seguir visitando esta lancha-máquina del tiempo que construimos colectivamente. Será un lugarcito donde nos encontremos con seres marinos tan pequeños como las niñas y niños de la escuelita. Lucho nos habló en varias salidas y conversas sobre el payao, una tecnología que se ha venido apropiando comunitariamente en un ejercicio de ir ritualizando la sacada del árbol, la bajada por el río y el fondeo para que tenga un sentido cultural: “Que se piense como una minga y que esté acompañado de una comida, de un viche, y que su construcción e instalación se sientan como algo propio para que no se convierta en un proyecto individual y para que se fomente un proceso de autorregulación en su uso.” Así, llevamos juntos el payao para ver cómo se sumergía poco a poco y hacer de todo este proceso una apuesta de confianza, algo que existe por fuera de la cotidianidad y que nos recuerda que podemos seguir encontrando pretextos para el encuentro, para sacudir el cuerpo (marearnos juntos en la lancha) y para experimentar formas del cuidado colectivo.

No ha sido fácil remover el recuerdo, pienso a diario en cada una de las niñas y niños que nos acompañaron y que continuamente nos preguntaban: “Profe, ¿cuándo tenemos escuelita?” Este ejercicio, aunque temporal, sigue siendo una provocación para pensar la continuidad de nuestros procesos, que requieren, más que la llegada del Ministerio, una apuesta decidida por seguir ensayando, practicando y ensamblando todo el potencial de la diversidad de los semilleros existentes, reconociendo las tensiones y la diferencia de visiones territoriales y de los modos de hacer, para desde allí empezar a construir un currículo abierto y común. Los niños y las niñas están ansiosos de participar de todas las escuelas; ellas están ahí, nos dieron su confianza, compartieron con nosotros y pusieron en el centro de la lancha sus “sueños anchos, largos y hondos” con la vela-palma, listos para echarla a andar.

LA ESCUELA HABLA

Jesús Antonio León

Formador *Resistencias por correspondencia*
Escuela Catatumbo
Teorama

Una de las cosas que me quedó, más que como anécdota, sino como aprendizaje, fue poder revivir cosas que no se han perdido, sino que más bien se han ido olvidando. Me refiero, por ejemplo, a la forma en que antes nos comunicábamos, cuando los mensajes se enviaban por cartas escritas a mano. Yo diría que revivir ese intercambio de cartas fue una de las cosas que más me gustó de todo este proceso.

Haber aprendido tantas cosas fue algo muy importante. Yo diría que son cosas que necesitamos ver más seguido en nuestro pueblo y también en otros lugares. Por ejemplo, todo lo que tiene que ver con el arte: la música, la pintura, la escritura, el dibujo... En fin, muchas expresiones que vale la pena rescatar y visibilizar más.

También el hecho de poder compartir con muchos compañeros, aprender de ellos y que ellos también pudieran aprender algo de nosotros.

Dentro de nuestro género carranguero, por ejemplo, acá en mi pueblo es muy poco el apoyo. Entonces, la Escuela

nos ayudó también a decir: vamos a mostrarnos, vamos a hablar, vamos a compartir lo que yo sé, porque una cosa es decir “yo soy músico, y sé hacer esto o aquello”, pero otra cosa distinta es que lo vean a uno en acción. Entonces es muy satisfactorio poderse uno mostrar y que ustedes también vean lo que nosotros sabemos.

Más que reunirnos y aprender de ustedes, la Escuela fue una terapia, porque uno salía de ahí todo relajado, uno se venía para la casa excelente. Entonces siempre agradecido.



LA ESCUELA HABLA

Brayan Alexis Díaz Ovallos

Escuelante *Resistencias por correspondencia*

Escuela Catatumbo

Teorama

Algo importante que noté de la Escuela Itinerante fue el tema del vínculo, en especial el vínculo intergeneracional. Al hacer parte de la Escuela, vi que participaban niños, jóvenes y también adultos mayores, y eso me pareció muy valioso. Ese espacio donde las juventudes, las infancias y las personas mayores se encuentran para compartir e intercambiar saberes.

También quiero mencionar la importancia de expandir el concepto de arte, y de descentralizarlo. Creo que eso fue lo más importante, lo que más marcó en mí la experiencia de la Escuela Itinerante. La exposición que se hizo expandió mi concepto de arte, me hizo entender que va más allá de la pintura de un cuadro o de la escultura, y que todos estos saberes que muchos campesinos tienen y que trabajan diariamente de manera muy intuitiva, son también arte.

Yo perdí el miedo a los micrófonos, a expresarme en público, porque lo que aprendí en la Escuela lo estoy expresando y lo hago con mucho amor por lo que se aprendió.

También pasó algo interesante con el tema de la serigrafía. Mis compañeros no sabían qué era, y vi a muchos muy emocionados con la idea de intervenir sus propias cosas: sus prendas, sus libretas. Creo que a todo el mundo le gusta personalizar sus pertenencias, y aquí nadie conocía el proceso de la serigrafía. Eso también me pareció algo muy innovador, porque normalmente en las escuelas se enseñan los mismos procesos: dibujo a lápiz, carboncillo, pintura o acuarela. En cambio, la serigrafía era algo nuevo para todos aquí, y eso generó mucho entusiasmo.

También la transformación de la hoja de coca en papel me pareció brutal, porque es muy hermoso este trabajo de resignificar una planta que ha sido muy demonizada aunque es sagrada para muchas culturas, cuyos fines son de carácter religioso, pero ha terminado convirtiéndose en esta droga que mata millones de personas y que es la causante del derramamiento de sangre. Entonces es increíble que venga una persona y sea capaz de tomar esta hoja de coca y convertirla en un elemento cuya principal función es la escritura, la pintura y el arte a través del papel.

LA ESCUELA HABLA

Iván Casilimas

Formador *Los jóvenes alzan la voz*
Escuela Vaupés

Con los jóvenes exploramos que el sonido es un lenguaje, que la música es un lenguaje. No se trata solo de pensar cómo se dice algo, sino el qué se dice. Desde ahí quisimos abordar el tema de las narrativas y las contra-narrativas, para ver cómo podemos generar en ellos habilidades que les permitan expresarse frente a los estigmas que existen sobre la población joven en el Vaupés. Queremos resignificar eso.

A mí me sorprendió ver que ellos ya están muy agenciados. Creo que tienen una necesidad muy fuerte de recoger más herramientas y de abrir espacios que estén acompañados por personas interesadas en venir a este territorio. Eso se vuelve una dinámica y un vehículo de desarrollo y expresión para ellos.

Definitivamente estamos haciendo algo, estamos enlazándolos, pero también hay un agenciamiento que ya existe entre ellos. La semilla que pone la Escuela es abrir espacios para que esas conexiones y los procesos que ya están haciendo se fortalezcan.

Para ellos es muy importante hablar de su territorio. Una chica, por ejemplo, le escribió una canción al Vaupés. Compuso una canción como un acto de resistencia, como una forma de vincularse realmente con el territorio y de reconocerlo como una parte esencial de su identidad.



NOTA: Amistades, les recomiendo escuchar las poderosas líricas y los ritmos que compusieron los jóvenes de Mitú. Si escanean con su celular el QR que está arriba, podrán deleitarse en la escucha.

ARCHIVOS TERRITORIALES Y PROYECCIONES CÓSMICAS PARA LA DESESTABILIZACIÓN DE LOS ADVERSARIOS

Correspondencia en tres actos
La Vulcanizadora



Panitas, esta carta que van a leer a continuación la escribieron Andrés Jurado y María Rojas, dos artistas y cineastas colombianos que viven en Santa Marta y que llevan años haciendo películas, instalaciones e impresos a partir de archivos históricos refundidos y de cruces entre narraciones que parecen no tocarse pero que expanden nuestra comprensión de la realidad cuando las vemos juntas. Han hecho películas cortas y largometrajes también sobre temas como la visita a Colombia de los astronautas estadounidenses que fueron a la luna (sí, vinieron a Colombia de camino al Darién, donde entrenaron técnicas de supervivencia por si su cohete caía en la selva), o eso dicen, en el Apolo XI; sobre el guion olvidado de un sonoviso propuesto en 1987 por la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare para contar su historia trágica y sus esperanzas de renacer tras la violencia paramilitar; sobre Marandúa, la ciudad utópica que pensaba construir Belisario Betancur para trasladar allí la capital de Colombia y de la que solo se llegó a poner una valla que anuncia su próxima construcción, y otros muchos proyectos donde los archivos de las instituciones se convierten en relatos cargados de nuevos sentidos y también de locura y delirio. Si a ustedes les suenan interesantes estos proyectos de La Vulcanizadora, que es como se llama su colectiva, pueden ver más de su trabajo en la página web www.lavulcanizadora.com

La carta que sigue es una invitación a que ustedes ejerzan su derecho y su deber de imaginar; a que construyan sus propios archivos personales, comunitarios y territoriales; a que piensen en qué les gustaría legar de sus relatos y de sus luchas, y a que busquen el modo de darles forma para que esos archivos, esas memorias vivas, puedan hablarles de ustedes a otros como ustedes que, en el futuro, estarán también buscando respuestas.

Ustedes podrán pensar que este tema no guarda relación con la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales, pero yo les digo que sí. Piensen, por ejemplo, en que muchas comunidades han recibido en sus territorios la labor del Grupo de

Artes Plásticas y Visuales a través de la EIAPV y de otras iniciativas del Ministerio; piensen también en sus aprendizajes, en sus discusiones, en la manera en que sus comunidades se han puesto en relación con otras personas. Ahora piensen en cómo contarán esa experiencia o en cómo la recordarán si no queda en sus manos, y en las manos de las personas de su comunidad, al menos un puñado de imágenes, algunos escritos o un archivo de audio con el que ustedes puedan recordar la experiencia, repetirla o mejorarla. Ese es apenas un caso sencillo. Piensen ahora en cómo muchas de las luchas y de las memorias de sus territorios se han perdido en el tiempo porque no quedó registro de ellas. Y sí, este libro es una pequeña parte de esa memoria, al menos en lo que toca a la Escuela, pero la riqueza de sus memorias es enorme y hay que dar la pelea por organizar el propio archivo, por contar con las propias palabras lo que pasó, lo que pasa y lo que ustedes creen que pasará. Bueno, ahí les dejo esos pensamientos para que los mastiquen, y aquí los dejo con María y Andrés para que ejerciten la imaginación, la memoria y la voluntad de hacer hablar sus archivos.

Hola, somos María y Andrés. Queremos saludarles con cariño e invitarles a leer y a discutir esta carta que se despliega a través de actos; actos de amor, de memoria y de imaginación.

Imaginen estos actos como si fueran tres cartas en una. Cada una, un gesto, una proyección, una imagen, una instrucción, un escenario, un filme breve o, al menos, las notas para realizarlo.

Nos invitaron a escribirles para que proyectemos en juntanza. Y así como queremos favorecer la juntanza, queremos también que tengan herramientas para reconocer y responder a los adversarios. Es cierto que, a veces, no reconocemos que los adversarios a quienes podemos desestabilizar pueden estar entre nosotros o, incluso, que esos adversarios podemos ser nosotros mismos. La adversidad, entonces, sería cómplice del establecimiento, al que los gringos llaman *establishment*. Esta adversidad nos llevaría a atacarnos a nosotros mismos, a convertirnos en enemigos de nuestras propias versiones más establecidas. Para no enredarnos en el caos, pasemos al primer acto.

Acto I

Archivos territoriales

(María y Andrés están frente a las vitrinas del Museo de América. Estatuas de oro y tumbaga. Silencio).

Hace mucho rato venimos pensando que el archivo, eso que llaman “archivo”, no es meramente un compendio de imágenes, documentos, sonidos o retazos de la historia guardados en un lugar estático o en un edificio dominado por una institución. Mejor dicho, desde que empezamos a trabajar con archivos e imágenes que fueron hechas y almacenadas tiempo atrás, hemos visto cómo esta noción de archivo se ha resbalado, diluido y camuflado. Lo resbaloso de esa noción nos ha permitido también descubrir algunas formas de enmarcar y enfocar, de elaborar e imaginar eso que llamamos

archivo y nos ha dado herramientas para relacionarnos con el poder que los archivos representan.

En el Museo de América, en Madrid, España, se exhiben en una de las salas del tercer piso los artefactos, estatuas de oro y tumbaga que conforman el célebre, malhadado e incompleto “Tesoro Quimbaya”. La historia de cómo llegaron hasta allí esas piezas merecería más que estas líneas. Desde esa distancia, el Tesoro se nos aparece como un espanto, como un espíritu territorial, como una parte del territorio mismo. Un archivo, pero también algo que responde al archivo: un contra-archivo, si es que pudiéramos llamarlo así.

Imaginen que están frente a varias vitrinas iluminadas por una luz tenue. En su interior, una serie de figuras femeninas, con los ojos entreabiertos y el sexo al descubierto son exhibidas junto a poporos y otros objetos destinados al uso de la planta de coca. Alrededor de ellas, se exhiben también figuras de hombres con sus miembros al aire. Las mujeres sostienen maracas, sonajeros u otros instrumentos musicales. Los metales de los que están hechas esas piezas brillan, reflejan, refractan la luz y nos atraen.

Imagínense allí. Piensen en dos preguntas: ¿Qué estarán cantando estas mujeres? ¿A quién le cantarían? Cierren los ojos un instante. Intenten escuchar ese canto. Luego, cuando quieran, retomen la lectura. No hay prisa.

Al abrir los ojos resulta más difícil imaginarlo. Pero lo que María y Andrés imaginamos, o creímos imaginar al tener la fortuna de encontrarnos frente a esas piezas que parecían cantar, es que ese canto, real o inventado, nos hacía pensar en la tierra, en el territorio, en poder cantarles a la tierra y a la vida.

Es ahí donde dos historias se entrelazan: la que nos cuenta cómo fueron llevadas esas piezas hasta ese lugar y la que reclama su regreso al territorio donde, tal vez, cantaban y recibían los cantos de quienes las crearon. El archivo estaría incompleto sin ese reclamo.

El relato oficial señala que, en 1892, durante la conmemoración del IV Centenario del "Descubrimiento" de América en Madrid, un presidente de Colombia regaló este "tesoro" a la reina de España. El argumento que aún se utiliza para justificar su permanencia en vitrinas españolas es que fue un gesto de agradecimiento por el apoyo Real en la resolución de límites territoriales entre Venezuela y Colombia. Pero esta versión oculta una historia más larga y oscura: saqueos, fragmentaciones, robos y borraduras sistemáticas. Fue un negocio entre oligarquías y reinados, una continuación de los tratados que las monarquías firmaron con los conquistadores para repartirse el oro de las tierras recién saqueadas.

Ese expresidente colombiano, cómplice de su propio despojo, legitimó la extracción de algo que no era suyo para regalar: objetos que pertenecían —y pertenecen— a un territorio. Un territorio que, tal vez, sea el mismo pedazo de tierra donde ustedes, ahora que leen esto, cantan a sus propias figuras, a sus reflejos, a sus archivos, a la vida y a las mujeres que cantan.

A nosotros, Maria y Andrés, verlas allí nos hacía pensar en nuestro propio retorno al país natal, a las cuevas, montañas, ríos y mares que imaginamos en ese canto. El reflejo en las vitrinas nos devolvía algo más atrapado que las piezas: nuestra propia presencia, el rastro de nuestras características físicas, mezcladas desde hace siglos y ahora proyectadas y re-proyectadas en los rostros, cuerpos y artefactos aprisionados. Todos aprisionados.

Los visajes del territorio también nos reclaman. Allí estaremos.

El archivo estaría incompleto sin ese reclamo.

Acto II

Proyecciones cósmicas

(Frente a un proyector de 16mm, dos personas maniobran con el aparato ante un público en la penumbra, están en el campo).

Hurgando en las colecciones del Banco de la República, nos encontramos con el libro *Cosmogonía* (1868), de Tomás Cipriano de Mosquera, el general cuatro veces expresidente de la República de la Nueva Granada y de los Estados Unidos de Colombia, que son, más o menos, versiones pasadas de lo que hoy es Colombia. No entraremos en detalles de época, pues no somos propiamente historiadores, pero nos atrevemos a contarles cosas.

Entonces, panas, se cuenta que ese señor Mosquera escribió ese libro, *Cosmogonía*, en sus años de destierro en Lima, Perú y que, cuando regresó, su libro fue atacado, bajo acusaciones de plagio, por el ultra conservador Sergio Arboleda, el mismo señor que da nombre a la Universidad en donde se han fraguado negocios turbios y planeado numerosos plagios de tierras, incluyendo uno documentado en una investigación del portal periodístico Vorágine, en la que se muestra cómo esta universidad fue cómplice en el ocultamiento de tierras que el Bloque Central Bolívar le arrebató a campesinos bajo órdenes de alias "Macaco". Pero volvamos a la historia principal: tanto Mosquera como Arboleda fueron herederos de tierras y beneficiarios del esclavismo al que siguen queriendo reducirnos hoy sus descendientes y herederos.

Estos dos adversarios, Mosquera y Arboleda, pertenecían a un mismo grupo, uno que no es el nuestro, sino el de las élites

nacionales que protagonizan los relatos oficiales que componen eso a lo que llaman “Historia de Colombia”, una narrativa en la que muy escasamente nos han dejado participar activamente como pueblo.

Tal vez como acto de conversación y por tratarse del cosmos y de proyecciones, la historia de esa pelea nos hizo pensar en cómo funciona el Estado y en cómo les cuesta a sus prohombres imaginarnos aquí en la selva, en el monte o en el barrio, escribiéndonos con amor sobre la historia nacional.

Queremos compartirles esto por algunas razones simples, pues estamos preparándonos para contar y mostrar partes de las muchas historias que no han sido proyectadas, las que aún no han salido a la luz, las historias que han sido reducidas al desorden o a la desmemoria. Por eso, queremos que también ustedes imaginen posibles películas que puedan contar esas historias, que cierren los ojos de nuevo, hagan memoria y piensen en qué les contarían a sus hijas, a sus hermanas, a sus nietas, a las personas que no están y a las que desaparecieron y les gustaría volver a ver en el territorio, así como a otros seres, fuerzas y presencias: el río, el volcán, la montaña, el árbol.

Esta historia se nos ocurrió a nosotros mientras conversábamos: vemos en detalle la textura de una roca. Una mano guía la lectura de un dibujo, un petroglifo del que no se reconoce bien su forma. La mano sigue recorriendo la piedra hacia otra figura. Se reconocen venados. La mano dibuja un murciélago invisible sobre la piedra, pero no hay ninguna inscripción en ella. En el registro sonoro de una entrevista, escuchamos que los venados siempre vuelven a la tierra en la que han comido. La voz en la grabación cuenta sobre el hombre sanguinario al que los chamanes antiguos convirtieron en un murciélago, quedando cautivo para siempre sobre esa roca que se llama así por el dibujo, que es monumental. El hombre que nos ha estado señalando con su mano las formas de la roca comienza a caminar

para ascenderla. Desde arriba, vemos la pared de eucaliptos que la rodean; nos cuenta que antes su casa podía divisarse desde ese punto, pero que ahora los eucaliptos y los pinos se imponen en el horizonte como un muro que la cerca. La roca milenaria ahora está presa por los árboles que nunca se habían visto por ahí. El hombre cuenta que crecen rápido esos árboles porque se dice que fueron modificados genéticamente para eso y para que resistan a cualquier plaga. Parecen falsos, dice, pero son millones y han secado la tierra, reduciendo el moriche que ahora es más pequeño porque la plantación de pinos y eucaliptos se chupa toda el agua. El hombre cuenta que esa es la ruina de su aldea antigua, que la gran piedra dibujada es la prueba de que ahí estaban los indígenas mucho antes de la llegada de los colonos y muchísimo antes de las plantaciones masivas de árboles, y que eso no era tierra baldía.

Acto III

Desestabilización de los adversarios. (Animadversidad)

(Cuatro personas se suben a un taxi para escapar de la lluvia).

“Una madrugada, en Barranquilla, un pana que vivía cerca a la desembocadura del río se espantó al ver a un niño desnudo deambulando por las calles, agarrado a un balón. Al tipo se le apareció el chamaco como un fantasma, un zombi, esperpento o cualquier cosa. Lo cierto es que desde hacía varios días la lluvia no paraba y esa era una época en que las calles se convertían en los famosos arroyos: ríos temporales que, bajo la tempestad, aumentan su caudal de forma descomunal, arrasando carros, motos, gente y todo lo que se les atraviese”.

La historia nos la contó un taxista, decía que el niño había sobrevivido aferrado a la pelota, que quien lo encontró había quedado sorprendido de la tenacidad del pelao y lo intentó elevar temporalmente al estatuto de pequeño santo. Nosotros, que escuchábamos la historia mientras mirábamos a través del

vidrio los muretes que se construyen en las calles de Barranquilla para atajar y desviar los chorros de agua cuando el arroyo crece, también imaginábamos sobrevivir a una tempestad semejante. Harían falta unos cuantos balones para salvar a un pueblo de las tempestades que se avecinan.

Lo que nos impresiona de la historia del taxista es no haber encontrado después ningún registro de esta supervivencia a las adversidades climáticas. Todo lo contrario, encontramos un buen número de noticias de gentes que perdieron su vida arrastradas por los arroyos e imágenes impresionantes de los arroyos arrastrándolo todo y de muchas personas buscando soluciones prácticas para sobrevivir a la temporada de lluvias en esa ciudad. Las imágenes de estos eventos se convierten luego, en las redes sociales, en memes jocosos y en noticias.

Observar estas acciones nos permitió ver, al mismo tiempo, la dificultad que tienen los dirigentes para entender el contexto y su relación con las fuerzas de la naturaleza. Las quejas del pésimo alcantarillado y suministro del agua en el caribe colombiano se han vuelto parte de la tradición: “Quien arregle el alcantarillado, gobernará durante 30 años”, se escucha en las conversaciones en las esquinas altas de las calles de Pescaíto, en Santa Marta, donde las inundaciones y los ríos de aguas negras que rebozan de basuras las calles también pueden, en cualquier descuido, convertirse en patrimonio cultural. Esa sería la tal cosmética que quieren hacerle corresponder al barrio y al pueblo. Imagínese a cada uno de nosotros agarrado de esa bola que, según el taxista, salvó al niño de ahogarse.

Casi siempre, nuestra mirada crítica y nuestros reclamos generan animadversión, y quienes sobrevivimos a una y otra tempestad somos mirados sospechosamente. Pero no importa: nosotros siempre hemos estado aquí, ¿no?

Una de estas mañanas, apareció un video de uno de nuestros directores de cine favoritos, un africano que se volvió una gran inspiración para nuestro trabajo: era una de esas entrevistas que siempre les hacen a los cineastas o a los artistas para que les aconsejen a otros cómo hacer lo que hacen. Es el director Djibril Diop Mambéty, y lo vemos hablar desde la pantalla del celular. Le preguntan: “¿Cómo hacer una película?” Y él contesta: “Hacer una película es fácil: hay personajes, hay vida creada. La mente funciona, pero no más que el corazón. Toda historia se despliega en la dirección del viento que deseas. La historia existe, y luego abrimos los ojos y tenemos una historia”.

Esperamos que nos podamos ver muy pronto.
Siempre estaremos aquí.

Amorosamente,

La Vulcanizadora

LA ESCUELA HABLA

Ramón Silva

Escuelante *Hatillo Renace*

Escuela Catatumbo

El Hatillo

Nuestro barrio fue entregado hace aproximadamente quince años a personas que habían vivido situaciones de desplazamiento. Desde entonces lo hemos ido construyendo poco a poco, día a día. Con el tiempo se ha convertido en un lugar que busca recibir a las personas con un ambiente de bienvenida, de buenas costumbres y de comunidad.

Yo tengo el honor de vivir en la calle arborizada, un espacio muy especial para nosotros. Sin embargo, en los últimos años han surgido algunos problemas porque hay personas interesadas en construir urbanizaciones cerca y nos han dicho que quieren quitar esa zona para abrir una vía de acceso vehicular. Eso nos preocupa mucho, porque cuando nos entregaron las casas, en el año 2011, ese lugar fue pensado como una zona verde para el cuidado de nuestras familias y de nuestra comunidad. Desde entonces lo hemos cuidado todos los días.

Por eso me siento muy agradecido con la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales, porque nos ha dado un espacio para mostrar lo que somos y lo que significa nuestra calle. Creo que gracias a la Escuela podemos

demostrar el valor que tiene este lugar y convertirlo, incluso, en una atracción turística para que otras personas lo conozcan.

La Escuela nos ha abierto las puertas para aprender a través de la cultura y del arte, y también para resaltar lo que representa nuestra calle y nuestro barrio. Nos ha permitido compartir con quienes nos visitan qué es lo que nos inspira de este lugar y por qué es tan importante para nosotros.

Además, estamos aprendiendo cosas nuevas. Por ejemplo, ahora estamos participando en un taller de fotografía con negativos y procesos químicos. Es algo muy bonito y para mí es la primera vez que veo una técnica así. Me ha parecido muy interesante y siento que está generando proyectos y resultados muy valiosos para la comunidad.

Gracias a la Escuela sentimos que nuestro mensaje puede llegar más lejos. Queremos que más personas conozcan nuestro barrio, que incluso las autoridades lo reconozcan y que pueda convertirse en un lugar que la gente quiera visitar. La idea es mostrar lo bueno que tiene nuestra comunidad y seguir cuidando este espacio que hemos construido con tanto esfuerzo.



LA ESCUELA HABLA

Daniela Galvis Alonso
Productora territorial
Escuela Cauca Sur

El enfoque de esta Escuela es territorial y vela por dar voz, espacio y protagonismo a lo que vienen haciendo nuestros pueblos para preservar su legado y su identidad, para que volvamos a recordar y conectemos con lo esencial que nos une como colectivo, como departamento y como país.

Lo más valioso es poder darnos cuenta de que en el territorio hay muchos procesos que caminan y resisten a través de la pedagogía, del amor, del esfuerzo y del empeño. Hay un deseo coherente y natural de servir de la mejor manera desde el arte.

Una de las estrategias que identifiqué en las Escuelas es la búsqueda de conexión con la naturaleza, para que sea ella la que vaya haciendo la Escuela, y que en la relación de las personas que participan con ella se vayan generando los conocimientos. Es una pedagogía del sentir, de volver a conectar con eso principal que está dentro de nosotros. El territorio está en nuestro propio cuerpo, en nuestra alma, en esas prácticas espirituales que nos permiten conectar con todo lo que existe. La

espiritualidad también ha sido un factor fundamental en el desarrollo de la Escuela.

El trabajo colectivo, la horizontalidad y la escucha son tres caras de la misma moneda, y todo lo que nos sucede nos permite ubicarnos de una manera más fraterna, desmontando la visión jerárquica de la vida. La Escuela tiene una apuesta por hacer horizontales las relaciones en la vida cotidiana. Así surgen reflexiones que pueden generar transformaciones.

Esta Escuela deja una semilla de hermandad y diálogo. A través de la oportunidad de encontrarme con el otro y contarle mi verdad a través de mis dones, y de que el otro me cuente los suyos, podemos generar conversaciones que empiezan a crear colectivamente algo que antes, de manera individual, no habría sido posible. Se trata, pues, del diálogo como metodología donde se construye algo al servicio de todo el territorio.

LA ESCUELA HABLA

Mi pueblo, ¡paren oreja! Aquí abajito encuentran el código QR para que lo escaneen con sus teléfonos y puedan escuchar el podcast que la gente de la Escuela Catatumbo en Teorama hizo para ustedes. Este podcast reúne cinco conversaciones entre sabedores del casco urbano de Teorama y sabedores de los corregimientos de El Aserrió y San Pablo, quienes, a través del intercambio de cartas, objetos, relatos y experiencias, reconstruyen sus formas de habitar, trabajar y permanecer en el territorio.

A lo largo de los capítulos emergen distintas maneras de entender lo campesino: el cuidado de las plantas, la música, la cocina, el trabajo colectivo y la organización comunitaria como respuestas cotidianas frente a las tensiones del territorio. Más que testimonios, estas conversaciones revelan decisiones: cómo resistir, cómo generar sustento y cómo seguir construyendo vida en medio de condiciones complejas.

Este podcast es uno de los resultados de la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales – Catatumbo, un proceso que propició el encuentro entre saberes, memorias y prácticas para tejer vínculos entre comunidades que, aunque cercanas, han permanecido distantes.



DEJAR DE SER FANTASMAS, JUNTAR NUESTRAS FORMAS DE VIDA

Víctor Albarracín Llanos



Queridas y queridos fantasmas:

Primero, quiero excusarme por dirigirme a ustedes de ese modo. Sé que en muchos territorios de este país la mención del fantasma puede producir espanto, tanto así que las palabras “espanto” y “fantasma” pueden significar lo mismo para algunos de ustedes. Pero llamarlos “fantasmas” tiene aquí un sentido, y espero que ustedes lo comprendan a medida que vaya intentando explicarles algo que me da vueltas en la cabeza hasta el punto en que a veces me carcome la vida o, más bien, mi “forma de vida”. Lo primero que les voy a contar es que yo, el que aquí escribe, soy la persona que ha hecho el trabajo de edición de este libro, un trabajo que ha sido duro, que ha tenido que robarle al tiempo “de la vida” bastantes horas para poder concluirse y que, además, es un trabajo que resulta desagradable, pues no importa cuántas horas al día uno se siente a revisar los textos que los autores han enviado, intentando prestar atención a todos los detalles porque, cuando el libro esté en sus manos, seguramente van a encontrar algún error de ortografía, una tilde mal puesta, un nombre que no corresponde, un testimonio alterado, una idea que no se aclara o una frase confusa. Como mi trabajo consiste en hacer que ustedes puedan leer con gusto y facilidad lo que los autores escribieron, siempre estaré en falta porque siempre habrá para ustedes un tropiezo, algo que no encaja, un error que afea la redacción o cualquier otra vaina que hace que el libro, ningún libro, sea “perfecto”. Pero bueno, esta carta no se trata de eso, yo solo estoy intentando buscar por dónde entrarle al asunto del que les quiero hablar.

Creo que ya sé por dónde es que le entra el agua al coco: lo que quería decirles cuando les contaba que yo soy el editor de este libro es que yo soy la persona que ha escrito esas pequeñas introducciones que, seguramente, ya vieron al inicio de cada uno de los textos reunidos en esta publicación. Como se habrán percatado, en cada una de esas introducciones, comienzo con

un saludo afectuoso: “amistades”, “compas”, “vecinos”, “panitاس”, “mi gente” y algunos más que no recuerdo. La cosa es que, al saludarlos así, me he sentido un poco incómodo, un poquito farsante, porque me quedo pensando en que yo a ustedes no los conozco, no sé sus nombres ni he visto sus caras, ni mucho menos me he tomado con ustedes un tintico de olla ni un chirrincho. Y eso me produce algo de amargura, porque me gustaría poder decir sus nombres: “Buenas, don Ramiro, cómo le siguió la plaga a la acacia”, “Bendición, doña Ignacia, ¿le quedaron arepas de las que hizo ayer?”, y así con cada quien. Pero les confieso que ni siquiera me sé el nombre de mis vecinos, ni sé tampoco lo que les pasa, ni qué les gusta; no sé de dónde llegaron, ni hace cuánto tiempo viven aquí, en los apartamentos de al lado, en los pisos encima y debajo del mío. No sé quiénes son, pero lo sospecho: los veo con sus camisas blancas y bien planchadas, los escucho en el ascensor hablar con desprecio del presidente y elogiar a los candidatos que a mí me dan miedo; los veo mirarme con un gesto de distante reprobación porque yo no me veo como ellos, porque me han visto salir a la calle con banderas de países invadidos y diezmados por potencias imperiales o porque no participo en el rosario rotativo que va de piso en piso todos los días a las 6 pm; en fin, yo sé que ustedes se pueden imaginar eso, así como yo me imagino que puedo caerles a su casa, amistades fantasmas, para que me conviden café con arepa. Pero aquí, no. Aquí no he sentido la confianza de timbrar en ninguna de las puertas vecinas a la mía para pedir un poquito de sal o de azúcar que me hicieron falta para ponerle sabor a la sopa o para poder meter al horno una torta a la que no pude ponerle nada de dulce.

Y esas cosas pesan. Esas cosas separan. Esas cosas van haciendo que uno termine hablando solamente con uno mismo todos los días, como una vaca que rumia el mismo pasto una y otra vez, y así se va cultivando, despacito, un resentimiento, un sentimiento que se siente y se vuelve a sentir al día siguiente con más fuerza, pero esa fuerza no es de las que lo hacen a

uno reaccionar, moverse, decidir. No. Es una fuerza que lo va apachurrando a uno contra el piso, como si uno estuviera cargando día y noche dos arrobos de papa con las que no se va a poder hacer ni un caldo.

Y yo sé que eso no solo pasa en las ciudades, aunque en las ciudades pasa más. Yo sé que en los pueblos, en los caseríos, en los barrios populares, en medio del monte o al borde de un río también pasa, y sé que ha habido épocas en las que, en nuestros campos y barriadas, solo pudimos vivir a fuerza de sospechar. Y es que parecería que el mundo está diseñado para que esas cosas pasen, para que eso sea lo normal, para que uno se acostumbre al encierro y al autoexilio. Hasta el punto en que uno no saluda a nadie y, cuando saluda, se siente far-sante, como les contaba que me sentí al saludarlos con afecto al comienzo de cada una de las cartas que componen este libro sobre la Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales.

Vean, ya metido en gastos, les voy a confesar algo más: este trabajo fue duro, pero lo más duro de todo fue lograr anidar en mi corazón la fuerza de sus testimonios, la alegría con la que la mayoría de ustedes describen lo que hicieron y los vínculos que crearon con gente geográficamente cercana a ustedes, o con desconocidos que llegaron a acompañar sus procesos territoriales. Llevo dos meses sentado frente a un computador, leyendo y llorando, corrigiendo y sollozando, seleccionando qué incluir y qué no mientras se me escurren las lágrimas. Con frecuencia me ha tocado parar para ponerme a chillar como un bebé hambriento y, entonces, después de estos meses de lloradera, me quedo pensando por qué. ¿De dónde viene mi llanto? ¿Cuál es el centro de eso que me perturba y me va descascarando la fachada, pintada y repintada durante buena parte de mi vida adulta, de hombre racional, maduro y relativamente profesional en sus vainas? Y la respuesta que logro darme, con miedo, es que en ese espejo que ustedes me ofrecen con sus palabras, con sus ideas, con sus modos de hacer y de vivir, con sus

gestos solidarios, con su perrenque y sus formas de pararse duro en el pedazo, en ese espejo tan vivo siento que se revela el fracaso absoluto de mi “forma de vida”.

Para la muestra un botón: este libro está lleno de testimonios de personas que han enseñado y aprendido la lección comunitaria que dan las abejas meliponas, de gente que se la ha guerreado desde el Ministerio de las Culturas para vencer la fuerza inercial del aparato estatal, de niños y niñas que han aprendido a bucear y que, aprendiendo a bucear, han aprendido sobre el cuidado de los ecosistemas marinos, de gente que se ha juntado a hacer filtros cerámicos para resolver problemas de agua potable en sus comunidades, de pelaos en el Vaupés que aprendieron algunas bases de producción musical y que terminaron componiendo canciones con líricas poderosas, de personas en zonas de disputa territorial que han aprendido a hacer papel con hoja de coca, de jóvenes y adultos que han atravesado valles y montañas para buscar una planta con la que sus mayores les enseñaron a hacer flautas, y no sigo porque escribiría un libro entero sobre todo lo que la gente ha hecho y ha vivido en el marco de esta Escuela. Mientras tanto, yo aquí, capacitado para hacer mucho y para hacer mucho junto a otros, no puedo dejar de sentirme aislado, arrinconado, mudo y sordo, como la Shakira de “Ciega, sordomuda”.

Se me vienen ahora a la mente algunas ideas de un libro que he leído un par de veces completo y muchas veces por pedacitos. Es un libro de un colectivo anónimo llamado Tiquun, *Introducción a la guerra civil* es el nombre de ese libro. Ahí, en el punto 1, los autores escribieron: “La unidad elemental humana no es el cuerpo —el individuo— sino la forma de vida”. Un poco más adelante, sigue: “Cada cuerpo es afectado por su forma de vida como si esta fuera una inclinación, una atracción o un gusto. Aquello hacia lo que se inclina un cuerpo se inclina también hacia él”. Ese par de frasecitas me dejan pensando en las cosas, situaciones e ideas hacia las que me he inclinado en la vida,

porque esa inclinación es, probablemente, la que me ha traído a este punto en que parezco encontrarme a mí mismo únicamente cuando se me salen las lágrimas. Y vivir así es jodido, sobre todo en este momento en el que el mundo en que vivimos quienes vivimos vidas de trabajos precarios por prestación de servicios, en bloques de apartamentos, comiendo cosas que no cosechamos con nuestras manos (y que ni siquiera sabemos de qué ni cómo están hechas) y que tenemos que pagar la vida con una plata que cada vez vale menos, ese mundo, amigos y amigas fantasmas, se está terminando de caer a pedacitos y nosotros, los que decidimos vivir así, no tenemos hacia dónde correr ni cómo refugiarnos.

Y por eso es que lloro. Pero no lloro con resignación, eso lo tengo claro. Lo que me ha hecho llorar es leer, sentir e imaginar que yo también estoy en los niños que se emocionan cortando un racimo de plátanos o en la gente que recorre las cachiveras del Vaupés con un sabedor que les habla del origen; lloro porque imagino que yo también estoy sentado junto a otros en torno a un fuego encendido, mambeando y rotando la totumita de chicha que aligera la garganta para que las palabras broten del corazón y no de la ornamentación de un lenguaje que busca ser superior al de otros. Entonces, lloro por la distancia entre lo que imagino que puede ser la vida y lo que es la vida como la vivo hoy, pero lloro también por la belleza de una promesa, por la posibilidad que nace en otros para afrontar con dulzura y decisión la dureza de la vida a la que, como yuca brava, se le exprime el veneno para dejar solo lo que nutre.

Y creo que eso es lo que empieza a hacer esta Escuela en distintos territorios del país: incitar la riqueza, la belleza y la potencia presentes en cada uno de nosotros, en nuestros territorios que resisten y se debaten, que reviven después de haber quedado desiertos por la imposición de las fuerzas devastadoras de la administración de la muerte. Por supuesto, este es solo un gesto, un punto de inicio, la expresión de la voluntad de

un gobierno que, quizás por primera vez en la historia de este país, se ha tomado el trabajo de pensar que el pueblo necesita espacios para cultivar la vida espiritual que se manifiesta a través de su producción artística y de sus prácticas culturales.

Pero con eso no basta. Hay que ir llegando cada vez más adentro y cada vez más afuera; hay que encontrar los modos para que la vida y el verdor se manifiesten en los barrios a los que no llega ni el camión de la basura, en las regiones de Colombia donde no se ha hecho presencia porque sus gentes parecen habitar un limbo. Esta Escuela no ha hecho presencia en Boyacá, ni en el Tolima, ni en el Casanare; los nietos de mi tía Isabel, en la vereda Soiquía del municipio de Betéitiva, no han visto llegar la acción del Ministerio de las Culturas a través de ningún programa pedagógico; tampoco los estudiantes de mi prima Angie, escondidos de los ojos del Estado en Planadas, un municipio paradisiaco en las laderas de la magnífica cordillera central, a más de 200 kilómetros de Ibagué, la capital de su departamento. No sé si alguien llegará a leer estas palabras en alguna esfera decisoria del gobierno, pero es fundamental que las Escuelas no sean una excepción en la distribución territorial de este país. Hay que avanzar porque estos territorios son inmensos, inhóspitos, espesos y llenos de maravillas, de cantos no escuchados, de alimentos no degustados, de formas de habla donde resuena el canto del mochuelo o el tono crudo del rapero que metaboliza en el fraseo la violencia que ha sido ejercida sobre su cuerpo y sobre su forma de vida desde antes de nacer. Es fundamental que las Escuelas crezcan, que las articulaciones interinstitucionales se aceiten, porque resulta desolador pensar que las personas de una comunidad que se movilizaron en canoa durante días para llegar al punto en que se tenían que encontrar con unos formadores no encontraron a nadie a su llegada porque alguien, en alguna dependencia recóndita de alguna institución, no firmó oportunamente la aprobación de un desembolso para pagar los refrigerios, los materiales ni el desplazamiento del grupo de formadores al

punto de encuentro. Ese tipo de cosas deben superarse, porque son el pan de día para quienes ponen el cuerpo y las ganas para que los procesos puedan desarrollarse y dar frutos.

Pero la responsabilidad no es solo de las instituciones. La Escuela será exitosa cuando logre que las comunidades consigan replicar y profundizar sus enseñanzas, cuando sus preguntas se conviertan en parte indisoluble de las formas de vida de las personas que conforman la comunidad, pues no basta pensar que la comunidad está ahí y que siempre estará, porque, permítanme poner aquí otra frase del libro del que les he hablado: “No hay comunidad, excepto en las relaciones singulares. La comunidad no existe. Apenas hay comunidad cuando la comunidad circula”. Eso significa que una comunidad que no se mueve, se marchita. Que solo podemos llamar a algo “comunidad” cuando los individuos que la conforman se toman el trabajo de establecer relaciones con otras personas, cuando se encuentran, cuando discuten e, incluso, cuando se pelean con fervor; pero no existe la comunidad por el simple hecho de vivir junto a alguien, por hacer parte de alguna casilla identitaria, étnica o socioeconómica. Solo hay comunidad cuando la vida se comparte y se lucha, cuando florece la escucha, cuando con uno y otro dentro de ese grupo podemos abrir nuestro corazón a la vulnerabilidad y cuando ellos saben, también, que estamos ahí cuando sea que nos necesiten.

La precarización que se ha ejercido históricamente sobre muchos territorios ha sido exitosa por eso, porque ha conseguido que no sepamos nada de nuestros vecinos, porque solo la sospecha o la envidia afloran cuando los vemos de reojo, porque preferimos no hacer la torta porque se nos acabó el azúcar. Una comunidad no es el espacio donde nos decimos muy educadamente “buenos días” o “buenas tardes” cuando nos cruzamos en un pasillo o en el supermercado. En eso, quienes re-existen en los territorios nos llevan una ventaja enorme, pues saben que no hay manera de salvarse solos, y esa certeza,

en un momento en que se hacen reales todas las amenazas que la televisión nos mostró en las películas de domingo, hace la diferencia entre vida y muerte.

Entender que las prácticas artísticas son un vehículo para conseguir que la comunidad ocurra resulta fundamental, no solo en relación con la simple supervivencia material sino en el florecimiento de modos que nos permitan hacer de las diferencias, conversaciones; de las mañas, métodos; de los modos de representarnos, espacios para transformar lo que somos, para fortalecernos, para conmovernos y para, juntos, llorar lágrimas dulces y no amargas.

Pienso que las Escuelas son una parte importante de un proceso más grande y más complejo en el intento de dejar de ver a los otros como fantasmas, como presencias difusas y amenazadoras que se agazapan entre las sombras. Pienso que, al saludarlos diciendo “queridos y queridas fantasmas”, lo que busco es encontrar en el “queridos” y en el “queridas” un punto de apoyo para que esa presencia fantasmal pueda al fin ser abrazada, en la carne, en la fuerza de lo vivo, en nuestras muy distintas formas de vida. Tal vez soy yo, aquí, el que existe como fantasma y, al pensar que hay más fantasmas junto a mí, tendrá lugar ese momento en que, al levantarnos la sábana con agujeros en los ojos, nos daremos cuenta de que somos cuerpos, consciencias profundas y formas de vida que se necesitan unas a otras para que el canto de las aves y la salida del sol nos llene de alegría y nos invite a meter las manos en la tierra para sacar las yucas para el sancocho.

LA ESCUELA HABLA

Wendy Zúñiga

Par local Caminando con mis ancestros

Escuela Cauca Norte – Litoral

Santa María de Timbiquí

En nuestra comunidad, todo se transmite de manera oral, de persona a persona. No es tan común sentarse a escribir las canciones, las historias o los procesos que vivimos. Entonces los formadores llegaron también a despertarnos en ese sentido. Nos preguntaban: si ustedes ya tienen todo este conocimiento, ¿por qué no lo escriben? ¿Por qué no lo dejan plasmado para que las generaciones que vienen puedan encontrarlo, leerlo y aprender de eso?

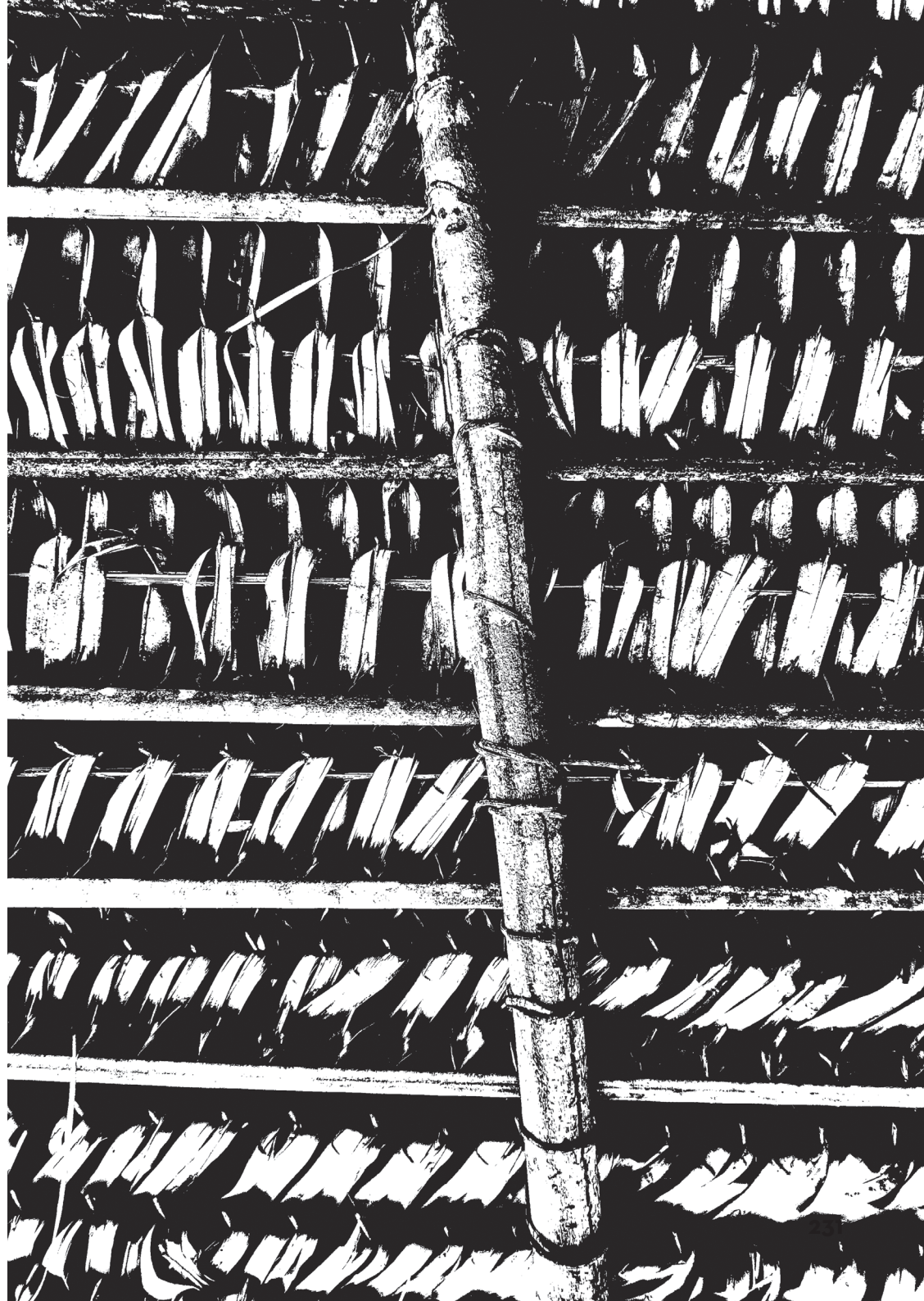
Eso me pareció muy valioso, porque es una forma de continuar el legado. A partir de ese trabajo se construyó, por ejemplo, un calendario con las fechas importantes del territorio, donde aparecen las fiestas patronales y las celebraciones de la comunidad.

También me gustó mucho la forma en que los profesores nos ayudaron a reflexionar sobre nuestra relación con la naturaleza. Nosotros hablamos mucho de nuestras tradiciones, de las danzas, de los cuentos o de las poesías, pero no siempre nos detenemos a pensar en la naturaleza como parte de ese proceso.



Recuerdo que con la profesora Irene hicimos algunos ejercicios que al principio nos parecían extraños. Cerrábamos los ojos, respirábamos y tratábamos de conectarnos con el río, con la tierra y con los ancestros. Al segundo día, uno ya empezaba a sentir algo diferente, como una conexión más profunda. Eso me hizo pensar en algo muy importante: casi siempre estamos tomando del río o de la naturaleza lo que necesitamos, pero pocas veces nos detenemos a agradecer. Estos ejercicios nos hicieron entender mejor el valor que tiene la naturaleza y lo importante que es cuidarla.

Si tuviera que representar lo que significa la Escuela con una imagen, la imagino como una nube que reúne muchas gotas de agua. En esa nube están la Escuela Itinerante, los sabedores, el arte, los saberes, las costumbres, la cultura, la tradición y la colectividad. Todas esas gotas caen sobre una pequeña semilla, que representa a las nuevas generaciones.



¡Escuela! ¡Escuela! ¡Escuela
que camina!

Declaraciones, vivencias
y pensamientos en torno
a los saberes, las luchas
territoriales y las prácticas
artísticas en el universo de la
Escuela Itinerante de Artes
Plásticas y Visuales 2025

ISBN: 978-958-753-814-4

Textos:

Julián Santiago Grueso
Adolfo Albán Achinte
Alejandra Sarria Molano
Cristina Ramírez, Herlyng
Ferla y Niyireth Rodríguez
Alicia Castillo Lasprilla
Andrés Fonseca
La Rotativa
Eider Yangana
Sebastián Giraldo
María Dolores Grueso
Ana Garzón Sabogal
La Vulcanizadora
Víctor Albarracín Llanos

Participaciones:

Alexandra Idrobo
Alexander Paz García
Sebastián Lema
Sebastián Alejandro Guzmán
Yeferson Rodríguez
Gabriel Avella
Laura Cuellar
Jean Paul Steven Quiñones
Leider Burbano
Germán Ávila
Erik Cajibío

Henry Torres Grueso
Adriana Hoyos
Paula Andrea Peña
Jean Lucumí
Ludis Zúñiga
Jesús Antonio León
Brayan Alexis Díaz Ovallos
Iván Casilimas
Ramón Silva
Daniela Alonso
Wendy Zúñiga

Fotografías

Escuela Cauca sur

Gabriel Avella 57 — Jhony
Chicangana 59, 147, 153, 161, 164 —
Paula Andrea Peña 164

Escuela Cauca norte - litoral

Creación colectiva Escuela
Monteoscuro 26, 29, 82 — Freiler
Angulo 135

Escuela Catatumbo

Gessler Zúñiga 52, 55, 191 — Casa
Creativa 210

Escuela Chocó

Epigrama 44 — Colectivo En
Puja 177

Escuela Vaupés

Creativau 195 — Sebastián Lema
32, 61, 71, 84, 116, 120, 225, 228
Coordinación editorial, cuidado y
gestión de textos:
Víctor Albarracín Llanos

Impresión inserto:

Cosmos ediciones

Diseño y diagramación:

La Isla en Vela
www.laislaenvela.com

Ilustraciones:

Angélica Ramírez



Este libro está compuesto en tipos
Work Sans, Space Mono y Nippo.

**¡Escuela! ¡Escuela! ¡Escuela que
camina!** se imprimió en los talleres
de La Fábrica de Ideas durante el
mes de agosto de 2026, con un
tiraje de 100 ejemplares.



